



UNIVERSIDAD NACIONAL DE CÓRDOBA
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y HUMANIDADES
ESCUELA DE HISTORIA

**Historia y poder político en la Argentina reciente.
Usos del pasado durante un momento kirchnerista
(2007-2015)**

Camila Tagle

**Trabajo Final presentado para optar al título de
Licenciada en Historia**

Directora: Marta Philp

**Fecha de aprobación: 6 de noviembre de 2018
Córdoba, Argentina**



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial 4.0 Internacional

<https://rdu.unc.edu.ar/>



**Universidad Nacional de Córdoba
Facultad de Filosofía y Humanidades
Escuela de Historia**

TRABAJO FINAL DE LICENCIATURA EN HISTORIA

**Historia y poder político en la Argentina
reciente**

**Usos del pasado durante un momento
kirchnerista
(2007-2015)**

Estudiante: Camila Tagle

Directora: Dra. Marta Philp

Córdoba

Julio de 2018

A mi papá

Índice

Introducción	4
Precisiones conceptuales	8
Construcción del objeto de estudio y precisiones metodológicas	16
Capítulo I. El pasado fundacional: representaciones en torno al siglo XIX argentino	22
Mayos y Julios: pasado y presente en los homenajes a la patria	24
Los n(h)ombres de la patria	37
Las Vueltas de Obligado: la recuperación de Juan Manuel de Rosas	57
Una mirada de conjunto	65
Capítulo II. Perón, Evita, la patria kirchnerista: usos del pasado peronista	69
Kirchnerismo, peronismo y clases medias	72
<i>El principio fue paz</i> : un relato sobre los orígenes	75
La relectura democratizante del primer peronismo	83
Hada y política: rostros de Evita	92
Después de los cuarenta: resistencia y tercer peronismo	97
Una mirada de conjunto	101
Capítulo III. Combates por la historia en el espacio público: prensa escrita, política, academia	104
El Bicentenario	106
Obligado en cuestión	114
El Dorrego	121
¿Académica o militante?: un debate historiográfico	130
Consideraciones finales	133
Epílogo	146
Bibliografía	148

Introducción

La imagen verdadera del pasado pasa de largo velozmente. El pasado sólo es atrapable como la imagen que refulge, para nunca más volver, en el instante en que se vuelve reconocible.

WALTER BENJAMIN, *Tesis sobre la historia y otros fragmentos*.

Existen momentos en los que el pasado, *atrapable*, es atrapado y resurge. Las circunstancias y formas de este acto pueden ser múltiples, pero ese resurgimiento –que es en verdad un surgimiento- nunca es involuntario. Las memoraciones son activas porque dependen de un impulso y porque transforman aquello que evocan desde el instante mismo en que el presente habilita que otros tiempos irruman en él, como si de capas superpuestas se tratara. El fenómeno se repite aquí y allá, antes y ahora, pero lo hace según modalidades que son específicas y que dialogan estrechamente con los contextos en los que se inserta. Porque si las intervenciones de actores externos a la historia resulta algo verificable en casi todas partes, existen diferencias entre, por ejemplo, los casos nacionales. Características culturales específicas de las elites estatales, el tipo de intervención que se plantean sobre el pasado, la relación específica que con éste establecen los diferentes colectivos que componen una sociedad, el mayor o menor prestigio del que gozan las instituciones académicas, son algunas de las variables que dan forma a las querellas en torno al pasado que construye una sociedad determinada (Devoto, 2010).

En la Argentina, el siglo XXI va dejando a su paso experiencias políticas, sociales y culturales diversas que de un modo u otro configuraron o reconfiguraron la relación que nuestra sociedad, o alguna de sus partes, mantiene con su pasado. El siguiente trabajo se propone explorar uno de esos momentos, cuya particularidad residió en haber puesto de manifiesto una relación que fue, en este caso, estrictamente política. Ese momento es el kirchnerismo,

específicamente durante el tiempo en el que Cristina Fernández de Kirchner (en adelante CFK) estuvo a cargo del Poder Ejecutivo Nacional (2007-2015).

El kirchnerismo supo interpretar y formular una respuesta a la crisis que en el año 2001 marcó un punto de inflexión en la historia argentina reciente. Lo hizo con un proyecto que CFK definió como “nacional, popular y democrático”, conceptualización programática del *momento posneoliberal* o capítulo argentino del llamado ciclo progresista latinoamericano que se cristalizó institucionalmente con la asunción de Néstor Kirchner a la presidencia de la nación en el año 2003 (Sader, 2009). Las transformaciones que vinieron a partir de entonces fueron diversas, pero de aquí en adelante nos detendremos sólo en una de sus aristas: la habilitación de una nueva forma de narrar y usar la historia. Nueva por sus contenidos, pero antes nueva por el sólo hecho de interrumpir un panorama que en la Argentina, como en muchos otros lugares del mundo, parecía augurar una prolongación del presentismo (Hartog, 2007) que venía moldeando la relación de la política con la historia y la memoria.

Poco espacio habían dejado aquí los neoliberales años noventa para inscribir programas de gobierno en tradiciones políticas o ideológicas del pasado argentino: un discurso permeado por la idea del fin de la historia, el lenguaje gerencial y el protagonismo de los técnicos, fueron algunas de las claves para la instauración, difusión y relativo éxito de un imaginario político cuya atención apuntó, antes que nada, a un futuro inmediato. El kirchnerismo trajo consigo una renovada presencia pública de la historia (Trímboli, 2010). Los factores que lo demuestran son de diverso orden, pero seguro se debe contar entre ellos un accionar estatal decidido a intervenir en ese plano y dispuesto a capitalizarlo en forma de legitimación política. Los usos políticos del pasado vinieron así a interrumpir –hasta qué punto lo hicieron, tendremos que ver- esta cultura de lo instantáneo (Caetano, 2011) y una nueva relación con la temporalidad fue portadora de una renovada significación política.

El pasado devino entonces un territorio potente y la apelación a la historia un mecanismo privilegiado por un poder político que buscó en ellos sus fundamentos de existencia y apuntó especialmente a la conformación de una identidad política con ciertas sensibilidades históricas. Herencias que debían ser continuadas y sobre las cuales parecieron imponerse incluso obligaciones,

historias que reclamaban su fin, fueron delineando de a poco los contornos identitarios de un movimiento político que no quiso anclarse en un presente carente de conexiones temporales significativas y entonces fue en busca de los pasados que habilitaban aquellos enlaces. Esos pasados fueron variados, así como lo fueron las estaciones que atravesó el kirchnerismo a lo largo de los años en los que controló los resortes del Estado.

No pretendemos una historia de la Argentina durante los gobiernos de CFK. Su tratamiento será, pues, fundamentalmente selectivo. Nos guía una pregunta por esos procesos de creación de mitos, símbolos e imágenes que tuvieron en el pasado su principal reserva de significados y que constituyeron una parte fundamental del intento por construir cierto imaginario histórico y político propio.¹ Pero sería inconveniente avanzar en nuestras preocupaciones sin antes reparar en algunos de los elementos que a nuestro entender caracterizaron al kirchnerismo en tanto fenómeno político y cultural, ya que permitirán dotar de mayor inteligibilidad a las operaciones que constituyen el objeto de este trabajo. Principalmente, las conexiones que podrían sugerirse entre sus bases ideológicas-sociales y una particular manera de pensar lo histórico.

Se ha dicho que la llegada al gobierno del kirchnerismo habilitó la recomposición de la legitimidad del poder político en la Argentina; la recomposición, digamos, de la autonomía “ilusoria-objetiva” del Estado (Piva, 2015: 95). La construcción de algún consenso que pusiera fin a la coyuntura de crisis política y social que atravesó nuestro país a comienzos del siglo XXI se convirtió a partir de entonces en una tarea impostergable; lograda con relativo éxito al comienzo, dilapidada durante algunas coyunturas críticas, y vuelta a reconstruir. Los contenidos de aquel consenso, así como los sectores a los que quiso comprender, no son datos transparentes. ¿Fue el kirchnerismo populismo? Si lo fue, ¿cuáles fueron los rasgos singulares de ese populismo? Las preguntas se derivan en parte de lo anterior y no intentaremos aquí saldar esa discusión. Interesa, sí, apuntar una cuestión: la recomposición del poder del Estado post

¹La noción de “imaginario” refiere, sumariamente, al conjunto de ideas-imágenes o representaciones colectivas a través de las cuales las sociedades o los grupos construyen identidad, es decir, se visualizan a sí mismos, legitiman poderes o elaboran sentidos acerca de la realidad, asegurando a su vez en este movimiento la preservación de recuerdos provenientes del pasado (Backzo, 2005).

crisis del 2001 se valió de la movilización de símbolos y prácticas que recuperaron algunas de las tradiciones populistas inscriptas en los modos de incorporación política de los sectores populares, sin ser una mera reproducción de ellas. Según Piva (2015: 184), “un contenido popular difuso, en el que el componente clasista es un elemento secundario, da cuenta de una base popular más heterogénea y cuya unidad depende de su nominación externa y abstracta”. Sectores medios que oscilaron entre la abierta conflictividad y el apoyo a consignas progresistas y democráticas fueron un indicador de dicha heterogeneidad.

El medioambiente político e intelectual que el kirchnerismo contribuyó a forjar fue el de una renovada agenda progresista, ligada a una singular reestructuración del legado peronista que no desoyó otros linajes, llamémosle socialdemócratas. Es decir, si en el progresismo nacional-popular encontró un zócalo decisivo, no fue éste su único sostén cultural (Acha, 2012). Sea cual fuere el cruce, éste recortó un territorio de visibilidades más o menos característico. Omar Acha (2012: 20) lo sintetizó en un recuento de “ideas-fuerza” que resulta ilustrativo: democracia, derechos humanos, equidad, institucionalidad, distribución de ingreso, Estado de derecho, memoria, libertad de prensa; una ética política que denuesta la “mala violencia”, el autoritarismo, el infantilismo revolucionario, el imperio irrestricto del mercado y el pensamiento y la acción “reaccionaria” o “de derecha”. Así enunciadas, delimitan el espacio de lo que podríamos comenzar a llamar la hegemonía kirchnerista de lo “decible y lo pensable” en su órbita de influencia ideológica y política. Porque “no se puede tener cualquier idea, creencia u opinión, mantener cualquier programa de verdad en cualquier época y en cualquier cultura. En cada época, la oferta se limita a un conjunto restringido, con predominancias, conflictos y emergencias” (Angenot, 2010: 16). Los usos del pasado, pues, no funcionaron al margen de ese mercado de entreveros culturales que el kirchnerismo consideró relevantes y definitorios de su identidad. Al contrario, se vieron indefectiblemente vinculados con esta zona difusa que podríamos denominar el “horizonte de cultura” asociado a grupos sociales y políticos determinados.

Pero ¿cuáles fueron las notas distintivas de la visión de la historia propuesta por el kirchnerismo durante los gobiernos de CFK?; ¿cómo y qué pasados se retomaron en el presente para hacer de ellos pasados significativos?,

¿de qué manera dicha visión se tradujo en usos que pusieron en circulación imágenes y debates sobre nuestro pasado? La globalidad de estas preguntas es intencional, responde a una hipótesis y se vincula con una opción temporal o de escala que excluye posibles-otras maneras de abordar el problema: apuntamos a construir un mapa de las “políticas de la historia” (Goebel, 2013) desarrolladas durante los años en los que CFK estuvo a cargo del poder político. Es decir, antes que concentrar el análisis en un evento conmemorativo particular, optamos por priorizar una mirada global, de conjunto, que permita identificar continuidades, pero fundamentalmente rupturas, matices, referidos a un fenómeno que, a primera vista, pareciera no ser homogéneo. Entendemos que de este modo estaremos más cerca de alguna caracterización referida a la relación entre pasado y presente (presente y pasado) que atañe al momento que nos ocupa.

Precisiones conceptuales

El interés por temas vinculados a la legitimación del poder, las representaciones históricas y las ideas en su sentido más abarcativo coloca a nuestra investigación en un campo donde confluyen, por el tipo de problemas, enfoques y perspectivas de análisis, la historia política, la historia de la historiografía y, en menor medida, la historia cultural. Cada uno de estos espacios selecciona un repertorio de temas y preguntas que orientan la indagación que proponemos en un sentido que seguramente será excluyente respecto a otros abordajes posibles. A lo largo de la investigación aparecerán ciertas nociones fundamentales de diversa jerarquía y algunas claves interpretativas de distinto nivel de abstracción que conviene esclarecer de antemano.

En primer lugar, hablar aquí de historia de la historiografía implica asumir una distancia respecto de las delimitaciones que tradicionalmente le atribuyeron a aquella área de estudio el abordaje del llamado “pensamiento histórico”, materializado en las obras de grandes autores –en este sentido un objeto análogo al de la clásica historia de la filosofía- o bien en las distintas manifestaciones institucionales de la historia profesional. Partimos, en cambio, de que la historia no es un asunto que atañe únicamente a la comunidad de historiadores; que es, antes bien, un saber que concierne a públicos muy amplios: “millones de alumnos

frente a un manual, televidentes eligiendo su programa, lectores de revistas populares, turistas visitando un castillo o una catedral” (Chesneaux, 2005:10). Políticos, agregamos. La interrogación que rescatamos es sobre los modos en que una sociedad intenta dar cuenta y representar su pasado, “inventándolo, imaginándolo, investigándolo científicamente o aun aboliéndolo” (Cattaruzza, 2003: 213).

Son múltiples los frentes que quedan disponibles para una indagación de este tipo y que van más allá de la producción escrita, más o menos erudita: discursos, imágenes, relaciones entre los productos de la historia profesional y el mercado de bienes culturales, operaciones realizadas por el Estado a través de sus aparatos, entre otros. Una propuesta con estas características prescinde entonces de un planteo que es dicotómico –y clásico en más de un sentido-: aquel que reduce el abanico de opciones a una oposición estructurada en términos de historia *versus* memoria, como manifestaciones antitéticas que agotarían el espectro de posibles usuarios del pasado. Coincidimos con Cattaruzza (2010:5) al sostener que la alternativa entre representaciones del pasado construidas de modo diverso y con objetivos distintos “no se reduce hoy (...) a un conflicto entre la historia y la memoria, ambas uniformes, entre historiadores y testigos o participantes. Los actores y las representaciones en juego son muchos más”.

Así entendida, la historia de la historiografía dialoga estrechamente con una historia política preocupada por las manifestaciones simbólicas e imaginarias de los procesos políticos; especialmente, pero no sólo, aquellos procesos relacionados con la legitimación del poder. Sabemos que tan antigua como el nacimiento de la disciplina histórica es la relación que une historia y política, sobretodo en el marco de un tipo particular de configuración: la de los estados nacionales. Ya en el propio contexto del surgimiento de aquella forma política, la noción de la historia *magistra vitae* había tenido un significado muy preciso: de ella se esperaba que proveyera los ejemplos que permitirían a los destinados a gobernar aprender a hacerlo por un camino menos riesgoso que el del ensayo y error (Halperín Donghi, 2004). Los contenidos de la fórmula cambiaron a lo largo del tiempo, así como las sociedades contemporáneas modificaron sus modos de conexión con el pasado. Pero su lugar privilegiado dentro del conjunto de mecanismos identitarios desplegados por múltiples actores políticos y sociales

continúa teniendo vigencia, a menos que demos por cierto que el completo fin del poder de la historia para otorgar sentido a la existencia sea la marca de la condición posmoderna.

“¿En qué medida se ha disuelto el antiguo topos en la agitada historia moderna?” Koselleck (1993: 42) se preguntaba, precisamente, por el tópico de la historia *magistra vitae*, indicador de una estructura temporal de la historia pasada que limita el espacio continuo de lo que es posible experimentar, no en términos teológicos, sino prácticos-políticos. Desautorizada por una historiografía que no la concibe sino como una fórmula ciega, su efectividad práctica vuelve necesario que veamos en ella algo más que un mero lugar común; “la longevidad del topos”, nos dice Koselleck, es en sí misma causa suficiente para indagar sus razones.

Podría objetarse, hace tiempo que el declive secular de la tradición y la costumbre devino en una progresiva pérdida de la relevancia social del pasado. Para la mayoría de las formas del comportamiento humano esto no representa sino una obviedad. Sin embargo, la generalización no podría aplicarse –no al menos sin algunos inconvenientes- al ámbito de lo que Hobsbawm llamó la “vida pública del ciudadano” o a ciertas prácticas asociadas con la pertenencia estatal; “si las tradiciones inventadas de la época inaugurada por las revoluciones industrial y francesa han llenado algún vacío permanente, como mínimo hasta el presente, éste debería situarse en ese ámbito” (Hobsbawm, 2002: 18). “Tradiciones inventadas”: el término acuñado hace tiempo por el historiador británico condensa varios de los alcances que atribuimos aquí a los usos del pasado. Alertados de los problemas de cualquier traslación conceptual, sus contornos son lo suficientemente amplios como para permitirnos reparar en sus potencialidades explicativas de otras realidades. Se trata de rituales caracterizados por la referencia a un pasado histórico enlazado de manera ficticia con el presente de instituciones políticas, movimientos ideológicos y grupos sociales que intentan estructurar algunas partes de la vida social de un mundo agitado como invariables e inalterables; “respuestas a nuevas situaciones que toman la forma de referencia a viejas situaciones o que imponen su propio pasado por medio de una repetición casi obligatoria” (2002: 8).

Se preguntaba, finalmente, Hobsbawm: “¿Qué beneficios pueden obtener los historiadores del estudio de la invención de la tradición?” (p.19). Las sugerencias que se desprendían de ese interrogante apuntan en una dirección doble que nos interesa particularmente:

En primer lugar (...) son síntomas y, por consiguiente, indicadores de problemas que de otro modo no se reconocerían y de desarrollos que de otro modo serían difíciles de identificar y fechar. Son evidencias. (...) El estudio de las tradiciones inventadas no se puede separar del análisis general de la historia de la sociedad, ni se puede esperar avanzar más allá del simple descubrimiento de tales prácticas si no se las integra en un estudio de más alcance. En segundo lugar, ilumina las relaciones humanas con el pasado y, por consiguiente, la propia materia y el oficio de los historiadores.

Ahora bien, ¿qué implica, historiográfica y políticamente, hablar en términos de usos del pasado?, ¿hay algo en el pasado que impulse su utilización? Un interés por cuestiones como éstas recorre y subyace también a nuestra investigación. Asumir que se trata de una categoría productiva supone, como punto de partida, dejar de lado miradas que depositan en la noción de “uso” una carga peyorativa, equivalente a la idea de una mera manipulación, desconociendo aquello que inexorablemente el pasado posee en términos de *valor de uso*, por traducirlo en el lenguaje de la economía de los significados. Si se la lee con atención, la propia expresión contiene ya algunos supuestos teóricos y epistemológicos. Nos dice que el pasado puede ser usado, con lo cual los tradicionales límites y alcances temporales de aquella categoría sufren, al menos, algún reacomodamiento. Ni mero sustrato de la historia, ni materia prima del historiador; en relación a ella el pasado se comprende como una dimensión constitutiva de una conflictividad social que no puede sino estar anclada en un presente concreto.

Sería pertinente traer a cuenta algunas consideraciones relativas al carácter de la temporalidad contemporánea que resultan potentes para repensar el vínculo entre la historia y la política en las sociedades actuales. No disponemos de una teoría sistemática o acabada, pero esto, antes que un límite, nos pone frente a un desafío: hacer dialogar aportes más o menos clásicos, rescatar

fragmentos diversos que nos permitan formular mejor nuestras preguntas de investigación. Desde perspectivas diferentes, autores como Hannah Arendt, Reinhart Koselleck o François Hartog brindaron puntos de partida sugerentes para avanzar en el análisis de un problema que no mantiene siempre los mismos contornos. Los une una común invitación a concebir el tiempo histórico ya no como una determinación vacía de contenido, sino como una magnitud que va cambiando con la historia y cuya modificación se deduce, fundamentalmente, de la cambiante articulación generada por y desde el presente. Una magnitud contenedora de fuerzas que inevitablemente entran en contacto, transforman y son transformadas por las personas. Es decir, propuestas explícitas por pensar el tiempo histórico que no aspiran a encontrar en él ninguna clase de esencia, sino más bien una relación, contingente, conflictiva y siempre formulada a partir de lo contemporáneo. Si sus preguntas se orientaron a develar las claves de la transformación moderna del tiempo, habrá que ver cuánto de ello pervive en nuestras sociedades, tensionadas por la conjunción de fenómenos en apariencia contradictorios: un “estallido de la temporalidad”, una “fascinación por el futuro” y una “cultura de lo instantáneo” (Caetano, 2011).

El tiempo, dice Arendt (1996) –observadora perspicaz de sus roturas, al decir de Hartog (2007: 23)- no es un continuo ni un flujo de sucesión ininterrumpida; está partido por la mitad allí donde se encuentra el punto de mira de las personas y los grupos humanos, que no es estrictamente el presente, sino una brecha a la que la definición de una postura frente al pasado y el futuro le otorga existencia. Este corte rompe en etapas lo que de otra forma sería un flujo de temporalidad indiferente; quiebra el continuo del tiempo, hace que las fuerzas se desvíen de su dirección original, si es que existe algo así como una dirección original. Hay, pues, que interrogar esos momentos, cuando la evidencia del curso del tiempo viene a confundirse, cuando la manera en que se articulan pasado, presente y futuro se torna problemática, cuando las fuerzas del pasado y el futuro entablan algo así como una lucha. En su planteo no sólo el futuro, sino también el pasado podía ser visto como una fuerza, en contraste con aquellas imágenes que lo presentan como una carga a sobrellevar y de cuyo peso muerto las personas pueden, o incluso deben, liberarse en su marcha hacia el futuro.

En su calidad de fuerza, “el pasado jamás muere, ni siquiera es pasado” (Arendt, 1996: 16); no lleva hacia atrás, sino que, en contra de lo que podría esperarse, impulsa hacia delante. El poder de la tradición desempeñó históricamente la función de salvar la brecha, de tender un puente entre el pasado y el futuro; al seleccionar y dominar, transmitir, preservar e indicar dónde están los “tesoros” y cuál es su valor. Pero la tradición, supo Arendt, hace tiempo que ya no posee su antiguo impulso. La perplejidad que trajo consigo esta ruptura resultó inseparable de –y a la vez compensada por– su conversión en un “hecho de importancia política” (p.20). Cada nueva generación, en la medida en que se inserte entre el pasado infinito y el futuro infinito, deberá descubrir de nuevo y elaborar con detenimiento ese “espacio intemporal situado dentro del corazón mismo del tiempo” que ya no puede heredarse.

Siguiendo el planteo de Koselleck (1993), dicha estructuración dependerá del modo, variable según las épocas, en que se resuelva la tensión constitutiva que existe entre “espacios de experiencia” y “horizontes de expectativas”. Si la elaboración de la brecha del tiempo supone la asunción de un compromiso político respecto al pasado, éste no puede sino estar orientado por expectativas y experiencias que limitan el espectro de aquello que es posible hacer con el tiempo, los modos en que pasado y futuro pueden entrecruzarse. Se trata de dos categorías que, puestas en relación –casi no podrían concebirse si no es de manera dialéctica, polarmente tensa- logran tematizar el tiempo histórico. Si “la historia concreta” se madura a partir de determinadas experiencias y determinadas expectativas, los usos políticos del pasado no podrían entenderse si no es a raíz de estas categorías. “Los fantasmas retrospectivos tienen por fuerza un límite, pues el pasado posee una reserva de significaciones propias que restringen el espectro de las que es susceptible de recibir y canalizan la libertad de un eventual dador de sentido” (Pomian en Quattrocchi-Woisson, 1999: 323). La reflexión de Pomian tenía implicancias más ontológica acerca del pasado, sus condiciones de verdad. Pero podemos pensarla aquí en cruce con los conceptos que nos interesa comprender: espacios de experiencia y horizontes de expectativas representan los límites irrecusables de toda apelación al pasado realizada desde el ámbito de la política, los márgenes necesarios de un conjunto de significados pretéritos que se apoya en determinadas “cosas que *ya* no existen” y ciertas “cosas que *aún* no existen” (Arendt, 1996: 15).

Las primeras, un pasado presente, cuyos acontecimientos han sido incorporados y por lo tanto pueden –en algunos casos deben- ser recordados; las segundas, el futuro hecho presente pero no experimentado, un “todavía-no” que necesita de una experiencia particular para poder ser pensado. Estamos hablando de operaciones concretas, que remiten en todos los casos a la dinámica política y cultural de la que son fruto y que nos obligan a abandonar tanto concepciones del pasado como una “cosa inmutable” o susceptible de aprehensiones literales, cuanto ideas del presente como algo desconectado del pasado, o bien prefigurado por el ayer.

Arendt y Koselleck confluyen, finalmente, en Hartog. Mejor dicho, en una herramienta heurística y una hipótesis que permiten volver con nuevas preguntas a la aparente preocupación por el pasado de las sociedades contemporáneas: los regímenes de historicidad y el presentismo, respectivamente (Hartog, 2007). ¿Debiéramos ver, en aquella aparente preocupación, un regreso de la categoría del pasado, una nostalgia por el viejo modelo de la *historia magistra* o, antes bien, un predominio, inédito hasta ahora, de la categoría del presente? (p.126). El régimen de historicidad se presenta en Hartog como una categoría analítica que permite desplegar “un cuestionamiento historiador en torno a nuestras relaciones con el tiempo”, permitiendo componer una “mixtura de tres categorías”; engranando, de manera diferenciada, según los momentos y los lugares, pasado, presente y futuro:

¿Estamos ante un pasado olvidado o más bien ante un pasado recordado en demasía?, ¿ante un futuro que prácticamente ha desaparecido en el horizonte o ante un porvenir más bien amenazador?, ¿ante un presente que se consume en forma ininterrumpida en la inmediatez o ante un presente casi estático e interminable, por no decir eterno? (p.38).

El presentismo, entonces, debe entenderse como una respuesta a aquellas preguntas para la etapa actual: desde el último cuarto del siglo XX vivimos, según Hartog, un veloz ascenso de la categoría del presente. Omnipresente, aunque “inquieto”, este presente descubre la imposibilidad de ser en sí mismo “su propio punto de vista sobre sí mismo” (p.147) y sale entonces en busca de raíces, identidad, memorias y genealogías.

Sea cual sea el modo, habitar el presente implica ponerlo en perspectiva y para ello se establecen vínculos de variable intensidad con el pasado, pero también con el futuro. Qué destruir, qué conservar, qué reconstruir, qué construir y cómo: son éstas algunas de las muchas decisiones que involucran relaciones explícitas con el tiempo. Sabemos que son parte de las tareas cotidianas de los historiadores; nos interesa ahora advertir de qué modo lo son también de la política, asumiendo que el objetivo posee alguna complejidad. Tal como sostiene Hartog, las relaciones que una sociedad mantiene con el tiempo parecieran estar poco sujetas a discusión, resultar apenas negociables. Creemos, sin embargo, que detrás de dicha apariencia reside una relación para nada exenta de tensiones –la de la política y la historia- y una operación –los usos del pasado- que requiere de algunas aproximaciones conceptuales como las que aquí ensayamos para poder ser aprehendida en su complejidad.

Quedan por explicitar las implicancias de hacer nuestros algunos de los propósitos analíticos e interpretativos de la historia cultural o de las ideas –en este último caso teniendo en la mira las pautas planteadas hace no mucho tiempo por ciertas líneas de investigación que ampliaron, en distintas direcciones, el horizonte de indagación de dicho campo-.² Trabajaremos con ideas al menos si tomamos en cuenta sus acepciones más genéricas: entidades simbólicas o unidades mínimas que vinculan un significante con un significado y a las cuales sólo se accede discursivamente; proposiciones orientadas a producir un cierto sentido. En ambos casos se trata de una existencia, muchas veces difusa, cuya dimensión lingüística no existe sino es en relación con realidades extralingüísticas. Más que un intento por catalogar un objeto de estudio –las “ideas sobre la historia”, en este caso- interesan las alertas que exige cualquier acercamiento a realidades de esta índole: principalmente, los llamados de atención sobre un vínculo significante-significado que es siempre inestable, la necesidad de una vocación contextualista que admita la variedad de contextos a

²Se trata de un área de estudios que se ocupa del papel de las representaciones en la vida histórica, atendiendo, pero no de manera excluyente, a las manifestaciones más meditadas o teorizadas, características de las llamadas élites culturales. Sus objetos, por tanto, no se limitan a aquellas sino que abarcan distintas cristalizaciones ideológicas, discursos públicos y políticos, producciones simbólicas de diverso tipo.

los que pueden reenviarnos los fenómenos en cuestión, su historicidad intrínseca (Agüero y García, 2013).

Historia de la historiografía, historia política e historia cultural confluyen, finalmente, en una categoría que aglutina en gran medida las propuestas sugeridas hasta aquí y que resultó nodal a los fines de la investigación. Nos referimos al concepto de “políticas de la historia”. Hacemos nuestro en esta oportunidad el significado que le atribuye Michael Goebel al definirla como “todas aquellas formas en que se escribe y moviliza la historia con el objeto de afectar a la distribución del poder en una sociedad” (2013: 11).

Antes de avanzar en el proceso de construcción de nuestro objeto de estudio resulta indispensable reparar en un conjunto de antecedentes que consideramos valiosos y con los cuales este trabajo dialoga. Se trata de un grupo de textos que abordaron problemas vinculados a los usos políticos del pasado en distintos momentos de la historia argentina: Quattrochi-Woisson (1995), Cattaruzza (2007), Philp (2009), Goebel (2013), Pagano y Rodríguez (2014), Eujanian (2015). La apuesta por la larga duración se traduce en ellos en una selección de episodios significativos de la historia argentina en los cuales las peleas por el pasado ilustraron disputas por el presente, futuros en juego. Un vínculo doble, siempre entrecruzado, constituye el núcleo de un problema común: historia-memoria; historia-política.

Construcción del objeto de estudio y precisiones metodológicas

Teniendo en cuenta los interrogantes y núcleos planteados hasta aquí, en las páginas que componen este trabajo intentaremos llevar a cabo objetivos de diverso alcance. En primer lugar, analizar los usos del pasado argentino efectuados por el kirchnerismo durante los años de gobierno de CFK, desde una perspectiva que cruce historia de la historiografía e historia político-cultural. Esperamos que a partir de aquel análisis sea posible construir un mapa de las políticas de la historia implementadas desde el ámbito estatal estrictamente gubernamental, en el que se reconozcan los núcleos o fragmentos del pasado que revistieron mayor relevancia política y simbólica para la construcción de un imaginario kirchnerista situado en el presente de comienzos del siglo XXI. Con

este movimiento buscamos reponer los vínculos que puedan sugerirse entre los usos del pasado y las necesidades más concretas de legitimación del poder político, identificando las coyunturas específicas de activación de las memorias y olvidos (Jelin, 2002) que acompañaron la agenda política y discursiva de CFK a lo largo de sus dos gestiones consecutivas. Finalmente, nos propusimos identificar cuáles de esas operaciones políticas sobre el pasado argentino suscitaron mayores reacciones, debates o controversias en el espacio público y analizar los argumentos esgrimidos por sus detractores.

En virtud del objeto de estudio construido y los objetivos planteados, la investigación reposó sobre un corpus de fuentes compuesto principalmente por los discursos pronunciados por CFK en circunstancias diversas a lo largo de los años 2007- 2015.³ No adoptamos criterios formales para establecer un recorte entre este vasto conjunto, sino que buscamos seleccionar aquellas alocuciones presidenciales que consideramos más significativas en relación al eje que nos interesa. En este sentido, incluimos las intervenciones donde aparecían con más claridad y contundencia definiciones o representaciones relativas a la historia argentina.

Que estas alocuciones proporcionen la base sobre la cual se desarrolla nuestra indagación no implica necesariamente que vayamos a abordarlos desde una perspectiva lingüístico-discursiva ni valernos del abanico de métodos, premisas e interrogantes que componen el análisis del discurso o el análisis del discurso político, en tanto disciplinas específicas. Es decir, los dispositivos de enunciación, las relaciones entre destinatarios y contradestinatarios o la configuración de cadenas argumentativas, sólo por mencionar muy sumariamente algunos problemas propios de aquellas áreas de estudio (Montero, 2012), no constituyen para nosotros preocupaciones prioritarias. Mejor dicho, sólo lo serán en la medida en que movilicen interpretaciones del pasado que puedan ser puestas en relación con contextos más amplios. Lo cual no significa que no partamos de alguna conceptualización referida a la naturaleza de los materiales que proporcionan la principal vía de acceso a nuestro objeto de

³ En este sentido, quedan excluidas de las siguientes reflexiones múltiples posibles otras vías de acceso al fenómeno de los usos del pasado durante este período, como podrían ser monumentos, guiones museísticos, contenidos de diversas producciones audiovisuales o actos celebratorios de diversa naturaleza.

estudio. Si creemos que los discursos constituyen una entrada válida será porque al menos dudamos de aquellos enfoques que postulan que en política “a las palabras se las lleva el viento” (Verón y Sigal: 2004). Como cualquier otro comportamiento social, o acaso especialmente, entendemos que las acciones políticas no serían comprensibles fuera del orden simbólico que las generan y de los universos imaginarios que ellas construyen. Debido a la posición de quien enuncia y al liderazgo que desde allí puede construirse, las retóricas presidenciales siempre tienen un poder propio dentro de este conjunto de voces y acciones (Yabkowsky, 2016).

Antes que optar por concentrar únicamente la mirada en los discursos asociados a las distintas conmemoraciones históricas de las que formó parte el gobierno nacional, preferimos efectuar una redada por todas las apariciones públicas oficiales, intuyendo que aparecerían allí operaciones menos pautadas que las esperables de los rituales vinculados al calendario de efemérides.⁴ Esa elección respondió a su vez a la intención de poner en suspenso una imagen que se impone y tiñe por momentos desde fuera a nuestro objeto de estudio: la del (neo) revisionismo nacional-popular. Creemos que su significado, lejos de esclarecer, oblitera un acercamiento preocupado por descubrir los contenidos de algo que, precisamente, la imagen da por sentado. Acaso su eficacia radique en esta simplicidad. Poner en escrutinio esos supuestos, examinar su pertinencia a la luz de las fuentes disponibles, deshacerse de ellos si fuera necesario para tratar de manera más justa fenómenos como el que nos interesa, constituyeron objetivos transversales de la indagación que proponemos. Sobre todo cuando presumimos que, antes que una política de la historia coherente y unificada o pretendidamente continuadora de aquella vertiente intelectual, existieron fragmentos, combinaciones variables, usos móviles en función de los contextos en que se desplegaron. La visibilidad pública otorgada a la recuperación de ciertos pasados –en algunos casos por la obligatoriedad del calendario- constituyeron puntos de condensación de un proceso de construcción de imágenes históricas

⁴ Todos los discursos fueron tomados de la página web oficial de la Presidencia de la Nación. Contamos con el dato cuantitativo elaborado por Camila Perochena (2016), quien afirma que fueron 1104 los discursos pronunciados por CFK entre el 10 de diciembre de 2007 y el 10 de diciembre de 2011 (tiempo que duró su primer mandato), el 47% de los cuales hizo alguna mención a la historia argentina. Si bien no disponemos de datos análogos para el segundo mandato, podemos intuir que seguirían aproximadamente esa misma tendencia.

quizás menos perceptible, pero igualmente constante y preocupado por difundir determinadas interpretaciones del pasado nacional.

El recurso a otras fuentes fue necesario para la consecución de algunos objetivos específicos; fundamentalmente, periódicos de alcance nacional con diversas líneas editoriales.⁵ Algunos análisis se complementaron a su vez con referencias a decretos presidenciales que establecieron alguna normativa vinculada a ciertos personajes históricos. El abordaje de estos materiales fue eminentemente cualitativo y conllevó momentos de sistematización, comparación y análisis, a fin de contrastar hipótesis, ratificarlas, reformularlas, según lo consideramos necesario. Los discursos presidenciales poseen una importancia cualitativa al tiempo que ordenadora de la estructura general que tiene la investigación. Por un lado, rastreamos a través de ellos cuáles fueron las zonas representativas –algo así como los “concretos”- que compusieron la memoria histórica construida y difundida por CFK: ¿qué acontecimientos, procesos o personajes históricos recuperó? Su lectura apuntó en dos direcciones de análisis: por un lado, los contenidos otorgados y las perspectivas desde las cuales fueron evocados aquellos fragmentos del pasado argentino; por otro, el modo en que ellos se ubicaron dentro de un contexto más amplio y cambiante a lo largo de los ocho años que abarca esta investigación. Por su parte, las fuentes periodísticas permitieron restituir esos contextos más inmediatos que rodearon a las operaciones sobre el pasado que nos interesan, al tiempo que rastreamos a través de ellas los debates originados como respuesta a algunas intervenciones del poder político referidas a la historia argentina, en los que participaron periodistas, representantes de la academia y políticos, en menor medida.

El planteo metodológico se completa con una aclaración que entendemos necesaria acerca del modo en que se procedió con los documentos, aunque se derive más o menos naturalmente del planteo teórico que propusimos anteriormente. El estudio de procesos de construcción de argumentaciones políticas que elaboran relaciones pasado-presente ubica a los historiadores en un lugar que, por complejo, no deja de ser epistemológicamente controlable: el de corregidor de malentendidos o desmitificador de mitos. Cierta tentación empuja

⁵ Los artículos que analizamos pertenecen a los diarios *La Nación*, *Clarín* y *Página/12*. Las líneas editoriales de los dos primeros fueron abiertamente opositoras al gobierno de CFK. *Página/12*, por su parte, adhirió a sus políticas.

por momentos a estabilizar los pasados en cuestión en una de sus lecturas posibles para, en función de ella, ponderar sus usos. Un proceder que configura una suerte de juego de espejos del que es difícil salir sin perder espesura interpretativa.⁶ No forma parte de nuestras intenciones confrontar tales interpretaciones del pasado con lo que *verdaderamente* ocurrió. El objetivo último de este trabajo apunta, lo dijimos, al conocimiento de una parte de la sociedad, usuaria de la historia, vía una interrogación por los modos y procedimientos a través de los cuales el poder político tramó relatos del pasado para responder a situaciones concretas, en contextos específicos. En este sentido, la “función de verdad” del mito (Jelin, 2002) desempeñó, para nosotros y a los efectos de esta investigación, una jerarquía relativamente mayor que su condición –constitutiva, por cierto- de ficción.

En las páginas que siguen intentaremos restituir entonces un mapa que consideramos representativo de las políticas de la historia del gobierno de CFK. La estructura del trabajo ordena en tres grandes bloques parte del panorama que resultó de ese recorrido por las fuentes y lecturas consideradas.⁷ Se verá que, salvadas las esperables remisiones de unos a otros, los capítulos guardan entre sí cierto margen de autonomía, admitiendo incluso lecturas independientes.

En el capítulo I exploramos los usos del pasado que tuvieron al siglo XIX como principal protagonista. El foco está puesto, en primer lugar, en dos conjuntos conmemorativos: las efemérides tradicionales cuyas celebraciones estuvieron organizadas por el gobierno nacional y las conmemoraciones en ocasión del Día de la Soberanía, efeméride incorporada por CFK al calendario patriótico argentino en homenaje a la actuación de Juan Manuel de Rosas en la Vuelta de Obligado de 1845. Recorreremos, por otra parte, las representaciones de personajes, eventos y procesos históricos correspondientes a esta etapa de la

⁶Agradezco a Alejandro Cattaruzza sus comentarios iluminadores en este sentido, en ocasión de la presentación de una ponencia relacionada con el presente trabajo final en las XVI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia realizadas en Mar del Plata en el año 2017.

⁷ Decimos parte del panorama dado que, en efecto, algunos capítulos relevantes de la política de la historia del gobierno de CFK quedan afuera de los alcances de esta investigación. La aclaración vale fundamentalmente para los usos del pasado setentista y de la última dictadura militar, en torno de los cuales el kirchnerismo –e incluimos aquí especialmente al gobierno de Néstor Kirchner (2003-2007)- desplegó también un conjunto de narraciones y representaciones históricas que fueron fundantes de su identidad política. Incluirlos hubiese implicado, además de un desarrollo que excede los límites del presente trabajo, involucrarnos en una serie de debates que conciernen específicamente a la memoria sobre el pasado reciente.

historia argentina que fueron recuperadas discursivamente con cierta frecuencia y en circunstancias diversas, es decir, más allá de aquellas coyunturas memoriales específicas.

El capítulo II está organizado en torno a los usos del pasado peronista, dada la importancia que dicha recuperación revistió en el proceso de conformación del imaginario kirchnerista. Intentamos reponer allí las narraciones sobre el peronismo –sus orígenes, el 17 de octubre, Evita, la resistencia- que acompañaron muchas de las definiciones y auto representaciones que CKF ofreció acerca de su propio gobierno y del movimiento político que lideró durante un prolongado período de tiempo.

En el capítulo III analizamos las discusiones públicas suscitadas a propósito de ciertos usos del pasado desplegados por el poder político a lo largo de aquellos años. Optamos allí por prestar principalmente atención a las intervenciones que portaron un carácter más institucionalizado, dentro de un abanico de potestades que, como venimos sugiriendo, las excedió: la conmemoración del Bicentenario de la Revolución de Mayo, la creación del Instituto Nacional de Revisionismo Histórico Manuel Dorrego y la instauración del Día de la Soberanía Nacional en conmemoración de la Vuelta de Obligado. En efecto, cada una de estas políticas activaron especialmente un debate en torno a sus características, alcances y conveniencias, tanto políticas como historiográficas. La prensa escrita fue uno de sus principales vehículos y ella proporciona el material sobre el que reposa este capítulo.

Finalmente, en las reflexiones finales nos proponemos enhebrar los problemas desarrollados en cada uno de estos apartados, con la intención de restituir alguna inteligibilidad común a intervenciones sobre el pasado que por separado pueden parecer inconexas o contingentes. Dicho de otro modo, nos preguntamos: ¿en qué términos puede pensarse dicha restitución, presumiendo que existe algo más que meros fragmentos del pasado resucitados *ad hoc* según las necesidades de turno, pero sin pretender un rastreo de “coherencia”?

Capítulo I

El pasado fundacional: representaciones en torno al siglo XIX argentino

Sustrato temporal no sólo de alguna idea de nación sino también de las primeras querellas historiográficas por definir sus contornos, el pasado comprendido desde la Revolución de Mayo hasta la consolidación del Estado nación argentino tuvo un especial protagonismo dentro del conjunto de preocupaciones históricas manifestadas públicamente por CFK durante sus años de gobierno. En el siguiente capítulo nos proponemos considerar aquellas operaciones sobre el pasado que estuvieron destinadas a difundir representaciones relativas a determinados procesos, personajes o acontecimientos del siglo XIX argentino. Si el énfasis puesto por el kirchnerismo en la difusión de representaciones del pasado supuso por sí sólo cierta particularidad en relación a la cultura política reciente de la Argentina, la reactivación de narraciones que tuvieron por objeto a personajes y conflictos decimonónicos constituyó quizás uno de los componentes de mayor novedad. Materia de importantes y actuales revisiones historiográficas, el siglo XIX permaneció durante buena parte del XX relativamente al margen de intervenciones que provinieran directamente de la esfera del poder político. Ya sea apelando a motivos cristalizados por el revisionismo histórico en algunas de sus vertientes, ya sea integrando en esos relatos figuras o fragmentos que arrojaron combinaciones nuevas; discursos, imágenes, declaraciones públicas y conmemoraciones reactivaron durante toda la etapa un conjunto de referencias históricas que se integraron rápidamente al patrimonio simbólico kirchnerista y sirvieron para delinear un imaginario histórico propio.

En particular, las operaciones sobre esta etapa de la historia argentina fueron necesarias a la hora de reafirmar la tónica fundacional que desde el comienzo el kirchnerismo imprimió a su discurso político. Presentada como equivalencia y continuidad de los momentos “fundacionales de la nacionalidad”, la década kirchnerista vendría a reeditar, por otros medios, las épicas batallas que definieron a la Argentina como nación independiente. La novedad, pues, no

radicó tanto en la producción de nuevos relatos históricos –se trabajó, más bien, con materiales heterogéneos que ya tenían algún lugar en la “conciencia histórica” de los argentinos (Rosemberg y Farías, 2011)– como en el tipo de encuentro entre pasado, presente y futuro que estas operaciones propusieron; encuentro que tuvo al tiempo presente como protagonista principal. Al siglo XIX se hicieron remontar los orígenes de “los dos modelos de país”, figura recurrente del discurso kirchnerista a la hora de delinear las irreconciliables alternativas políticas que desde su perspectiva se disputaron el poder en la Argentina del XXI.

¿Qué diferencia hay entre aquellos que le decían a Belgrano que se rinda, que se entregue, de los que me dicen a mí que negocie en cualquier término con los fondos buitres? No hay ninguna diferencia. Antes venían con armas y cañones, ahora vienen con las armas de la economía o del mercado en lo que hemos dado en llamar “terrorismo de mercado”. ¿Y qué diferencia hay con esos que nos criticaban a nosotros, por preservar la integración latinoamericana, con los argentinos que venían en los barcos ingleses y franceses en la Vuelta de Obligado? ¿Qué diferencia hay entre unos y otros? Tampoco. Como ven, hay una línea en toda la historia argentina que nos hace ver estos dos proyectos de país permanentemente, y que tienen distintos protagonistas y hasta distintos partidos políticos, distintos movimientos que los encarnan en una determinada etapa histórica. Pero no hay tantos proyectos.⁸

Si bien la propuesta de esta “línea histórica” que resume los dilemas de la Argentina en una ininterrumpida oposición binaria entre históricos partidarios de los objetivos nacionales e históricos aliados de intereses antinacionales constituye la grilla de lectura a partir de la cual fueron movilizados personajes y sucesos del siglo XIX, interesa reparar en los contenidos con los que se la fue dotando a lo largo de estos años, advirtiendo las peculiaridades que hicieron de esta lectura un capítulo original dentro de las políticas de la historia de CFK. Para reponer los vínculos que se construyeron entre aquellos relatos y los diversos presentes del kirchnerismo durante la etapa 2007-2015, el capítulo que sigue comienza por indagar los discursos de CFK que rodearon a ciertas conmemoraciones: por un lado, las que integran el tradicional calendario de

⁸ CFK, 13 de diciembre de 2014.

fechas patrias, por otro, aquellas que fueron específicas iniciativas del gobierno, variando en sus grados de alcance e institucionalización.

Mayos y Julios: pasado y presente en los homenajes a la patria

Las tradicionales fechas patrias, “núcleo visible de la memoria oficial” (Philp, 2009), brindaron un escenario particularmente propicio para la puesta en circulación de visiones de un pasado nacional más o menos glorioso en función de las tareas de un presente político que propuso siempre las claves de lectura. Este aspecto de los usos del pasado es quizás el menos original; históricamente gobiernos de diferentes signos políticos han aprovechado dichas circunstancias para cristalizar ideas acerca de la patria, la unidad nacional o los valores tenidos por fundacionales. Sin embargo, incompleto quedaría este mapa si dejara de lado su notable dimensión épica, nota característica y frecuentemente ensalzada por CFK, sobre todo cuando se trató del pasado decimonónico.

Retrocedamos por un momento hasta 2003. Néstor Kirchner asumió su cargo de presidente el 25 de mayo de aquel año y con esta coincidencia de calendarios que daría lugar a otras superposiciones –un 25 de Mayo de 1810 que al ser conmemorado suponía y habilitaba al camporista de 1973 y al kirchnerista del 2003– se iniciaba el conjunto de conmemoraciones que se desarrollaron durante el kirchnerismo en el marco de los homenajes a la patria. No es nuestro propósito aquí detenernos a analizar las modalidades que asumió la política de la historia durante el gobierno de Néstor Kirchner, sólo subrayar que el traspaso de gobierno en 2007 trajo aparejado un cambio en la tónica y la intensidad con las que se apeló al pasado. Podemos pensar que un contexto de inmediato posneoliberalismo supuso en el 2003 una primera tarea cultural, para la cual las fechas patrias sirvieron de escenario privilegiado: recuperar la autoestima nacional, los sentimientos patrióticos y una identidad y tradición nacional-popular destruida por la última dictadura militar y no revitalizada por los gobiernos posteriores. Con Kirchner las palabras “patria” y “pueblo” fueron resignificadas y remitificadas desde el lenguaje estatal y esto se hizo a partir de una historización del presente:

Estoy dejando todo lo que tengo, viendo cada lugar de la Patria, recorriendo cada rincón y buscando tomarnos de la mano, para volver a sentir el fervor patriótico de Mayo (...) ¡Que flameen las banderas argentinas, que flamee el corazón de la patria, que flameen las escarapelas, el sentido nacional de identidad nacional!".⁹

Si el "mandato popular" era el aspecto más débil de un gobierno electo con el 22 por ciento de los votos, la promoción de cambios culturales y morales "desde arriba" desempeñó un rol decisivo para construir legitimidad política (Godio, 2006). La apelación al pasado argentino representó un mecanismo decisivo en la consolidación de dicho proceso. Los usos del calendario patrio durante estos primeros años estuvieron entonces fundamentalmente destinados a la reconstrucción de un orgullo y cohesión nacional que se consideraban fuertemente debilitados:

Les quiero decir en el Día de la Patria (...): acá no pasa por ser fanático de algo, de un partido o de otro partido. Desde acá, desde Tucumán, en el Día de la Independencia, (...) levantando la bandera, sintiendo el escudo, sintiendo la Patria de los que independizaron la Argentina, revalorizando el destino de esta querida Nación (...) les quiero decir que nos sintamos por favor fanáticamente argentinos, que la Argentina puede, que la Argentina va a seguir creciendo.¹⁰

En otras palabras, el imperativo de amplitud que exigía la construcción de una hegemonía derivada de una comprensión coyuntural de la realidad argentina no habilitaba, a comienzos del siglo XXI, muchos márgenes para dividir el presente en función de supuestas divisiones del pasado, operación que será característica durante los gobiernos de CFK.

"De Cristina en Salta: antes que un sector está el país" tituló el diario *Clarín* la página que le dedicó al discurso oficial pronunciado por CFK durante el acto del 25 de mayo de 2008; y a continuación agregaba: "Ese fue el pasaje más contundente que la Presidenta le dedicó al campo".¹¹ Lo cierto es que el discurso

⁹ Néstor Kirchner, 25 de mayo de 2005.

¹⁰ Néstor Kirchner, 9 de julio de 2005.

¹¹ *Clarín*, 26 de Mayo de 2008.

pronunciado en ocasión de un nuevo aniversario de la Revolución de Mayo –el primero desde su llegada a la presidencia– ninguna otra alusión explícita hizo sobre el conflicto que por entonces encontraba a la Argentina en un verdadero clima de beligerancia. “Hoy vengo aquí en nombre de todos los argentinos a rendir homenaje al nacimiento de la Patria y a los próceres que la construyeron”¹² fueron las primeras palabras de un acto que se había trasladado hasta la provincia de Salta y que tuvo como escenografía principal el monumento a Martín Miguel de Güemes. Y continuó:

Siempre me he preguntado cómo se rinde homenaje a hombres como Güemes, como Belgrano, como San Martín, como Castelli, como Mariano Moreno. Tal vez, algunos piensen que se les rinde homenaje cantando el himno, poniéndose la escarapela o izando la bandera, pero (...) los símbolos patrios no pueden ser instrumentos vacíos, fueron creados por esos hombres como estandarte para la lucha por la liberación, por la Patria, por un país mejor, por un pueblo con dignidad nacional.

Las alusiones a las entidades agrarias y sus apoyos sociales fueron sin embargo claras si analizamos la conmemoración oficial en relación con los masivos festejos que en el mismo momento estaban protagonizando las fracciones agropecuarias concentradas en Rosario, al pie del Monumento a la Bandera. La consigna “todos somos el campo, ponete la escarapela por el país, ponete la escarapela por el campo” sintetizaba la apropiación de la fecha patria por parte de sectores contrarios al gobierno que salieron públicamente a disputar su significado. Una disputa simbólica activa que, entre otros materiales y desde ambos bandos, se valió de todo un repertorio de referencias al pasado. Durante las celebraciones de mayo del 2008 gobierno y oposición procuraron presentarse ante la sociedad argentina como la más genuina representación de un pueblo que, en ambos casos, se suponía era el mismo de mayo de 1810.

Los representantes de las diversas organizaciones rurales de la Argentina presentaron su convocatoria como el mejor homenaje que el pueblo podía rendirle a los “padres fundadores”. “Por primera vez en 198 años: un acto

¹² CFK, 25 de mayo de 2008.

dividido” titulaba un zócalo televisivo y el acto del campo responsabilizaba al gobierno kirchnerista de haber provocado semejante afrenta histórica a la patria. Principales oradores del acto, los representantes de cada una de las entidades agropecuarias pronunciaron discursos en los que no faltaron las alusiones al pasado decimonónico. La tónica que los nucleaba fue la defensa de las soberanías provinciales, avasalladas en distintos momentos históricos por un centralismo incapaz de reconocer los aportes “del interior” al sustento económico de la nación y reacio a la coparticipación de las riquezas. Alfredo de Angeli lució en público “la cintita roja del federalismo” y Eduardo Buzzi recordó a Manuel Belgrano en nombre de los pequeños y medianos productores, para honrar “los sueños inconclusos de los padres de la patria”:

Un tal Manuel Belgrano (...) se manejó no solamente enarbolando la bandera nacional, sino también llevando adelante banderas que le eran propias. La primer bandera: el objetivo de la política es la felicidad de los pueblos; la segunda bandera: para lograr esa felicidad es necesaria la repartición de la riqueza, lo decía ya en esa época; la tercer bandera: los pueblos del interior no deben verse vistos obligados a ser enemigos del gobierno de Buenos Aires, por eso desde ese Buenos Aires se debe fomentar la agricultura, el comercio, combatir la corrupción, el contrabando. Aquello que decía Belgrano se podría haber escrito esta mañana. Por eso aquel que fuera vocal de la Primera junta, pero que básicamente fuera un rebelde actor contra el unitarismo, nos estaba diciendo que lograr la felicidad del pueblo a partir de repartir la riqueza era a partir de respetar las mayorías del interior, no manejar la chequera desde Buenos Aires, discrecionalmente, queriendo sojuzgar a las provincias, los municipios.¹³

Su intervención prosiguió con la lectura de una carta de Darwinia Gallicchio, madre y abuela de Plaza de Mayo que apoyó públicamente las medidas de protesta protagonizadas por el campo. El intento de Buzzi de interpelar al público con el conocido cántico *madres de la plaza, el pueblo las abraza* no suscitó, no obstante, demasiada respuesta por parte del público, a diferencia de las aclamaciones que despertó el nombre de Belgrano o el rojo

¹³ Eduardo Buzzi, 25 de mayo de 2008.

federal. Aquel discurso culminó con un pedido de apoyo que, apelando a Arturo Jauretche, auguraba un desenlace promisorio para los intereses agrarios: “hasta que un día el paisano termine con este infierno, y haciendo suyo el gobierno, con solo esta ley se rija: o es pa’ todos la cobija, o es pa’ todos el invierno”.

El titular de la Federación Agraria Argentina esgrimía así su propia representación de los pequeños y medianos productores rurales y éste era a su vez el argumento para justificar su coexistencia con las patronales del campo en la Mesa de Enlace. Postulaba ser “la izquierda” de este conflicto y, en tanto tal, narraba su lucha en el presente como continuidad de El Grito de Alcorta y otros acontecimientos protagonizados por fracciones no hegemónicas de su sector. La intervención que analizamos puede ser inscripta en este posicionamiento. La carta de la madre y abuela constituyó una interpelación a la franja del progresismo que lo acompañó. Los versos de Jauretche, un intento de apropiación del pensador de la vertiente nacional y popular más citado en esa coyuntura particular. En efecto, el “medio pelo” nombró la analogía que el gobierno estableció entre las clases medias que apoyaron al denominado “campo” y sus equivalentes “gorilas” de los años del peronismo inicial.

Si bien es cierto que luego del conflicto agrario perdió intensidad el uso del pasado como espacio recíproco de confrontación, el gobierno de CFK no dejó de interpelar a la oposición “con la historia en la mano” (Eujanian, 2011), ni tampoco mermó su impulso constructor de genealogías. Acaso por entonces se intensificó. A partir de esta coyuntura de crisis, la historia servirá a la política como maestra de vida, pero fundamentalmente como usina de antagonismos o clivajes irreductibles a partir de los cuales interpretar y dirimir los conflictos de un presente en el que parecían estar cada vez más claros los sectores enfrentados: si en 1810 “orgullo de pertenecer a la patria” había sido dar la sangre frente al coloniaje territorial y político de las grandes metrópolis; en la era kirchnerista al sentimiento lo despertaba no haber recibido al Fondo Monetario “como a un virrey”.¹⁴ En este marco, el siglo XIX encarnó los combates que debían ser reeditados frente a “enemigos” que tenían larga data en la historia argentina: de

¹⁴ CFK, 25 de mayo de 2008.

las guerras de la independencia a la “batalla cultural”; del virrey Cisneros, al Fondo monetario.

En las subsiguientes conmemoraciones la Revolución de Mayo no fue sólo celebrada sino también recuperada públicamente con cierto afán explicativo. A partir de esos discursos es posible reconstruir una narración que devuelve un sentido y ordenamiento particular al conjunto de factores tradicionalmente tenidos en cuenta para su explicación. En ella se reconocen, a veces rápidamente, convenciones largamente aceptadas, lugares comunes, como así también intentos de introducir ciertas novedades, ya sea apelando al repertorio revisionista siempre disponible o proponiendo nuevas claves de interpretación. Una idea subyace a ese relato y no es, por cierto, novedosa: en la Revolución de Mayo, punto de partida de la historia argentina, estaba inscripto su punto de llegada. Podía éste remitir a la declaración de la independencia, a la era peronista o, la mayoría de las veces, a la Argentina kirchnerista. Lo cierto es que, cada 25 de mayo, CFK renovó y actualizó el mito de origen de la patria, revelándonos, una vez más, la potencia política del principio de nacionalidad.

En esta reconstrucción Mayo se volvió inteligible en su escala imperial, no por una inversión de la relación de causa-efecto que tradicionalmente unió revolución y crisis monárquica, sino, en primer lugar, por la adjudicación de ciertos atributos a la figura de Napoleón Bonaparte, recuperada con frecuencia por la presidenta a lo largo de estos años:

Hace doscientos años (...) caían imperios: Napoleón irrumpía en Europa. Todo el mundo le hace mala prensa a Napoleón Bonaparte (...) No, Napoleón era la irrupción de la burguesía y del liberalismo en serio en Europa, fue el gran codificador y también tomaron medidas muy importantes. Su hermano José, cuando lo puso en el trono de España (...) en ese momento histórico mundial, de ruptura de las monarquías, irrumpen en las colonias las democracias, las revoluciones más que las democracias, las independencias. Primero, tímidamente: en mayo con una construcción teórica jurídica que como la hermana mayor, España, estaba bajo no sé qué cosa, *todos paraguas para disimular las*

*verdaderas ansias de libertad que tenían nuestros patriotas imbuidos por la Revolución Francesa.*¹⁵

La cita condensa muchos de los tópicos paradigmáticos de un planteo que hasta hace no mucho tiempo la historiografía de la revolución se abocó a revisar, aunque dispuestos de una manera original. En esta representación el imperio español “se cae” por la decidida voluntad de Napoleón de instaurar allí el liberalismo y la formación de juntas en América se explica, antes que por la réplica de la reacción peninsular o por el temor a pasar a depender de Francia, por la imitación de aquella primera iniciativa napoleónica. La fidelidad al monarca español es puesta en un segundo plano o se explica por la clásica metáfora de la “máscara fernandina”; un simulacro para ocultar lo que era verdaderamente determinante en el curso de los acontecimientos: los impulsos tempranamente independentistas del pueblo criollo, o al menos los de una fracción encargada de difundir una suerte de “conciencia nacional” en ciernes. La imagen de French y Beruti repartiendo escarapelas se apartó de su halo mítico y romántico –“no repartían cintitas celestes y blancas, ¡hasta en eso nos han mentido! (...) ¡cómo te van metiendo cosas en la cabeza!”¹⁶ – para integrarse con un mito diferente pero que apuntaba en una dirección similar: “repartían cintas del color de la bandera de España porque (...) nadie había encontrado el argumento político para ver cómo lograban aparecer sin padecer demasiado”.

De aquí también el uso intercambiable e imbricado de las palabras revolución, independencia, democracia. Según esta imagen, aquellos impulsos patrióticos fueron vehiculizados por quienes CKF aglutinó en el ala “jacobina” de mayo, dentro de la cual buscó inscribirse el kirchnerismo: Belgrano, Moreno, Bernardo de Monteagudo, Castelli, Francisco de Miranda. Hombres en los cuales “habían hecho nido” las ideas de la Revolución Francesa, pero cuyo accionar decidido no se entendería si no fuera por el sentido de pertenencia hacia el territorio rioplatense que los empujaba a repeler el “insoportable coloniaje al que nos sometía España”.¹⁷ La importancia histórica de estos “jóvenes con ideales” no era, no obstante, mayor a la de los “hombres de armas”: así, el 25 de mayo de 2013 CFK homenajeó a Cornelio Saavedra, por ser el fundador de la unión entre

¹⁵ CFK, 31 de julio de 2012. El subrayado es nuestro.

¹⁶ CFK, 7 de abril de 2011.

¹⁷ CFK, 19 de abril de 2010.

el pueblo y las Fuerzas Armadas: “eran las épocas fundacionales donde pueblo y Fuerzas Armadas, las ideas junto a los que empuñaban las armas para defender a esa gran patria que nacía, construían la historia”.¹⁸ De este modo, la presidenta relativizaba la clásica dicotomía que enfrenta a Moreno y Saavedra en bandos irreductiblemente opuestos del devenir revolucionario.

En 2015 tuvo lugar la última celebración del 25 de mayo a cargo de un gobierno kirchnerista. Fue entonces el turno de San Martín. Durante la tradicional semana de mayo de aquel año se llevaron a cabo las medidas necesarias para efectivizar las disposiciones que establecía el decreto presidencial 843/2015: el Sable Corvo del General debía ser trasladado al Museo Histórico Nacional.¹⁹ El documento transcribe la cláusula del testamento fechado en 1844 en el que San Martín disponía su entrega a manos de Rosas e historiza sumariamente su derrotero. Menciona que había sido sustraído en 1963 y 1965 –aunque omite que quien estuvo implicada en aquellos episodios fue la Juventud Peronista– hasta que en 1967 el gobierno de Onganía transfirió su custodia al Regimiento de Granaderos a Caballo, donde se encontraba hasta ese momento.

El sable fue besado por el cardenal primado de la Argentina hasta que finalmente llegó a las manos de CFK, quien lo esperaba junto con una multitud que acompañó el desfile patrio, acudiendo a la invitación que, vía propaganda oficial, convocaba a las familias argentinas a “honrar el brazo de acero del General San Martín”.²⁰ Hasta este momento la figura de San Martín no había sido homenajeadada más allá de su tradicional efeméride, ni tampoco formaba parte de la lista de personajes patrios más recurrentes en los discursos. Sin embargo, unos meses más tarde y desde el Patio de las Palmeras de la Casa Rosada, la presidenta recordaba aquel traslado como uno de los momentos más emotivos que le había tocado vivir en el cumplimiento de sus funciones.²¹ *Chávez, Néstor Kirchner, San Martín, Rosas, Perón; Cristina es la conducción*: el canto de la militancia allí reunida incitó a CFK a referirse sobre la “línea histórica” que emparentaba a la mítica tríada fundada por el revisionismo peronista. El San

¹⁸ CFK, 25 de mayo de 2013.

¹⁹ Decreto 843/2015: *Sable Corvo del Libertador General Don José de San Martín. Traslado*, 18 de mayo de 2015.

²⁰ Traslado del Sable Corvo del Libertador General San Martín. Institucional. Semana de Mayo, disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=Oy86laKbbf4>. Consultado última vez: 22/05/18.

²¹ CFK, 16 de junio de 2015.

Martín al que alude, decía, no era el de las máximas a Merceditas sino “el del sable” y, más precisamente, el del sable donado a Rosas, detalle “ocultado prolijamente” por la historia. En efecto, tanto la reivindicación de San Martín como la recuperación que la presidenta hizo de Rosas pivotaron en aquella histórica donación: si por un lado servía para desacralizar al San Martín “oficial”, por otro consagraba a Juan Manuel de Rosas mediante la palabra autorizada del San Martín sacralizado por la memoria histórica; impoluto Padre de la Patria y líder de la independencia.

El 9 de julio no le disputó al 25 de mayo su carácter indiscutido de madre de todas las fechas patrias argentinas: “Yo digo que es la fecha patria por excelencia (...) en la historia y en el inconsciente colectivo de nuestro pueblo, es el 25 de Mayo el que nos marca como país, como nacimiento, como identidad”²². CFK reconoció que el 9 de julio siempre había sido una fecha muy emblemática para el peronismo; que, según Perón, era “la fecha de los peronistas”, pero se trataba ahora de “juntar las dos partes de la patria, la del 25 de mayo y la del 9 de julio, porque son la misma cosa, la lucha de ideales por tener una patria más grande”²³. Una vez más, el discurso se inscribió en una vieja tradición que intentó, y logró, colocar a la revolución como un movimiento deliberadamente destinado a crear la nación argentina (Perochena, 2016). Pero las conmemoraciones de la declaración de la independencia de 1816 pusieron también en disponibilidad algunos motivos que resultaron ser eficaces instrumentos simbólicos. Entre ellos, la reactualización de una fórmula que históricamente ha sido utilizada tanto por distintas variantes de la izquierda como por el peronismo para posicionarse frente al acontecimiento independentista de julio: la “segunda y definitiva”.

Necesitamos imperiosamente la unidad nacional como presupuesto básico del crecimiento y como la segunda independencia de nuestro país, la de la economía, la del conocimiento, la de la ciencia, la de la tecnología, la de la educación y la de la salud. Esa es nuestra segunda

²² CFK, 16 de septiembre de 2011.

²³ CFK, 9 de julio de 2011.

independencia y por eso la vamos a seguir peleando todos los días en un mundo cada vez más difícil.²⁴

La primera, fechada en el siglo XIX, se definía por su componente identitario: “aquella independencia era lograr la identidad y la construcción de las nuevas nacionalidades. Cada país se liberaba del yugo colonizador y a partir de su historia e identidad se constituía como nación”; la segunda, consumada en pleno XXI, prometía “desarrollo económico e integración social” y para lograrla bastaba comparar las condiciones actuales con las que debieron atravesar quienes por esas mismas adversidades se convertían en próceres: “ellos, que tenían menos recursos, que para llegar a un lugar debían viajar días y días; ellos, que se enfrentaron a los ejércitos más poderosos del planeta y uno a uno los vencieron”. Si ellos pudieron, no habría por qué pensar que nosotros no. Más aún, los protagonistas del presente contaban con una ventaja respecto de sus precursores del pasado, con quienes compartían su condición juvenil: “nuestros jóvenes del 25 de mayo y del 9 de julio se incorporaban *contra* el poder establecido para poder cambiar las cosas. Acá tenemos la suerte que miles y miles de jóvenes se incorporan *para* apoyar las políticas que el propio Estado impulsa”.²⁵ Un presente que daba a veces muestras claras de haber superado incluso a los momentos más álgidos de la lucha por la emancipación nacional: “¡qué orgullo siento como argentina cuando veo que en naciones como la Gran Francia, de la cual vinieron las ideas revolucionarias de mayo, recién ahora se esté tratando el matrimonio igualitario! ¡Mi madre! ¡Quién nos ha visto y quién nos ve!”.²⁶

El 192º aniversario de la independencia fue ocasión para la puesta en circulación de un motivo que a partir de entonces pasó a integrar el repertorio más o menos estable de los discursos conmemorativos, principalmente los patrióticos: “La historia del Billiken”; “la que siempre nos contaron”, aquella frente a la cual debía apuntar sus energías la mentada batalla cultural. La “otra historia”, en cambio, prescindía de demasiadas adjetivaciones; era, sin más, la historia “verdadera”, aquella que debía salir a la luz para desplegar todo su potencial pedagógico: “los pueblos que no conocen su verdadera historia están

²⁴ CFK, 4 de junio de 2012.

²⁵ CFK, 9 de julio de 2011. El subrayado es nuestro.

²⁶ CFK, 9 de julio de 2011.

destinados a tener los mismos desaciertos o los mismos errores de siempre”.²⁷ El develamiento de la historia nacional comenzó a presentarse a partir de entonces como una auténtica prioridad política y cultural del gobierno de CFK y la mayoría de sus discursos con apelaciones al pasado incluyeron la supuesta revelación de episodios ocultos por la llamada y denostada historiografía tradicional.

En 2008 empezó a insinuarse públicamente el acercamiento de CFK con un grupo de historiadores e intelectuales autoidentificados como revisionistas y esto sirvió como argumento legitimador de esta empresa historiográfica:

El otro día recibí a un grupo muy importante de historiadores revisionistas que me distinguieron por mi tarea (...) en lo que hace a poder brindarles a los argentinos un relato más certero de lo que fue nuestra historia. (...) Contemos la historia verdadera, argentinos.²⁸

En esta ocasión, el velo se corría al revelar que “algunos hombres del puerto de Buenos Aires se negaban a declarar la independencia”, y así y todo continuaban dándole en el presente nombre a avenidas y plazas de la Argentina. Empezaba así a delinearse una genealogía que aglutinaba a lo largo de la historia todo lo que calificaba como antipopular, atributo casi siempre asociado a la connivencia con intereses extranjeros. Aquella difusa denuncia de “los hombres del puerto” supone, por un lado, la aceptación de que la adhesión a los términos del Congreso Constituyente reunido en Tucumán constituía la única opción, o en todo caso, la más emancipadora entre las disponibles en esa coyuntura; por ende, implica el olvido de las voces provenientes de espacios extra porteños que discordaron con aquella declaración, precisamente por representar alternativas más radicalizadas. La condena al supuesto antinacionalismo porteño no opacó, pues, la naturaleza de un relato que fue, ante todo, porteñocéntrico.

En el año 2015 el poder ejecutivo firmó un decreto en el que se instituía el 29 de Junio de cada año como “Día de la primera Declaración de la Independencia de toda dominación extranjera en nuestro territorio”, en conmemoración del Congreso de los Pueblos Libres de 1815, liderado por

²⁷ CFK, 9 de julio de 2008.

²⁸ CFK, *Ibidem*.

Artigas. Sin embargo, el hecho no tuvo demasiada difusión, ni tampoco se presentó como un impulso para recordar una opción histórica alternativa al Congreso reunido en Tucumán; sólo precursora. No toda invención de una tradición es exitosa y ésta, de hecho, no lo fue. El diario *Clarín* sentenció “otro relato de la historia: el 29 de junio, nuevo día de la Independencia” y reprochó el gesto por ver en él un “relato populista en desmedro del Congreso de los “doctores””²⁹, pero lo cierto es que el discurso pronunciado por la presidenta en el que siguió siendo el “verdadero día de la independencia” no hizo ninguna alusión a aquel primer congreso, como así tampoco a la dirección alternativa y radicalizada de la revolución planteada por el liderazgo artiguista con influencia en todo el litoral del Río de la Plata.

Con anterioridad la figura de Artigas había sido ya objeto de cierta polémica, debido a la reiteración de una idea cuyo apego a alguna versión rigurosa de la historia fue puesta públicamente en duda por varios actores políticos e intelectuales: “Artigas siempre quiso ser argentino y no lo dejaron (...) acuérdense cuando les enseñen Sarratea, fue quien les prohibió el ingreso a los diputados de Artigas que querían venir a formar parte de la Argentina”.³⁰ En el año del bicentenario de las Instrucciones del Año XIII, las expresiones cruzaron rápidamente el Río de la Plata y suscitaron la reacción de políticos, periodistas e intelectuales uruguayos. Gerardo Caetano, uno de los historiadores que más se comprometió en desmontar aquella representación, argumentó su inadmisibilidad apelando tanto a la conflictiva polisemia que atravesó la historia del vocablo “argentino” a lo largo del siglo XIX, como al que consideró el verdadero motivo –pasado por alto por la mandataria argentina– por el cual los diputados orientales no fueron recibidos en la Asamblea General Constituyente de 1813: la radicalidad del contenido político y social de aquellas Instrucciones. La misma radicalidad que explicaba las palabras que en 1825 un cónsul británico dirigía a sus superiores, donde distinguía a la población oriental en una mayoría partidaria de Artigas y, por lo tanto, de la independencia total, la destrucción del rango y la propiedad y la igualdad, y una fracción de “mejores patriotas” que se inclinaba a unirse a la “federación de Buenos Ayres”. La versión “argentinista”

²⁹ *Clarín*, 29 de junio de 2015.

³⁰ CFK, 25 de junio de 2013; CFK, 8 de julio de 2013.

de la figura de Artigas que fomentaba el relato de CFK se le presentaba entonces a Caetano como tanto, o incluso más, abusiva que su alternativa “uruguayista”.³¹

El 9 de julio de 2010 la letra de la declaración decimonónica transmutó en el documento oficial que disponía la utilización de las reservas del Banco Central para el pago de la deuda externa contraída históricamente por el Estado argentino; “eso es construir independencia (...) independencia económica, que es la base de la política”.³² Tres años más tarde, en otro 9 de julio, CFK historizaba los orígenes de esa dependencia que el kirchnerismo había empezado a subsanar:

Mal que le pese a la historia oficial, ganaron los que pensaban que la Argentina, allá en 1852 cuando Rosas es derrotado, debía ser solamente proveedora de materias primas sin elaboración (...) con gente ganando dos mangos en el campo (...) ¿Qué hacemos entonces? ¿Cuál es el instrumento más poderoso que hemos logrado los argentinos en esta década reconstruir, además del autoestima?³³

El círculo se cerraba con la imagen del Estado “gran reparador” en lo político y lo económico, enlazada con la autorepresentación del kirchnerismo como responsable indiscutido de su reconstrucción a partir de los escombros dejados por el neoliberalismo inaugurado por la última dictadura militar y consolidado con el menemismo: “el Estado necesita (...) de un Poder Ejecutivo, que en estos diez años ha administrado el comercio, ayudando al empresariado nacional y a la banca nacional como nunca antes nadie lo había hecho”. En 2015, a pocos meses de las elecciones que determinarían el final de la presidencia de CFK, el día de la independencia sirvió para alentar la tónica de la resistencia necesaria para salvaguardar estos frutos conseguidos:

Cuando había dudas si declarar o no la independencia, Belgrano dijo “o levantamos los brazos para votar la independencia o van a venir por nuestros cuellos y pescuezo” (...) Se trata del más crudo pragmatismo. Si

³¹ “Artigas, el rioplatense sin estados ni patrias”, *Revista Ñ*, 13 de agosto de 2013.

³² CFK, 9 de julio de 2010.

³³ CFK, 9 de julio de 2013.

no cuidamos lo logrado en estos 12 años, van a intentar volver con políticas neoliberales³⁴.

La resignificación de la independencia, entonces, no tuvo tanto que ver con un cuestionamiento de los relatos más tradicionales sobre el acontecimiento de la declaración, sino con la apropiación del que históricamente había servido como tópico central del contra discurso de las izquierdas en la Argentina, el de la “segunda y definitiva” (Acha, 2016). Mientras que para las izquierdas pretendía revelar la necesidad de una política clasista y revolucionaria o popular y revolucionaria, en la imaginación histórica kirchnerista conducía a legitimar el oficialismo progresista, conjugando el régimen discursivo de la nación y, por ende, de la unidad, con el del antagonismo y el conflicto.

Los n(h)ombres de la patria

Si algo puso a disposición el siglo XIX fue un conjunto de nombres propios. Esto no significa que la única forma de narrarlo sea a través de sus personalidades consagradas, pero en este aspecto la construcción kirchnerista no varió demasiado respecto de ese modelo difuso que el discurso de CFK insistió en colocar como su contraparte positivista y liberal; “de Billiken”. Así, es posible delinear las características de las operaciones sobre este pasado recomponiendo los atributos que estos discursos les atribuyeron a los hombres que, según la mirada de CFK, hicieron la patria. Algunas filiaciones fueron más sencillas que otras, ya sea porque reposaron en lo sustancial en imágenes canonizadas por la liturgia patriótica más tradicional, ya sea porque abrevaron en un lenguaje revisionista adaptado a los nuevos tiempos. No hubo dudas con Belgrano, San Martín, Moreno, Rosas o “los caudillos federales”, conjunto pocas veces desglosado en sus individualidades. Lo que quedó afuera fue expulsado también con contundencia: Mitre, Rivadavia y su círculo unitario. Otras se mostraron algo más problemáticas, como resolver la colocación en esta genealogía de figuras como Sarmiento, Alberdi o Roca.

³⁴ CFK, 9 de julio de 2015.

Manuel Belgrano fue el “prócer preferido” de CFK. Así lo afirmó al celebrar en 2008 un nuevo aniversario del Día de la Bandera y la cantidad de menciones que lo recuperan en sus discursos parece ser consecuente con aquella preferencia.³⁵ A partir de entonces, *el abogado que tuvo que ser militar* se convirtió en el personaje emblemático alrededor del cual la presidenta construyó una representación histórica destinada a servir como modelo impoluto y atemporal de virtuosismo patriótico. La operación no es en sí misma original; el lugar de Belgrano en el panteón de padres de la patria es, sin más, incuestionado. Y parte de ese éxito se debe a las imágenes matriciales que contribuyeron a forjar quienes tempranamente vieron en Belgrano una biografía potencialmente narrable al compás de la génesis de la nacionalidad argentina: el General Paz en sus *Memorias*, Mitre en su *Historia de Belgrano*. Exponentes, ambos, de la historia que CFK propuso con insistencia combatir, aunque la productividad de sus narraciones se manifieste también en la construcción de éste, un Belgrano que quiso ser *otro*.

Aquí el legado de Belgrano no es la bandera; es esa una construcción de la “historiografía oficial” que esconde cosas más importantes, que se sustraen de aquella interpretación. “Manuel Belgrano fue un gran patriota porque no se hizo militar por vocación, sino que se hizo militar por deber”.³⁶ La idea no subvierte la certeza que organiza nuestro panteón; a saber, que la condición de héroe patrio presupone y necesita de la condición militar. Pero intenta desmilitarizarla, al liberar a Belgrano del gusto por las armas y hacer de esta diferencia la clave de su actual envanecimiento. Sin poner en cuestión al héroe militar, esta representación de Belgrano pondera virtudes que consagran, ante todo, su heroísmo civil. Devenir militar en honor a la causa revolucionaria de mayo representó entonces uno de los principales ejemplos históricos del espíritu romántico, sacrificial y abnegado que articuló en su conjunto al imaginario militante kirchnerista. En términos de Montero (2012:23), un “ethos militante heroico y sacrificado”, que se presentó como la encarnación de un mandato heredado de otras generaciones. La de la militancia setentista, la de los héroes nacionales cuando la lucha armada y la militarización de la política se tornaron

³⁵ Según Camila Perochena (2016), luego de Eva Perón, la figura de Belgrano encabezó la cantidad de menciones de figuras históricas en los discursos de CFK.

³⁶ CFK, 9 de mayo de 2008.

prácticas más cercanas al orden de lo indecible o inenarrable. Belgrano no fue un prócer de mármol, tal como “siempre se nos quiere mostrar a los próceres (...) tal vez para persuadirnos de que son difíciles ejemplos a imitar”. Belgrano, “como nosotros”, sólo ejerció esa “vocación del deber con los demás, con la patria o el prójimo”.³⁷

En 2011 un decreto del poder ejecutivo establecía al año 2012 como “año de homenaje al doctor D. Manuel Belgrano”, en honor al bicentenario de la creación de la bandera y el éxodo jujeño. Su texto –enumeración de proezas presentadas en un tono que combinaba pretensión de objetividad y lenguaje patriótico– cristalizó en la ley aquella imagen: “Que Manuel Belgrano siempre demostró su amor por la Patria, ya que, no siendo militar, decidió con coraje asumir dicho rol cuando el país lo necesitara”. Por eso, proseguía, su vida e historia, “por su honradez, valentía, patriotismo y por sus ideas en pos de la libertad, la independencia nacional, la igualdad y el fomento de la educación, constituyen un ejemplo a seguir por la ciudadanía argentina”.³⁸

Como solía ocurrir con medidas de este tipo, *La Nación* no tardó en replicar el contenido histórico del documento oficial. El blanco inicial fue precisamente la nominación de Belgrano, *doctor*. En opinión de los redactores, aquel título omitía tanto el que le asignaron los gobiernos patrios desde la Primera Junta, como el que “le reconoce todo un pueblo como ejemplo de entrega a la causa de la independencia”³⁹: Belgrano, *general*. Que actores “tan severos como el General José María Paz y Tomás de Iriarte” le dedicasen expresiones de respeto como organizador y comandante de tropas era una muestra contundente de la necesidad de honrar a Belgrano por su desempeño militar. Meses más tarde, el periodista Rosendo Fraga volvía sobre aquel decreto presidencial: “en cierto afán por desmilitarizar la historia, un decreto del Poder Ejecutivo dispone que, en los documentos públicos firmados este año (...) se deje de llamarlo general, para llamarlo doctor”⁴⁰. Se subrayaba además que Belgrano no había cumplido “funciones políticas” desde 1810. Por otra parte, poco coherente aparecía a los ojos del periodista la decisión de declarar feriado

³⁷ *Ibidem*.

³⁸ Decreto 292/2011: *Declárese el año 2012 como el “Año de Homenaje al doctor D. Manuel Belgrano”*.

³⁹ “Honrar al General Belgrano”, *La Nación*, 11 de febrero de 2011.

⁴⁰ “Belgrano, ¿general o doctor?”, *La Nación*, 20 de junio de 2012.

nacional el bicentenario del combate de San Lorenzo⁴¹–“una batalla menor en términos militares”– y no hacerlo con las de Tucumán y Salta, “que decidieron la suerte de la guerra de independencia y fueron ganadas por Belgrano”.

Quizás menos complicaciones hubieran tenido los críticos si la presidenta se limitaba a adherir y potenciar una operación de memoria consolidada por la tradición peronista y fácilmente integrable en su repertorio histórico con tintes revisionistas: la mítica tríada San Martín-Rosas-Perón. En lugar de aquello, Belgrano fue el preferido y esto redobló los intentos de *La Nación*, histórica guardiana de la tradición antirrosista (Quattrocchi–Woisson, 1998: 126), por disputar su memoria. *Clarín* se unió a aquel elenco, aunque los argumentos históricos estuvieron aquí ausentes en comparación a las réplicas de sus colegas: “El prócer favorito de Cristina murió pobre y se negó a ser un abogado exitoso”⁴² ironizaba un titular, desplegando uno de los lugares comunes característicos del antikirchnerismo crítico del patrimonio presidencial.

El Manuel Belgrano de esta construcción fue además un Belgrano que se mostró como el primer “desobediente” frente a los mandatos políticos y económicos dominantes en la época en que le tocó vivir. En la mayoría de las conmemoraciones CFK recordó que el avance victorioso sobre los territorios de Salta y Tucumán, asediados por tropas realistas, se llevó a cabo a pesar de la negativa del Triunvirato: “es que desde Buenos Aires, desde ese modelo centralista, nunca contestaban las demandas populares y la necesidad del pueblo (...) pero era un político incorrecto afortunadamente, decidió desobedecer las órdenes”⁴³. Gracias a ello, el protagonismo de Belgrano en la historia nacional debía anteponerse incluso al del San Martín reivindicado por el pensamiento latinoamericanista: “si no hubiera sido por el coraje para oponerse a lo que el establishment de la época imponía (...) San Martín jamás hubiera podido cruzar los Andes para liberar a los pueblos hermanos. La historia hay que contarla completa para entenderla”. El “gran compromiso por los pobres”⁴⁴ fue otra de las cualidades rescatadas de un prócer desobediente con

⁴¹ La batalla de San Lorenzo fue el único combate en territorio actualmente argentino que libraron San Martín y el regimiento de Granaderos a Caballo en el marco de las llamadas guerras por la independencia.

⁴² *Clarín*, 23 de septiembre de 2013.

⁴³ CFK, 20 de julio de 2013.

⁴⁴ *Ibidem*.

los mandatos de su época. Así, en el último de sus homenajes la conmemoración de Belgrano cedió su lugar al aniversario de un acto de desobediencia que buscaba hacerle justicia a la coincidencia con el calendario belgraniano: “también hoy se cumple un aniversario (...) quiero recordar aquellos momentos, desde algún lugar se me aconsejó que lo que había que hacer era ir al juzgado y pagar. Nosotros dijimos que era una trampa mortal”⁴⁵ dijo CFK en alusión al rechazo del pago de la deuda exigida por los llamados fondos buitres un año atrás. De este modo, la desobediencia, convertida en cualidad patriótica, se integraba a las definiciones o autorepresentaciones que dieron forma a la identidad kirchnerista.

Manuel Belgrano fue también narrado a través de sus escritos económicos, en los que CFK vio un pionero y adelantado proyecto industrialista para el país en construcción en pleno siglo XIX; un proyecto que no pudo ser pero que encontró su concreción durante los años peronistas y su profundización con el kirchnerismo; de allí la adjudicación del “derecho a estar frente al monumento a Belgrano (...) porque hemos hecho cosas para honrar esa memoria y esa historia”:

Cuando uno ve las industrias que se están levantando, cuando el otro día el titular de General Motors me visitaba a informarme que van a invertir 600 millones de pesos más aquí en la Planta de Rosario que van a significar 600 nuevos puestos de trabajo para los rosarinos, cuando vemos ese Rosario que tenía 10,6 por ciento de desocupación en el 2010 y hoy estamos en el 7,8 casi 3 puntos, *estas son las políticas de Belgrano*, estas son las políticas que quería Belgrano, trabajo para los argentinos, trabajo industrial.⁴⁶

El éxodo jujeño fue conmemorado y frecuentemente valorizado como uno de los hechos más rescatables de la historia independentista. Presentado como acontecimiento belgraniano por definición, además de como un suceso clave en la historia del nacimiento argentino, sirvió para ilustrar de manera ejemplar la unión entre ejército, pueblo y defensa nacional, una tríada que el kirchnerismo se preocupó especialmente por refundar, en paralelo a su política

⁴⁵ CFK, 20 de junio de 2015.

⁴⁶ CFK, 20 de junio de 2011.

pretendidamente democratizadora de las Fuerzas Armadas. Durante la presentación de una maestría en “Defensa Nacional y Estrategia”, CFK hizo un recorrido por los doscientos años de historia argentina para “corroborar empíricamente” el potencial histórico de un concepto amplio, nacional, popular y latinoamericanista de defensa. El éxodo jujeño se presentó allí como el ejemplo “más sublime y más excelso” de un sistema de defensa que combinó dispositivos militares con “la convicción de todo un pueblo y la necesidad de construir una nación”⁴⁷.

Tal como se lo presentaba, aquel éxodo reunía todas las características de una verdadera epopeya: la entrega total, consiente y desinteresada “por las convicciones, por los ideales, por los otros, por la identidad”⁴⁸. Jujuy fue la tierra de Belgrano y fue en Jujuy donde, según CFK, comenzó a construirse la patria. La quema de “sus casas y sus derechos con tal de que la patria viva”⁴⁹ hacía del pueblo jujeño un ejemplo a seguir por todos los argentinos. Así lo decía en ocasión de la inauguración de un hospital de niños en aquella provincia: “si hay un lugar en este bendito país en donde entienden la necesidad de ser solidarios, de construir justicia y equidad es aquí, en esta tierra de Belgrano”, a diferencia de quienes “parece que no les importa incendiar o quemar la Patria con tal de salvar sus cosas. Ese es el contraste que nos trae la historia, desde aquí, desde Jujuy”, en clara alusión a los sectores ruralistas enfrentados con el gobierno. En 1812 hubo “ricos que se negaron a quemar lo que tenían (...) y fueron fusilados por Belgrano por traidores a la patria”⁵⁰ dijo CFK en el acto conmemorativo de 2010 y su intervención suscitó la aclamación del público que estaba allí presente. Según la presidenta, decisiones como la de Belgrano, “que molestan a los que más tienen”, se replicaron cada vez que en el presente kirchnerista el Estado quiso tocar “intereses poderosos para poder ejercer la solidaridad con los pobres”. Gestos “jacobinos” (Perochena, 2016) como éste no fueron del todo frecuentes en las apelaciones al pasado que analizamos, aunque alimentaron a un discurso mediático opositor que vio en ellos una exaltación del conflicto pasado y, en consecuencia, presente. “Recordó que Belgrano fusiló a los que

⁴⁷ CFK, 10 de julio de 2008.

⁴⁸ CFK, 8 de mayo de 2008.

⁴⁹ CFK, 6 de abril de 2009.

⁵⁰ CFK, 20 de junio de 2010.

preferían negociar con el enemigo” fue el copete de la nota que *Clarín* dedicó a los actos del Día de la Bandera⁵¹.

La revista *Noticias* fue vehículo en el año 2014 de un intercambio de opiniones suscitadas a partir de la publicación del último libro del historiador Tulio Halperin Donghi, *El enigma Belgrano. Un héroe para nuestro tiempo*. Si el “enigma” se devela hacia el final del libro, el autor nunca termina de esclarecer cuál es el sentido de la segunda parte de ese título. No obstante, a pesar de su opacidad, para algunos de los medios que se ocuparon de presentarlo, esta figura se volvió de suma utilidad: el prestigioso historiador de la Argentina decimonónica “redescubre al prócer preferido de Cristina Kirchner”⁵², donde “redescubrir” significaba depurarlo de las virtudes que la memoria histórica, en cualquiera de sus vertientes, le había atribuido. El punto de interés no es ahora el contenido de aquel libro, sino en todo caso el de algunas de las réplicas que sobre él se desplegaron, aglutinando varios de los motivos a partir de los cuales CFK justificaba su preferencia al prócer.

Nos referimos, en especial, al desagravio que se vio obligado a hacer Pacho O’Donnell, en su calidad de presidente honorario del Instituto de Revisionismo Histórico Manuel Dorrego, creado años antes por un decreto presidencial. Según lo que el autor plasmaba en su intervención para la revista *Noticias*, sólo una “bizquera ideológica” podía impedir que se vea en Belgrano el “compromiso por los desposeídos”, a un “pionero de la educación popular” o a “lo más avanzado en ideales progresistas que se podía en su época”. El éxodo jujeño, “primera pueblada rural de nuestra historia”, estaba allí para atestiguar esas representaciones, al igual que el “admirable reglamento” que Belgrano dictó para las escuelas por él fundadas; un reglamento que, en opinión de O’ Donnell, “debería colgarse en todas nuestros establecimientos educativos”⁵³. En materia económica se destacaba una temprana proyección estatalista, proteccionista y sustitutiva de importaciones, cara a la historiografía “liberal señera”, dentro de la cual no dudaba en ubicar al propio Halperin Donghi.

⁵¹ *Clarín*, 21 de junio de 2010.

⁵² *Revista Noticias*, 3 de octubre de 2014.

⁵³ “La polémica Belgrano”, *Noticias*, 14 de octubre de 2014.

La construcción que la presidenta hizo de su personaje histórico preferido abrevó entonces en varios, o casi todos, de los argumentos esgrimidos por uno de los principales representantes del llamado neorevisionismo, aun cuando este vínculo no haya sido explicitado o se hayan agregado tópicos que no forman parte central de aquel repertorio, como la cuestión de los pueblos originarios.

Al recordar a Belgrano hay que recordarlo contextualizado en nuestra época. Si Manuel Belgrano viviera, si hoy estuviera aquí con nosotros, ¿con quién cree que estaría? ¿a quién apoyaría Manuel Belgrano? Ese hombre de la industria nacional, ese hombre que hablaba del comercio, ese hombre que hablaba de los pueblos originarios.⁵⁴

Pero Belgrano, convertido así en el padre de la patria kirchnerista, fue también el nexo que permitió integrar en esta narración del pasado decimonónico algunos personajes o tópicos que desbordan aquel marco revisionista. Por caso, con Belgrano *hubiese estado* y, por lo tanto, con el kirchnerismo *estaría*, Deodoro Roca. La genealogía resultó de una consigna que CFK propuso en la celebración del 193° aniversario del Día de la Bandera: intercambiar “universidad” por “poder judicial” en frases seleccionadas del manifiesto reformista de 1918.⁵⁵ El contexto inmediato de este ejercicio estaba signado por un fallo reciente de la Corte Suprema de Justicia que declaraba inconstitucional la ley que modificaba la composición y mecanismos de designación del Consejo de la Magistratura. “Porque no hay nada más importante que una sociedad democrática, donde la ley es pareja para todos, donde la igualdad, consagrada por la Constitución, no es letra muerta, sino que da lo mismo llamarse Pérez que algún apellido ilustre”. La memoria de Belgrano, “combatiente de la igualdad”, estaba allí reclamando compromiso.

Y Manuel Belgrano fue, finalmente, vehículo para la reconciliación con Sarmiento. Prescindiendo de la reconstrucción del vínculo histórico –por cierto, estrecho– entre ambos personajes, reivindicando el simbolismo contenido en la bandera argentina. En la conmemoración de 2011 CFK anunció la reactivación “de un viejo decreto del año 1869 firmado por Domingo Faustino Sarmiento”⁵⁶

⁵⁴ CFK, 20 de junio de 2013.

⁵⁵ *Ibidem*.

⁵⁶ CFK, 20 de junio de 2011.

que disponía que la enseña nacional debía ser enarbolada los 365 días del año en los edificios públicos de la nación. En los considerandos del nuevo artefacto legal se lee que “resulta indispensable otorgar a nuestra enseña patria, vínculo indestructible entre las generaciones a través de los tiempos, símbolo de libertad, civilización y justicia, un tratamiento reverente con un criterio de orden y respeto hacia ella”.⁵⁷

La introducción de la figura de Sarmiento en una coyuntura inminentemente electoral⁵⁸ fue el puntapié inicial de un discurso que giró en torno a un explícito llamado a saldar “viejas diferencias”. “Más allá de las diferencias políticas, también debemos considerarlo un hombre que luchó por el progreso y la educación de la Argentina, algo que comenzamos en este Bicentenario”. En este movimiento Sarmiento fue entonces distanciado, reapropiado y luego reivindicado por el discurso presidencial. La invitación a hacer las paces con Sarmiento no explicitaba sino que presuponía algún enfrentamiento previo. En efecto, en ninguna de sus alusiones dejó en claro cuáles eran esas “diferencias políticas” que, por un lado dejaban al sanjuanino fuera del listado de los “¡viva!” con el que culminaba la mayoría de sus discursos con referencias históricas, pero por otro no eran lo suficientemente sentenciosas como para prescindir de una reivindicación de su figura en el presente. El llamado a hacer las paces pareció entonces no involucrar tanto a CFK de manera directa, sino estar dirigido a una tradición –la del revisionismo, mayormente en su variante nacional-popular– en la que implícitamente la presidenta se posicionaba o ubicaba al movimiento político del cual era representante.

Sarmiento podía ser discutido en sus ideas políticas; “es notorio que no las comparto”⁵⁹, dijo en su primera aparición a cargo de un acto celebratorio del día del maestro, luego de haber “reconocido” que no sabía la letra del himno sarmientino y prometido que para la próxima ocasión la aprendería. Pero “el lugar en la historia lo tiene ganado por haber sido un visionario en la educación”, y en este terreno su legado se presentaba como poco más que incuestionable. En

⁵⁷ Decreto 824/11: *La bandera nacional argentina deberá permanecer enarbolada de forma permanente en todos los edificios públicos.*

⁵⁸ En el mes de octubre de 2011 se llevaron a cabo las elecciones presidenciales –en las que CFK resultó reelecta– junto con las legislativas. Los candidatos surgieron de elecciones primarias, abiertas, simultáneas y obligatorias, llevadas a cabo en agosto de ese mismo año.

⁵⁹ CFK, 11 de septiembre de 2008.

torno a Sarmiento se esgrimió un motivo que funcionó de manera selectiva en relación a los eventos del pasado que CFK recuperó: las acciones de los personajes de nuestra historia no deben descontextualizarse de sus marcos políticos y culturales originarios. En este sentido, el lugar destacado de Sarmiento en la historia argentina estaba garantizado por defender su “visión del rol de la educación en el progreso de la sociedad” cuando, en pleno siglo XIX, en algunos países aún persistía la institución de la esclavitud:

Para nuestra generación era muy discutido políticamente pero finalmente, siempre la historia hace su saldo, nadie puede negar el lugar que ya ocupa definitivamente en la historia como el visionario que ubicó a la educación como un factor decisivo en la construcción del progreso de una nación. Este creo que es el gran legado sarmientino, la gran labor que cumplió de convencer, porque primero estaba convencido él, que era precisamente la educación uno de los instrumentos fundamentales para mejorar la calidad de vida de todos los argentinos.⁶⁰

Aún cuando las ideas sobre la educación no estuvieran en el centro, Sarmiento siguió siendo evocado de manera positiva. Independientemente de su “orientación política”, CFK rescató sus cualidades de “militante”; eso es lo que fue, “por todas las cosas”, sostuvo la presidenta luego del acto homenaje a los maestros en el año 2012.⁶¹ Allí subrayó que “el insigne maestro, cuando fue presidente, cerró el diario La Nación y La Prensa” y que durante su estadía en la cúspide del poder político Bartolomé Mitre “estuvo a punto de ser fusilado”. Eran éstos hechos ocultados por la historia, a tal punto que ni “los universitarios presentes” debían conocerlos, sólo que ahora las responsabilidades del ocultamiento caían sobre el revisionismo, “un sector muy querido”, al decir de la primera mandataria. Daba a entender entonces que si los revisionistas no incluyeron en su relato sobre Sarmiento la censura de la prensa liberal de su época fue porque esa inclusión hubiese puesto en jaque una representación que se quería a sí misma anti liberal. En la interpretación que proponía CFK, reconocer la clausura de La Nación, lejos de una mácula para la biografía

⁶⁰ CFK, 11 de septiembre de 2009.

⁶¹ CFK, 12 de septiembre de 2012.

sarmientina, significaría para el revisionismo admitir la existencia de zonas grises en una biografía que había sido más bien narrada monocromáticamente.

En la era kirchnerista, era un ejemplo militante, al tiempo que pretexto para una advertencia historiográfica que reapareció en reiteradas ocasiones: “a la historia hay que contarla completa, toda, y que nos dejen a nosotros hacer nuestra propia evaluación. Eso es lo único que pedimos”.⁶² De este modo, la recuperación de Sarmiento buscaba ubicarse por fuera de los marcos establecidos por las variantes igualmente oficiales de la historiografía liberal y revisionista, apelando más bien a una idea del pasado como reservorio imparcial de hechos y personajes. Esta representación de Sarmiento como hombre de ideas firmes llevó a considerarlo el “mejor exponente de la Generación del 37”⁶³, motivo por el cual no faltó su homenaje en el Salón de los Pensadores y Escritores Argentinos inaugurado en la Casa Rosada en ocasión del Bicentenario. Allí, la imagen de Domingo Faustino Sarmiento compartía espacio con figuras tan diversas del pensamiento y la cultura argentina como los principales representantes del nacionalismo popular de las décadas del sesenta y setenta, Alberdi, Leopoldo Lugones, José Hernández, Ernesto Sábato, Alejandra Pizarnik o María Elena Walsh.

A pesar de que esta recuperación tuvo en general una impronta positiva, otras dos intervenciones fueron las que más repercutieron y coadyuvaron para que ciertos medios de comunicación difundieran la idea de que el kirchnerismo quiso “denigrar la figura de Sarmiento”⁶⁴: un comentario que CFK dirigió a un grupo de estudiantes de una escuela primaria que realizaban una visita guiada a la Casa Rosada y la representación del “prócer” que transmitió el canal estatal infantil Paka-Paka en uno de sus capítulos. Uno recuperaba la identidad masónica de Sarmiento,⁶⁵ otra lo mostraba casi unilateralmente en su versión despreciadora de gauchos, indios y montoneras. Por otra parte, hubo quienes, como Beatriz Sarlo, criticaron la “desaparición de hombres de la historia que no

⁶² *Ibidem*.

⁶³ CFK, 15 de septiembre de 2010.

⁶⁴ *La Nación*, 21 de septiembre de 2016.

⁶⁵ En esa visita CFK se acercó al grupo de estudiantes y les contó una anécdota en la que el hijo de un amigo de Néstor Kirchner responde efusivamente a su maestra “¡un masón HDP!” frente a la pregunta de quién había sido Sarmiento. Video disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=uvpurWbNjhY> (consultado última vez el 17/04/18).

tienen condecoraciones en el santoral peronista: Sarmiento, por ejemplo”⁶⁶ en relación al contenido del *mapping* proyectado en el Cabildo de la ciudad de Buenos Aires durante los festejos del Bicentenario. Sin embargo, ni la denigración ni el olvido fueron las notas distintivas del uso que CFK privilegió en sus intervenciones y discursos públicos. A pesar de las prevenciones –casi siempre difusas– que acompañaron a la mayoría de estas recuperaciones, Sarmiento fue reivindicado. Ya sea por su concepción del Estado como “gran orientador, promotor y sustentador de la educación pública y gratuita”⁶⁷, ya sea por sus cualidades militantes. Componentes centrales, ambos, en torno de los cuales el kirchnerismo edificó su propia autorepresentación política.

El polo negativo del siglo XIX estuvo personificado, en todo caso, en dos nombres de los que CFK sí procuró explícitamente distanciarse: Bernardino Rivadavia y Bartolomé Mitre. “No me gusta Bernardino Rivadavia”⁶⁸. Con esta declaración propuso abandonar la identificación del sillón presidencial con el nombre de quien fuera el primer presidente argentino. La figura de Rivadavia emergió siempre unívocamente asociada al problema del endeudamiento externo; fue quien “pasó a la historia con el préstamo de la Baring Brothers”, “el primer endeudador”, pionero en el siglo XIX de una genealogía que en el XX tenía a Martínez de Hoz como su máximo representante y en el XXI vio su fin gracias a la política de desendeudamiento del kirchnerismo:

Somos el proyecto de desendeudamiento de la República Argentina (...) Solamente el período entre el 45 y el 55 puede ostentar la misma categoría, después todos fueron proyectos, desde Bernardino Rivadavia para acá, de endeudamiento de los argentinos.⁶⁹

Mitre, por su parte, apareció en su faceta doble de político/historiador “liberal”, además de como el histórico fundador del diario *La Nación*, “el diario de Mitre”, según se refirió CFK en varias oportunidades, encargado de reproducir y velar hasta el presente por el proyecto centralista de organización nacional triunfante en el siglo XIX: “es muy difícil que ese diario entienda el tema de qué

⁶⁶ “La fuerza de lo imprevisible”, *La Nación*, 27 de diciembre de 2010.

⁶⁷ 11 de Septiembre de 2008.

⁶⁸ CFK, 19 de febrero de 2010.

⁶⁹ CFK, 13 de diciembre de 2014.

es el concepto de federal”⁷⁰. Un rescate político de “los verdaderos patriotas” argentinos era necesario, pues, porque ellos “no pudieron dejarse un diario de guardaespaldas histórico como hizo Bartolomé Mitre”⁷¹. La presidenta se refería entonces a Varela, Peñaloza, Quiroga, Güemes, figuras que fueron reivindicadas en contraposición a la memoria que el mitrismo habría logrado imponer a través de sus voceros.

La Guerra del Paraguay suscitó un especial interés público y aglutinó varias de estas consideraciones. Presentada como acontecimiento mitrista por excelencia, la “Guerra de la Triple Infamia” o la “Guerra de la Triple Vergüenza”, tal como la renombró, fue destacada como uno de los capítulos más vergonzantes de la historia argentina, al punto de caberle el carácter de genocidio. Su reverso era la imagen de un Paraguay pujante, industrial y soberano, conducido por el liderazgo de un hombre que pasó a integrar el panteón de héroes latinoamericanos reivindicados por el kirchnerismo: Francisco Solano López. Al asumir la presidencia pro t mpore del Mercosur, CFK rescató su retrato de entre todos los que componían la imagen oficial del encuentro y aclaró que lo hizo “como argentina”, sugiriendo así una suerte de gesto de *mea culpa*: “ese hombre simboliza las posibilidades de lo que podemos ser y de lo que pudimos ser”.⁷² Ese destino trunco de la nación paraguaya que se prolongaba hacia el resto de los países latinoamericanos como promesa era el que merecía por haber sido “la primera potencia industrial de la América del Sur”: hornos de fundición y ferrocarriles, cuando aquí apenas se veían “saladeros o alguna otra cosa de muy poca importancia”.

Las relaciones bilaterales con la República de Paraguay –intensificadas en estos años debido a la inauguración de la empresa binacional de energía Yacypretá– estuvieron así atravesadas por un discurso estructurado en torno a un deber de resarcimiento histórico por la participación argentina en el conflicto bélico del siglo XIX, que tuvo por resultado la “masacre y el genocidio paraguayo”.⁷³ En este intento, los mayores esfuerzos de desagravio se dirigieron hacia una figura individual, más que colectiva: la de Solano López. En su

⁷⁰ CFK, 2 de agosto de 2010.

⁷¹ CFK, 4 de junio de 2012.

⁷² CFK, 29 de julio de 2014.

⁷³ CFK, 10 de septiembre de 2013.

memoria le fue otorgado al presidente de Paraguay una reproducción del sable que en 1850 San Martín legó a Juan Manuel de Rosas y éste a su vez a Solano López en 1869. La ceremonia incluyó la lectura de un fragmento de la carta en la que Rosas disponía del destino de su sable y el anuncio de una nueva medida que buscaba intervenir sobre aquel pasado: la restitución al pueblo paraguayo del mobiliario perteneciente a Francisco Solano López que había sido confiscado por orden de Bartolomé Mitre durante la guerra. Un año más tarde la decisión se consumaba, presentándose como un acto de “reparación histórica” que buscaba volver sobre los “lazos de historia que muchas veces no fue tan buena”⁷⁴ entre ambos países. Según relató entonces CFK, aquel mobiliario se encontraba hasta entonces en un museo de la provincia de Entre Ríos, pues allí había sido donado por una descendiente de Anacarsi Lanús, quien fuera “el proveedor de armas, pertrechos y viandas del General Bartolomé Mitre (...); el que donó, después, el edificio en la calle Florida, donde fue la sede inicial del diario La Nación. Estas cosas, sí, fijate que yo no lo sabía”, adjudicándole así orígenes más o menos espúreos al sitio donde funcionaron las instalaciones del periódico argentino fundado por Mitre.

La disposición oficial suscitó ciertos descontentos; comenzando, precisamente, por algunos periodistas de *La Nación*, uno de los cuales lamentó el “triste olvido de los muertos por la patria”⁷⁵ que traía con siglo la política de restitución del mobiliario. Una analogía contrafáctica sirvió entonces para ilustrar el alcance de lo que se denunciaba: “ojalá dentro de una centuria no haya un gobernante argentino que les restituya los pocos trofeos de la guerra de Malvinas a los ingleses (...) y, olvidando a los cientos de vidas que se inmolaron en combate, termine instalando un busto de Thatcher en alguna plaza”.

Finalmente, la figura de Mitre se asoció a un combate sangriento contra el accionar de los caudillos federales –Peñaloza, Varela, Ibarra– que, luego de la Batalla de Pavón, resistieron el avance del Estado de carácter centralista en formación hacia las regiones del interior. El asesinato de Chacho Peñaloza fue reiteradamente traído al presente como la materialización más acabada de un proyecto político movido por la violencia, que tuvo sus comienzos en el siglo XIX

⁷⁴ CFK, 13 de agosto de 2014.

⁷⁵ *La Nación*, 17 de agosto de 2014.

–más precisamente con el fusilamiento de Manuel Dorrego, en la “etapa de la anarquía”⁷⁶–, estaciones cada vez más radicales en el XX y que en el siglo XXI trasmuto de forma para camuflarse en “otro tipo de fusilamientos”: los mediáticos.⁷⁷ Al conmemorarse el fallecimiento de Enrique Angelelli⁷⁸, la presidenta sostuvo que sus asesinos pertenecían a la “misma línea histórica” de “los que mataron al Chacho Peñaloza”⁷⁹:

Algunos medios hablan de cuánta violencia hay ahora, de ninguna manera, violencia hubo en el siglo XIX, donde se degollaban a los patriotas y se ponían la cabeza en las picas; violencia hubo durante el siglo XX, durante los golpes militares que desalojaban a los gobiernos populares, cerraban el Parlamento, encarcelaban a los presidentes y desaparecían argentinos, o bombardeaban plazas; eso era violencia.⁸⁰

Las apelaciones al federalismo del siglo XIX fueron también recurrentes y la figura del Chacho Peñaloza fue la elegida a la hora de personificar un conjunto heterogéneo y disperso, en el tiempo y el espacio, de personajes e ideas que comúnmente se aglutinan tras el rótulo de federalismo argentino. “Un argentino rubio y de ojos azules que decidió pelear junto a los morochos y por los morochos de la Patria”⁸¹; así, “para desmitificar un poco esto del color de la piel”, definió CFK al Chacho Peñaloza en el homenaje que le rindió en el pueblo riojano de Oltá, escenario del histórico asesinato. “Seas morocho o rubio (...) en realidad lo que se intenta ocultar es cómo se ataca a aquellos argentinos que deciden defender los intereses de las grandes mayorías nacionales, de los más pobres y vulnerables”. Por eso su ocultamiento por parte de la “historiografía oficial de la Nación”; por eso José Hernández, en su faceta periodística, “abordó la tragedia del Chacho Peñaloza con el título de lo que realmente fue: un asesinato atroz”. Y por eso, finalmente, *Los coroneles de Mitre* –el auditorio abucheó cuando se pronunció su nombre–, un libro de Ricardo Mercado Luna escrito en 1974, debía ser repartido en todas las escuelas de La Rioja, “de lectura obligatoria”, “para

⁷⁶ CFK, 22 de junio de 2010.

⁷⁷ CFK, 14 de agosto de 2009.

⁷⁸ Cura riojano asesinado por la última dictadura militar, en 1976.

⁷⁹ CFK, 4 de agosto de 2010.

⁸⁰ CFK, 17 de junio de 2010.

⁸¹ *Ibidem*.

conocer relatos y verdades que están ocultas en la historia argentina”, como fue la utilización de “instrumentos de tortura” en el asesinato del caudillo.

En junio de 2012 fue el turno de Felipe Varela. Mediante un acto de reivindicación, CFK anunciaba el decreto que ordenaba “General de la Nación” al caudillo catamarqueño, al cumplirse 142 años de su muerte. “Como tantos otros patriotas, fue desaparecido”.⁸² La construcción de su memoria se hizo fundamentalmente en base a esta premisa, que permitió trazar paralelismos con el destino de los desaparecidos de la última dictadura militar, al igual que sucedió con Peñaloza. Así como en la “historiografía oficial se escondieron los verdaderos crímenes que se cometieron en el interior del país masacrando a los caudillos federales”, en nuestra historia más reciente se intentó “sepultar la memoria de los desaparecidos durante la última dictadura militar”. Pero en ambos casos sus memorias fueron salvadas y aquí las historias volvían a conectarse: las “mujeres de pañuelos blancos”⁸³ contaban con el antecedente de Dolores Díaz, “la Tigra”, quien “en 1867, en la batalla de Pozo de Vargas, cuando Varela se cae del caballo muerto, lo levantó, lo puso en las ancas de su caballo y lo salvó”. Varela murió enfermo el 4 de junio de 1870 y aquella muerte inauguró una fecha que el kirchnerismo transformó también en emblemática:

Es una fecha que trae muchas memorias: allá en 1870, murió Felipe Varela, tísico en Chile; también un 4 de junio de 1940, hoy hace 42 años, moría otro militar, el general Mosconi, otro patriota también; un 4 de junio de 1952, hoy hace 60 años, asumía el general Perón su segunda presidencia con el voto femenino y con Eva Perón al lado, la gran responsable de haber obtenido el voto para las mujeres y este 4 de junio, hoy, hace pocas horas se acaba de constituir el Director Nacional y Federal de Yacimientos Petrolíferos Fiscales recuperada para todos Los argentinos. ¡Qué 4 de junio, eh!⁸⁴

En el presente kirchnerista confluían, así, el pasado de las resistencias federales encabezadas por los caudillos del interior y el de los años peronistas. El reconocimiento a Varela era, en definitiva y en palabras de CFK, “el reconocimiento que nos hacemos a nosotros mismos, como hombres y mujeres

⁸² CFK, 4 de junio de 2012.

⁸³ En alusión a las Madres y Abuelas de Plaza de Mayo.

⁸⁴ *Ibidem*.

capaces de hacer cosas que transformen la realidad y mejoren la calidad de vida de los argentinos”.

Este rescate del federalismo abarcó también a hombres que actuaron antes y durante las guerras civiles que signaron el conflicto político en el Río de la Plata durante la primera parte del siglo XIX: Martín Miguel de Güemes, Manuel Dorrego, Facundo Quiroga. Salvo cuando se los distinguió individualmente en alguna de sus provincias natales, en general fueron evocados como un conjunto homogéneo, el de los “caudillos federales” u “hombres del interior”. A ellos se les atribuyó un “profundo contenido americanista”⁸⁵, al punto de que el par “federal y latinoamericano” se presentó como una identidad indisociable, sólo quebrantada cuando “desde afuera fueron instalando dilemas y antagonismos”.⁸⁶ Esta representación se entroncaba también con la búsqueda de integración latinoamericana que el kirchnerismo había perseguido desde sus orígenes:

Hoy me emocionó mucho la intendenta de Valle Viejo cuando me recibió con un cuadro muy lindo, donde en una punta estaba Felipe Varela y en la otra estaba Néstor. Uno fue americanista, allá en la época de la guerra de La Triple Alianza y otro fue el primer secretario general de la UNASUR, también con profundo sentido de la América del Sur.⁸⁷

Se los identificó a su vez como los primeros representantes de un proyecto económico nacional e incipientemente industrialista que sólo pudo materializarse en el siglo siguiente, debido a los intereses de los “hombres del puerto” que, en alianza con las potencias extranjeras, insistieron en coartar cualquier tentativa proteccionista. El federalismo representaba así ese “fondo de la historia”, localizado en “el país profundo que agregaba valor en ponchos, telares, talabartería” y que fue “ahogado por el puerto de Buenos Aires”.⁸⁸ En esta misma línea había que releer el fusilamiento de Manuel Dorrego, “un gobernador popular al que los poderes constituidos no querían”⁸⁹ por haberle puesto precios

⁸⁵ *Ibidem*.

⁸⁶ CFK, 25 de enero de 2008.

⁸⁷ *Ibidem*.

⁸⁸ CFK, 2 de agosto de 2010.

⁸⁹ CFK, 24 de agosto de 2009.

máximos a los alimentos básicos, o gravar productos importados para que no destruyeran el trabajo nacional.

Esa conciencia que yo denomino nacional, popular y democrática tiene que ver con saber que tenemos que producir algo más que materias primas, esa fue la gran lucha también de unitarios y federales, nosotros nos embanderamos en las luchas federales que querían un país igualitario con economías regionales donde agregaran valor y generaran trabajo para los miles y miles de comprovincianos, que no tuvieran que irse de sus provincias.⁹⁰

Con estas referencias CFK propuso resignificar el concepto de caudillo, sobre el cual advertía aún “cierto dejo de menosprecio”⁹¹, heredado de una historiografía oficial para la cual era sinónimo de barbarie: “a Ibarra lo consideraban un bárbaro, igual que a Facundo, a Varela, porque salía corriendo en calzoncillos a los mitristas que venían de Buenos Aires”. Pero esos hombres debían recordarse, en realidad, por ser quienes habían sintetizado y simbolizado el deseo y las expresiones de sus pueblos. Una recuperación como ésta del fenómeno caudillista dio finalmente pie a una crítica de las críticas contemporáneas sobre los liderazgos personalistas característicos de los populismos latinoamericanos de comienzos del siglo XXI, dentro de los cuales se auto-incluyó el kirchnerismo. Según se expuso allí, los liderazgos personalistas no representarían por sí solos ningún problema para la democracia argentina; “el problema es que hay muchos personalismos sin liderazgo”. Pero el kirchnerismo, movimiento hacedor de políticas de Estado susceptibles de ser continuadas independientemente de quien conduzca el país, quedaba, en su propia autorepresentación, exento de aquel síntoma problemático.

Si bien este listado de nombres casi siempre se interrumpió con una mención a las “mujeres que también trabajaban en la revolución”⁹², no se trató de un relato que vuelva seriamente sobre la problemática de género en la historia, más allá de los enunciados como éste que podamos encontrar o del agregado en

⁹⁰ CFK, 20 de mayo de 2011.

⁹¹ CFK, 26 de agosto de 2014.

⁹² CFK, 31 de julio de 2012.

el panteón de alguna heroica figura femenina, como es especialmente el caso, para esta etapa, de Juana Azurduy. A Mercedes Sosa, y no a los libros de historia que leyó en la escuela, dijo CFK deberle el haber conocido a esta protagonista indispensable de la Revolución de Mayo.⁹³ Con el objetivo de revitalizar su memoria, en 2009 un decreto presidencial determinó un ascenso de grado *post mortem* que la convertía en “generala del Ejército Argentino”, por ser la primera mujer en la historia incorporada a dicha institución.

En aquel decreto pueden leerse casi todos los argumentos que confluyeron en esta reivindicación: se destacaba el rol de Juana Azurduy en la organización de la resistencia al poder realista, donde había podido aprender a usar la espada, la lanza y las boleadoras; que estuvo apresada junto a sus hijos, que Belgrano le obsequió una espada en reconocimiento del coraje demostrado en el campo de batalla, que llegó a pelear estando embarazada, que Bolívar le dedicó comentarios de valor y abnegación y que murió humilde y sin fortuna. Por todo aquello resultaba “necesario saldar la deuda histórica de agradecimiento que el Estado Nacional tiene con la memoria de Dña. Juana Azurduy de Padilla (...) y conferirle, en consecuencia, el grado de Generala”.⁹⁴ La medida se presentaba a su vez como expresión de un “cambio en la cultura institucional de las Fuerzas Armadas”, que apuntaba a igualar los derechos y oportunidades de hombres y mujeres para alcanzar la máxima jerarquía militar y poder participar activamente en la defensa de la patria. El nombramiento de Nilda Garré a la cabeza del Ministerio de Defensa, primero, y de Seguridad, después, era el gesto kirchnerista en esa dirección. Junto con la de la presidenta, la firma de Garré terminaba de otorgarle sentido presente a este uso del pasado.

“En estos días asistimos a un monumentalismo de cuño estatal pleno de vigor cultural”.⁹⁵ El copete del diario *Página 12* aprobaba así una de las últimas intervenciones de CFK en materia histórica: el emplazamiento de un monumento a Juana Azurduy detrás de la Casa Rosada; allí donde, desde 1921, estaba ubicada la estatua de Cristóbal Colón. Pero la presidenta procuró desligar esta política patrimonial del eje anti Colón en el que rápidamente la prensa opositora buscó inscribir la medida: “no tenemos nada ni contra Colón ni contra nadie. Todos los

⁹³ CFK, 26 de mayo de 2010.

⁹⁴ Decreto 829/09-Personal Militar-Promoción post mortem, 14 de julio de 2009.

⁹⁵ “Los próceres de la presidenta”, *Página 12*, 2 de agosto de 2015.

que aquí estamos somos hijos de inmigrantes (...) yo soy nieta de españoles”⁹⁶ aclaró la presidenta en el acto de inauguración del monumento, al que asistió el presidente del Estado Plurinacional de Bolivia, Evo Morales. “Colón va a estar mirando al río, en una plaza” y Juana Azurduy “mirando al continente, a la Casa de Gobierno, a este espacio que significa el poder político en la República Argentina”.

La posibilidad de la convivencia se fundaba en la no contemporaneidad de ambos personajes históricos –“Colón ya se había ido” cuando Azurduy peleó por la revolución–, en la convicción de que “todo forma parte de la historia” y, aún si así no fuera, “el Papa pidió perdón por las cosas que habían sucedido durante la etapa de la colonización y la evangelización”. De este modo, la monumentalización de Juana Azurduy se inscribía en un asiduo proceso de selección de hombres y mujeres virtuosos –en tanto capaces de estimular con su ejemplo comportamientos cívicos– antes que en alguna retórica proclive a la cuestión indígena. En efecto, la decisión oficial suscitó una disputa pública por su sentido. Entre las voces que se pronunciaron, un comunicado elaborado por la Confederación Mapuche de Neuquén sostenía lo siguiente:

En la política estatal de desconocer nuestra preexistencia como naciones originarias, hasta a la misma Juana Azurduy le restan su origen indígena y la muestran como una heroína del Alto Perú o valiente guerrillera boliviana. Es que el ‘crisol de razas’ nacional y popular, es un argumento fuerte para fundir todas las diferencias y sumergir en el mestizaje a más de 30 pueblos naciones que reclaman derechos desde sus plenas identidades y riqueza cultural.⁹⁷

Como propuso Ortemberg (2016), así como las fiestas patrias suelen dialogar más con las fiestas patrias precedentes que con los acontecimientos celebrados, la escultura pública de Juana Azurduy respondió más a las propias tradiciones del kirchnerismo que al personaje homenajeado. En este caso, condensó el entrecruzamiento de otros núcleos de sentido amalgamados en el

⁹⁶ CFK, 16 de julio de 2015.

⁹⁷ Comunicado de la Confederación Mapuche de Neuquén: “‘ Pan y Circo en Casa Rosada dedicado a nosotros, Pueblos Indígenas”, 14 de julio de 2015. Disponible en: <http://argentina.indymedia.org/news/2015/07/879008.php>. Consultado última vez el 25/04/2018.

discurso kirchnerista, que no están precisamente relacionados con la tradición indígena: la defensa de la “Patria Grande”, la lucha por la igualdad de género, el empoderamiento de los sectores populares o el afianzamiento de los acuerdos binacionales con el gobierno boliviano en materia energética.

Las Vueltas de Obligado: la recuperación de Juan Manuel de Rosas

El caso de Rosas merece algún tratamiento aparte. No sólo por la recurrencia de sus apariciones; su recuperación se materializó, en el año 2010, en la instauración de una nueva conmemoración –el Día de la Soberanía Nacional, convertido a partir de entonces en feriado para todo el territorio argentino– en memoria de un acontecimiento histórico protagonizado por el polémico gobernador bonaerense: la Vuelta de Obligado. En torno a esta decisión oficial se desplegó, además, un debate que ocupó por un tiempo el espacio público: ¿Qué pasó *exactamente* en Obligado?; ¿Rosas *fue realmente* un defensor de la soberanía nacional? Los interrogantes demarcan, un tanto esquemáticamente, la zona de disputa abierta por este nuevo ejemplo de uso del pasado durante la era kirchnerista. En el tercer capítulo nos detendremos a analizar mejor los argumentos que esgrimieron las distintas voces que intervinieron a favor y en contra de la medida. Aquí, las preguntas pertinentes son más bien de otro tipo: ¿por qué el kirchnerismo apeló a Obligado?; o ¿por qué reivindicó a aquel Rosas, sin mencionar al “gran estanciero” o al Rosas de La Mazorca?

Antes de que la nueva conmemoración cristalizara la representación de Juan Manuel de Rosas como gran defensor de la soberanía nacional, su figura había emergido entre las referencias históricas de CFK como el precursor de la industrialización de las materias primas en nuestro país. Distanciándose de la imagen tiránica construida por el antirosismo posterior a Caseros que hizo de aquella batalla un acontecimiento parteaguas y heroico en la historia argentina, 1852 marcó aquí el forzado fin de un modelo conducido por Rosas que, de haber seguido su curso, hubiera colocado a la Argentina en la senda del desarrollo económico y social casi cien años antes de lo que le deparó la experiencia histórica:

En Caseros (...) se derribó la posibilidad de tener un país en el que hubiéramos arrancado desde el inicio con un concepto industrial, que tal vez nos hubiera permitido ocupar el lugar que por capacidad, por territorio, por recursos humanos y naturales deberíamos tener y que desgraciadamente por intereses, divisiones incomprensiones e incapacidades muchas veces vimos frustrado los argentinos.⁹⁸

Por eso Caseros se anticipaba en 2008 como uno de los temas que había que revisar cuando llegara el bicentenario: “le quiero decir algo Jozami, yo hubiera elegido otro nombre. En los doscientos años vamos a tener que discutir algunas cosas; me gustaría que fuera otro, no Caseros”⁹⁹. El nombre en cuestión era el de una nueva sede de la Universidad Nacional de Tres de Febrero, que se denominó precisamente “Caseros”. En todo caso, si de algo servía rescatar aquel capítulo de la historia argentina, era para que aleccionara al presente sobre los errores que no deberían volver a repetirse; “examinar esa historia (...) para ver cuál fue el punto de inflexión donde nos equivocamos, para no ser, con todo el potencial de nuestros recursos humanos, naturales, de la extensión de nuestro territorio, un país como los que por allí vemos en el mundo desarrollado”.

En el año del Bicentenario tuvo lugar el primer acto de homenaje a la Vuelta de Obligado, una batalla que en 1845 enfrentó a la escuadra anglo-francesa con la provincia de Buenos Aires, liderada entonces por Juan Manuel de Rosas, su gobernador. En el discurso presidencial se la caracterizó como una “epopeya” y a su conversión en conmemoración oficial como el resarcimiento de una deuda histórica de todos los argentinos; por tratarse de un episodio “premeditadamente oculto desde hace 165 años por la historiografía oficial”.¹⁰⁰ A partir de entonces, un nuevo feriado para el calendario nacional y un nuevo monumento histórico –una estructura de cadenas que replicaban a las que se usaron en 1845 para impedir el paso de los anglo-franceses, acompañada por un retrato de Rosas y emplazada a metros del lugar de la batalla, a orillas del río Paraná– sentaron las bases simbólicas y materiales para que el poder político

⁹⁸ CFK, 1 de agosto de 2008.

⁹⁹ CFK, 28 de marzo de 2008.

¹⁰⁰ CFK, 20 de noviembre de 2010.

proponga, cada año, recordar un acontecimiento histórico que hasta entonces sólo había sido reivindicado por el último peronismo.

La Vuelta de Obligado fue entonces la elegida como el ejemplo que mejor ilustraba en nuestra historia el valor de la soberanía nacional y Rosas uno de sus más férreos defensores: “Yo luzco muy orgullosa esta insignia federal que me colgó recién un Colorado del Monte, con la figura del brigadier don Juan Manuel de Rosas”.¹⁰¹ CFK inauguraba de esta forma la explícita reivindicación de un personaje que hasta ese momento había permanecido en gran medida ausente de las identificaciones más comunes del kirchnerismo. Encarnación Ezcurra, “esa gran mujer ocultada por la historia, verdadera inspiradora de la revolución de los restauradores”, también fue homenajeadada en aquella ocasión, en un gesto reivindicativo del lugar de las mujeres en la historia nacional: “a las mujeres siempre nos cuesta aparecer, ahora, cuando aparecemos, hacemos historia, como doña Encarnación”.

Algunas ideas fuerza se repitieron en cada una de las oportunidades mencionadas. Al momento de contarle a la militancia los sucesos de 1845, el cuadro fue siempre el mismo: de un lado, potencias extranjeras que querían dividir nuestro país para apoderarse de nuestros recursos, buques de guerra acompañados por buques mercantes decididos a invadir nuestra patria; del otro, la valentía de un pueblo unido en armas, la irrevocable decisión de Rosas y Mansilla de dar batalla, a pesar de la superioridad tecnológica y militar del adversario y a pesar –agregamos nosotros– de un dato que pocas veces se explicitó: el resultado de Obligado fue, para la confederación rosista, una derrota. Este relato insistió, también, en la formulación de una pregunta que buscaba explicaciones acerca de por qué este homenaje no había formado parte, hasta ahora, de la memoria histórica de los argentinos:

Siempre me pregunto y siempre me preguntaré: ¿por qué en la escuela nos han enseñado con muchísimo detalle cada una de las batallas y campañas que nos permitieron liberarnos del yugo español y, sin embargo, se ocultaron deliberadamente todas las luchas que se dieron

¹⁰¹ CFK, 20 de noviembre de 2011.

contra otros colonialismos que aún subsisten como, por ejemplo, en nuestras Islas Malvinas?¹⁰²

La respuesta también era unívoca: porque era necesario “convencer a cada uno de nosotros de que era imposible oponerse a luchar contra las grandes fuerzas”; “hacernos creer que es imposible mantener la dignidad nacional”. Finalmente, una invitación a formar parte activa de “nuevas gestas”, en las que ya no será necesario emplazar cadenas en el río ni cañones, sino “despojar nuestras cabezas de las cadenas culturales que durante tanto tiempo nos han mentido”. La recuperación de la Vuelta de Obligado dentro del calendario de fechas patrias se presentó como una acción reparadora que apuntaba en esa dirección: desenterrar de la memoria histórica de los argentinos un acontecimiento supuestamente oculto por intereses preocupados en la no repetición de acciones emancipadoras para la nación. Pero, para el kirchnerismo, Obligado debía conjugarse en plural. Y su repetibilidad iba a estar garantizada mientras existan gobiernos dispuestos a luchar por la soberanía nacional. Para el 2012 “las vueltas” ya se habían multiplicado: la reestructuración de la deuda externa, la Asignación Universal por Hijo, el Plan Conectar Igualdad, el incremento presupuestario del 6,47 por ciento del PBI para educación, “todas y cada una de esas cosas fueron también Vueltas de Obligado, porque esa soberanía popular, nacional y democrática se construye todos los días”.¹⁰³ Según esta representación, el debate por la soberanía nacional había tenido durante los siglos XIX y XX un carácter exclusivamente militar y territorial; la novedad del kirchnerismo estaba en que vino a proponer, en el XXI, “la lucha por las ideas”.

La creación del Instituto de Revisionismo Histórico Manuel Dorrego se presentó como una política concebida en aquella dirección. La firma del decreto del Poder Ejecutivo que habilitó su conformación en el año 2011 tuvo lugar un día antes de un nuevo aniversario de la Vuelta de Obligado, con lo cual fueron posibles algunos entrecruzamientos. Se trataría de un espacio institucional “desde el cual poder analizar, estudiar, reflexionar y debatir acerca de la historia *real* de los argentinos”; comprender la historia “no como una sucesión de hechos aislados y desconectados, sino como hechos profundamente interconectados en

¹⁰² CFK, 20 de noviembre de 2010.

¹⁰³ CFK, 20 de noviembre de 2012.

nuestra historia”.¹⁰⁴ A la historia oficial, mitrista o “de billiken” se le oponía, así, el peso de la “historia verdadera”. El discurso presidencial tuvo ahora un tono latinoamericanista, pues el hecho que se reivindicaba no pertenecía solamente a los argentinos: “la Vuelta de Obligado ya forma parte de la historia de los pueblos de la América del Sur”. Haciendo explícita la construcción de un paralelismo histórico, CFK sugirió entonces que, si la independencia de nuestro país le debe al “derrumbe de la Europa, aquella Europa que Napoleón había soñado de una manera y terminó con la monarquía y el absolutismo”, el presente de la Argentina kirchnerista –en “este mundo que también parece derrumbarse”– se figuraba como el momento más propicio para llevar adelante una batalla por la “soberanía intelectual”.¹⁰⁵

Las conmemoraciones son acontecimientos esperados, incluso prefabricados. Pero esto no impide que en el momento concreto de su realización las construcciones que las sostienen se desvíen de su concepción original (Devoto, 2014). En este sentido, las palabras emitidas en el acto de 2012 dejaron por un momento de lado la tónica antiimperialista para girar fundamentalmente en torno a los otros pasajeros que habían sido transportados en los barcos europeos en 1845: “debemos decirlo con todas las letras: en esos buques ingleses y franceses venían argentinos también a bordo, algunos todavía tienen el innmercido honor de que su nombre esté en calles o plazas de nuestra república”. CFK aludía de este modo a los unitarios emigrados del régimen rosista que retornaron entonces a la Argentina; un grupo de “traidores a la patria”, capaces de ocupar las mismas naves que días después invadirían su propia tierra natal.

Las referencias al unitarismo se restringieron casi siempre a esa dimensión y esta vez no fueron casuales, dado que adquieren un significado específico si las leemos prestando atención al contexto más inmediato de su enunciación. Ese mismo 20 de noviembre de 2012 estaban produciéndose un conjunto de medidas de fuerza de gran envergadura realizadas por la CGT de Hugo Moyano y la CTA de Pablo Micheli en contra del gobierno nacional. La adhesión de la Federación Agraria –que anticipó piquetes en las rutas–, la Sociedad Rural y el respaldo de la mayoría de los partidos opositores le habían otorgado al paro una importante

¹⁰⁴CFK, 20 de noviembre de 2011.

¹⁰⁵CFK, 20 de noviembre de 2012.

visibilidad pública. En cada una de las vueltas de Obligado que afrontó el país a lo largo de su historia “hubo argentinos que estaban del lado del enemigo y no del lado donde estaban los millones de argentinos”; la protesta gremial, pues, no escapaba a esa suerte de regla de la historia nacional. Al contrario, se volvía inteligible gracias a ella:

Sería bueno que los historiadores y los pueblos hicieran un esfuerzo para conocer esas verdades, porque me parece absolutamente injusto que aquellos que dieron su vida por los argentinos y que siguen anónimos, no tengan un recuerdo en la historia y sí la tengan los que la traicionan. No se puede seguir premiando lo que está mal, hay que premiar lo que está bien.¹⁰⁶

En efecto, algo estaba mal para el kirchnerismo a fines del 2012 y el acto por el día de la Soberanía Nacional puso a disposición un vocabulario que se deslizó rápidamente hacia una crítica de la medida de protesta llevada a cabo simultáneamente por las centrales opositoras. Una vez más referencias históricas sirvieron, esta vez, para rescatar del peronismo un modelo sindical que se desvirtuaba:

Éstos no son los dirigentes que querían Perón y Evita. Los dirigentes que querían Perón y Eva eran representantes de los intereses de los trabajadores (...) ¿Ustedes saben que en la Constitución del 49 no estaba el derecho de huelga? ¿Y saben por qué? Porque Perón y Evita decían que cómo le iban a hacer huelga a un gobierno peronista. Bueno, a mí me parece que era como demasiado.¹⁰⁷

Esta apelación al peronismo implicó al mismo tiempo un movimiento de reivindicación y otro de distanciamiento. Por un lado, “Perón y Evita” aparecían como los responsables de una especie de mandato que el kirchnerismo heredaba, por lo que durante un gobierno de este signo político sería deseable que los sindicatos estén a cargo de dirigentes como los que ellos “hubiesen querido”. Por otro lado, la defensa del derecho de huelga dejaba entrever una crítica a la concepción de Juan Domingo Perón sobre la cuestión de la protesta laboral: “¿cómo no estar con el derecho de los trabajadores a expresar libremente sus

¹⁰⁶*Ibidem.*

¹⁰⁷*Ibidem.*

demandas!”. Aunque rápidamente se marcaran los límites de una defensa que no podía incluir a los cortes, bloqueos, amenazas ni presiones. Las argumentaciones de carácter histórico se alejaron así de la Vuelta de Obligado, atravesaron la década del setenta, pasaron por el ciclo neoliberal y llegaron al 2001. El objetivo, siempre uno: contrastar las características del paro gremial que estaba teniendo lugar en algunas provincias con los modelos de protesta, si se quiere más puros, que conoció la historia argentina: “me niego a decir piquete porque me acuerdo de Aníbal Verón (...) me acuerdo también de Kosteki y Santillán. No me imagino a Kosteki y Santillán viajando con su familia a Miami. Así que, por favor, no hablemos de piquete”.¹⁰⁸

El movimiento anterior resulta representativo de los usos del pasado que caracterizaron al gobierno de CFK, fundamentalmente a partir del 2008. La Vuelta de Obligado pareció no importar sólo en tanto evento de la historia argentina, sino por los usos y deslizamientos que ella posibilitó; conexiones con otros pasados que desembocaron siempre en un mismo presente: “Una nueva conmemoración de la gesta de Obligado sirve para reconocer un mismo pasado de lucha por la defensa de la Patria y para alumbrar sobre los nuevos desafíos y amenazas que hoy en día se ciernen sobre ella”.¹⁰⁹

Algunas de las reacciones que se levantaron en contra de los fundamentos de la nueva conmemoración esgrimieron como argumento que se trataba de una lisa y llana falsificación histórica¹¹⁰. Ahora bien, sabemos que el pretendido antiimperialismo de Rosas ya había sido reivindicado, incluso más, funcionado como argumento aglutinador, de una de las primeras variantes del revisionismo histórico, aquella surgida en los años treinta. Sabemos también que cierta bipolaridad –marca de origen del rosismo, por otra parte– atravesó toda la historia del movimiento revisionista: una tendencia de tipo popular, e incluso populista, reivindicativa de cierto carácter popular del gobierno de Rosas; otra elitista, nacionalista, atraída por las cualidades de un gobierno fuerte (Quattrocchi–Woisson, 1998: 56). Si tuviéramos que acercar las imágenes que transmitieron los discursos conmemorativos de la Vuelta de Obligado con alguna

¹⁰⁸ *Ibidem*.

¹⁰⁹ Julián Domínguez, presidente de la Cámara de Diputados de la Nación, en *Página/12*, 21 de noviembre de 2014.

¹¹⁰ En el capítulo III ahondaremos en esta cuestión.

de esas filiaciones, vemos que presentan casi todos los tópicos de la segunda, cristalizados por primera vez en el libro fundador de los hermanos Irazusta, *La Argentina y el Imperialismo británico*. La caracterización que CFK hizo de los emigrados unitarios prácticamente replicó los términos de aquella primera denuncia a la traición de los valores nacionales:

Los emigrados tomaron las armas contra su patria, junto a los agresores de la misma. Recibieron oro en pago del nefado servicio. Y siguieron creyéndose los mejores argentinos (...) Desde entonces los emigrados quedaron condenados a dar, a la reverencia por el oro y las personas de los extranjeros y al desprecio por las personas y la pobreza de los criollos, el carácter de una verdadera teología.¹¹¹

Estas apropiaciones reposaron en un elemento que, si no permite una identificación total con el rosismo, al menos es representativo de una coyuntura bien particular dentro de los heterogéneos años rosistas. Es casi un consenso historiográfico que una de las claves interpretativas más adecuadas para explicar y comprender el fenómeno rosista consiste en entenderlo como un movimiento que develó un alto grado de inventiva y pragmatismo para adaptarse a las diferentes y variadas coyunturas que debió atravesar. Antes que un proyecto elaborado de antemano –ya sea para “frenar el camino revolucionario”, ya sea para incluir en la política rioplatense un componente popular hasta ese momento limitado, o bien para imponer un orden de corte hispánico, católico y conservador– el rosismo se fue constituyendo al calor de los acontecimientos, variando las estrategias de construcción de poder y búsqueda de consenso en función de los conflictos presentes (Ternavasio, 1998).

Tal como sostuvieron Fradkin y Gelman (2015: 25), Rosas no fue siempre el mismo, como no lo fue la sociedad en la que vivió, ni tampoco ese fenómeno social y político que denominamos rosismo; “no fue sólo lo que quiso ser sino también lo que otros creyeron que era y quisieron que fuera”. Estanciero, representante de las clases propietarias, líder popular, firme opositor a la construcción de una estructura institucional de alcance nacional, propulsor de

¹¹¹ Irazusta, Julio e Irazusta, Rodolfo: *La Argentina y el imperialismo británico. Los eslabones de una cadena. 1860-1933*, p.170, citado en Quattrocchi-Woisson, Diana: *Los males de la memoria. Historia y política en la Argentina*, p.115

las bases que posibilitaron dicha construcción, predilecto socio comercial de Gran Bretaña y defensor de la “causa americana”: pareciera que no se trata ya de cualidades contradictorias o ponderadas de manera excluyente por una u otra corriente de pensamiento histórico, sino de componentes igualmente “verdaderos” de aquello que en las últimas décadas comenzó a definirse como el “sistema de Rosas” y su dinámica histórica.

En este sentido, la operación implicada en la revalorización política de la Vuelta de Obligado supuso, antes que nada, la universalización –“¡Viva Rosas!”– de un componente propio de una coyuntura bien particular dentro de los heterogéneos años rosistas: “la hora del americanismo”. Significó, además, la primera o más explícita toma de posición del gobierno en torno a algún relato histórico. Resulta contundente que dicha operación haya venido de la mano de la recuperación de un personaje no tan fácilmente idealizable como pueden ser Belgrano, Moreno o Dorrego, por mencionar algunas de las figuras que se reiteraron en los discursos que aquí analizamos. Se trató, por lo demás, de la activación “desde arriba” de un pasado que hasta entonces no formaba parte de la memoria histórica de los argentinos, aunque su rememoración haya permitido deslizamientos hacia otras memorias o representaciones más o menos arraigadas en el sentido común histórico.

La conmemoración de la Vuelta de Obligado puso a disposición un conjunto de imágenes, mitos y símbolos que permitieron trazar gruesas líneas de continuidad entre el kirchnerismo y el acontecimiento homenajeado: una reactualización de la vieja imagen de la Nación y sus enemigos externos, siempre en alianza con sectores locales que van cambiando de rostro; la trasmutación de las luchas militares por la soberanía en “batallas culturales”; los grandes hombres, también.

Una mirada de conjunto

El período de la revolución, las guerras por la independencia, el rosismo y las luchas federales desempeñaron un lugar por demás protagónico en el pretendido proceso de construcción identitaria apoyado en la historia desplegado durante los gobiernos de CFK. Las referencias a estos momentos

históricos no aparecieron sólo en las instancias más ritualizadas de las tradicionales efemérides patrias, sino que formaron parte de los argumentos principales con los cuales se buscaron legitimar muchas de las medidas tomadas desde el gobierno, como así también volver inteligibles los principales conflictos que lo enfrentaron con diferentes sectores sociales y políticos. Así, a través de una selección de nombres y tópicos que reenviaron el presente a aquel pasado fundacional, la presidenta desplegó una serie de temas que se volvieron *cuestiones* en la Argentina kirchnerista: los dos modelos de país, el rol de las Fuerzas Armadas, la industrialización, la soberanía, el rol de la prensa, la identidad latinoamericana, entre otras.

Pero además, aquel pasado fue el sustrato simbólico fundamental para el despliegue de una tarea que el kirchnerismo no descuidó: la formación de “ciudadanos y patriotas”, en su acepción más tradicional. Y para ello estuvieron disponibles los héroes nacionales. Los del panteón oficial y otros agregados. Antes que los nombres propios, importa ahora la función que desempeñó su recuperación, en gran medida compartida, se trate de Belgrano, Castelli, Dorrego o Juana Azurduy. El discurso de CFK se montó sobre la idea de que existe una historia oficial que deshumanizó a estos héroes y luego un discurso alternativo –en este caso el kirchnerista, abrevando en alguna de las vertientes del revisionismo– que apeló a su humanización. Sería interesante recuperar aquí algunos de los planteos que Martín Kohan (2005) esbozó en un ensayo sobre las narraciones de San Martín a lo largo de la historia, para considerarlas a la luz de nuestro tema. Dice allí el autor: tanto el discurso que reconoció al héroe en su humanidad como aquel otro que lo declaró deshumanizado y encaró la empresa de su humanización pertenecen por igual a los dispositivos de la consagración histórica oficial. Esto es, el reclamo de humanización, lejos de mantener una relación de exterioridad, forma parte, incluso más, es uno de los núcleos determinantes, del relato canonizador que Mitre construyó en torno a San Martín: “Mitre demuestra que se puede consagrar a un héroe de la nación sin por eso deshumanizarlo. Rojas, que una buena operación retórica para apuntalar a ese héroe es reclamar su humanización” (p.168). Algo parecido sugirió Halperin Donghi (2014) en relación a la imagen canónica de Belgrano, avanzando en la vida de desdicha en desdicha, contracara necesaria de las virtudes que definieron su heroicidad.

En torno al mito de las páginas ilustradas de un Billiken “descafeinado” CFK contra-edificó y resignificó su propio panteón de héroes de la patria, ahora mundanos; aún modelos, aunque al alcance de la imitación. Esto no implicó que las grandes personalidades se diluyeran en un relato histórico movido por un sujeto colectivo; lo cierto es que la recuperación de este período se tradujo discursivamente en una narración en la que las grandes individualidades marcaron los hitos más relevantes de esta historia. Y esa narración se hizo, además, en una clave fundamentalmente épica, en la que incluso las derrotas confirmaron la condición de la nación argentina como perpetua vencedora moral. Sabemos que la construcción de héroes nacionales forma parte de los mecanismos más elementales en los procesos de fundación de algún “nosotros” y que dicha construcción opera, por lo general, disolviendo las diferencias internas. En este caso, el movimiento que estuvo aparejado al engrandecimiento de las personalidades patrióticas no tuvo tanto que ver con la subordinación de las diferencias a los intereses superiores de la nación argentina, sino más bien con la identificación de los valores nacionales –encarnados en los héroes patrios– con los de la fracción gobernante y la impugnación de cualquier alternativa, precisamente por contradecir los intereses nacionales.

Este recorrido por los usos del siglo XIX nos devolvió un conjunto de representaciones históricas que, si por momentos permitieron reponer un relato estatal homogéneo, por otros dieron pie a ciertas combinaciones relativamente novedosas, o al menos impensables en otros entramados ideológicos. Así, un mismo discurso que reivindicaba un relato de la historia enunciado en clave nacional y popular, al mismo tiempo realizaba la figura de Sarmiento para defender la escuela pública y eso no pareció resultarle contradictorio a su enunciadora. Es decir, en este cuadro pueden identificarse muchos relatos; algunos remiten directamente a la tradición ideológica y cultural del revisionismo nacional–popular, otros intentan diferenciarse de ella aunque sin decirlo abiertamente, proponiendo nuevas genealogías.

Quizás convenga volver sobre la definición con la que CFK identificó a su movimiento político, en ocasión, precisamente, de un homenaje por el aniversario de la muerte de San Martín: “patria, libertad e igualdad para todos

los argentinos”¹¹² sintetizó, luego de sugerir que los patriotas estarían “muy orgullosos de ver este país por el cual soñaron”. Una tríada, pues, que se apoya en el nacionalismo popular sin dejar de abreviar también en componentes progresistas. Si el universalismo contenido en las ideas de libertad e igualdad se acerca más a un liberalismo que ha sido históricamente ajeno a la tradición que CFK reivindicó desde el ámbito estatal, la idea de patria nos remite a la vigencia o centralidad del vocabulario de “la nación”, como mito –el del nacimiento de la patria– que convoca a sentirse parte de un colectivo esencial. Porque si algún sujeto trascendió a aquel conjunto de individualidades que mencionamos anteriormente, esa fue “la Nación”, emergida durante el siglo XIX para que el decurso histórico posterior vaya añadiéndole nuevos contenidos. En el capítulo que sigue indagaremos en la próxima estación de la historia que el kirchnerismo le reconoció: los años peronistas.

¹¹² CFK, 17 de agosto de 2011.

Capítulo II

Perón, Evita, la patria kirchnerista: usos del pasado peronista

Los años peronistas constituyeron una de las referencias históricas más frecuentes en las apariciones públicas de CFK: Juan Domingo Perón, Evita, el 17 de octubre, la llamada “resistencia”, entre otros motivos, acontecimientos y emblemas vinculados al peronismo, fueron recuperados en distintos momentos para luego incorporarse al relato histórico construido y difundido desde la cúspide del poder político. Las páginas que siguen buscan indagar las modalidades de dicha recuperación. El objetivo es construir, a partir de los fragmentos analizados, una representación lo más completa posible de la historia del peronismo en clave kirchnerista. El resultado es la escritura de un relato que avanza según la cronología del fenómeno que se representa, interrumpido por el tiempo que usufructúa aquel pasado –los distintos presentes del kirchnerismo durante el lapso 2007-2015– así como por nuestro propio ejercicio de interpretación de los materiales que pusimos a consideración.

El 9 de enero de 2008 CFK recordaba haber presenciado un discurso de Perón en el que incursionaba, casi de manera precursora a nivel mundial –o al menos esa es la impresión que deja su recuperación– en la “cuestión ambiental”¹¹³. El 5 de diciembre de 2015, un viaje en un tren de la línea Roca hacia una Plaza de Mayo donde se celebraría el primer 17 de octubre sin Perón¹¹⁴. Fueron, en ese orden, la primera y la última vez que la presidenta traía al presente, en actos públicos y oficiales, a la figura de Juan Domingo Perón. En el medio, cientos fueron las veces en las que el peronismo –sus figuras históricas, sus principales símbolos o emblemas, sus fechas tradicionales– suscitó narraciones y definiciones variadas en sus discursos.¹¹⁵

¹¹³ CFK, 9 de enero de 2008.

¹¹⁴ CFK, 5 de diciembre de 2015.

¹¹⁵ Vale aclarar que el presente capítulo se desprende de la lectura de todos los discursos pronunciados por CFK durante el lapso comprendido por los dos mandatos presidenciales consecutivos en los que estuvo a cargo de la presidencia de la nación. La selección que aquí se comparte tuvo como criterio la elección de las intervenciones públicas que ofrecen alguna definición más o menos sustantiva acerca del fenómeno peronista, dejando de lado aquellas otras

Si bien es posible detectar en ese conjunto de evocaciones un componente de marcada heterogeneidad –en parte condicionada por la sucesión de coyunturas cambiantes de enunciación, aunque en esa hibridación radica también la originalidad constitutiva de la construcción a la que nos vamos a referir– las intervenciones que acabamos de mencionar, separadas por una distancia temporal de siete años, son indicativas de algunas pautas de representación que se mantuvieron en gran medida constantes a lo largo del período. Subrayamos algunas de las que en adelante veremos reaparecer: un anclaje en el *momento peronista* 1974, un relato que gira en torno a un espacio de experiencias signado por un protagonismo individual –a saber, la militancia de la propia CFK en las filas la Juventud Peronista de la década del setenta– y el rescate de elementos relativamente novedosos, que permiten conjugar una resignificación del peronismo histórico con tópicos más cercanos a cierto horizonte acorde con nuestro tiempo: la cuestión ambiental, pero también la de género o de los Derechos Humanos, entre otras que a continuación analizaremos.

Escribir sobre los usos del peronismo durante años de gobierno kirchnerista implica recorrer, al menos, tres zonas de indagación que no son necesariamente complementarias. Pueden demarcar, de hecho, vías alternativas de ingreso al tema, convirtiéndolo en prisma de fenómenos de diversa naturaleza, o bien formar parte tangencial de un análisis que priorice alguna de ellas por sobre las otras. Uno de esos núcleos problemáticos, quizás el más transitado, consistiría en trazar paralelismos o determinar niveles de parentesco entre formas político estatales o de construcción identitaria; “¿es el kirchnerismo peronismo?” sería su fórmula interrogativa, aunque simplificada (Piva, 2015; Rocca Rivarola, 2015; Sidicaro, 2011). Otra vía da por supuesta una respuesta afirmativa para la pregunta anterior y opta por seguir las vicisitudes del peronismo, en tanto idea o concepto, en lo que considera un estadio específico de su (re)formulación (González, 2008). Finalmente, la que aquí adoptamos: un ejercicio que se sitúa entre dos tiempos –el presente que rememora y el pasado rememorado– para dejar entrever las lógicas que rigen una específica rememoración.

en donde las figuras de Perón o Evita son tomadas meramente como puntos de referencia en el pasado para anclar la consecución en el presente de alguna política específica inaugurada por el peronismo, interrumpida luego y vuelta a desarrollar durante el kirchnerismo.

Si dejamos por ahora en suspenso las interrogaciones basadas en una comparación de eventos históricos que compartirían cierta naturaleza y nos concentramos en el plano de la conformación de representaciones políticas y sociales con raíces en el pasado, la relación peronismo-kirchnerismo ha suscitado distintas lecturas que, a su modo, convergen en el planteamiento de una suerte de periodización cuyo criterio de corte está puesto en el “grado de peronización” alcanzado por el kirchnerismo mientras duró su control de los aparatos del estado. Así, suelen distinguirse tres grandes momentos diferentes: “desperonización”, “repejotización” y “reperonización” (Rocca Rivarola: 2015). El primero, coincidente con los años iniciales del gobierno de Néstor Kirchner, aparece ligado a los intentos del entonces presidente argentino por construir una nueva fuerza política “transversal” progresista, superadora del sistema de partidos que había dominado la vida política nacional durante el siglo anterior y que debía ser capaz de incluir, al tiempo que trascender, identidades pasadas. La prescindencia de la simbología peronista, manifiesta en liturgias y emblemas tradicionales cuidadosamente evitados, en parte por remitir demasiado rápido a la ortodoxia a la que habían estado asociados en décadas anteriores, siguió la pauta de dicho objetivo.

Sin embargo, aquel despegue no resultó del todo. Más temprano que tarde y por motivos que exceden el plano de los símbolos, el kirchnerismo debió volver al “regazo justicialista” (González, 2008). Así, junto con la pejotización del oficialismo y en medio de un escenario electoral necesitado de estructuras poderosas, regresó al patrimonio simbólico de la identidad kirchnerista parte de la liturgia más tradicional del peronismo.

Finalmente, 2008 vendría a imponer un cambio de rumbo, afirmando, en un nuevo plano, su carácter poco discutido de parteaguas del ciclo kirchnerista. En relación a la mencionada escala de “peronización”, el conflicto entablado por el gobierno de CFK con las entidades agropecuarias más concentradas coincidiría con el inicio del giro “neocamporista” del gobierno de CFK (Adamovsky, 2016: 67). Con él, varios íconos y emblemas de la década del setenta hicieron su (re)aparición, como así también adquirieron un renovado atractivo político, por fuera del PJ, emblemas constitutivos del peronismo: la marchita, el escudo, el bombo (Adamovsky y Buch, 2016).

No discutimos por ahora la pertinencia del esquema anterior. La sucesión de momentos –con contornos que se ubiquen más acá o más allá de los allí sugeridos– efectivamente debe haber tenido lugar. Ahora bien, aquella periodización supone alguna dificultad si lo que queremos es rastrear el significado preciso otorgado a un elemento que hunde sus raíces en la historia argentina. Principalmente, porque la tríada desperonización-repejotización-reperonización es el producto de un foco de atención que se coloca casi exclusivamente en las vinculaciones entre partido peronista y gobiernos kirchneristas, desatendiendo los aspectos específicamente simbólicos derivados de la invocación del pasado peronista. Como si la idea de “peronización” resultase ella misma transparente. Lejos de eso, reconocemos en ella la existencia de un componente indefectiblemente abstracto, opaco, posibilitador y responsable de la resistencia de un significante a una variedad de profusos y a veces contradictorios significados. Parafraseando a González (2008), quizás aquello que garantice su perdurabilidad sea precisamente su tendencia a estar siempre fuera de contexto, “desadentrado de sus fuentes”. En esta ocasión, elegimos restituir ese descentramiento en su dimensión temporal, explorando las imágenes que surgieron allí donde el pasado peronista fue puesto en movimiento por el presente, distanciándose de las fuerzas que le dieron origen. La incorporación de referencias y significados que reenviaron el discurso de CFK a algún pasado peronista implicó, pues, transformaciones en ambos polos de la relación pasado-presente.

Kirchnerismo, peronismo y clases medias

La consideración o construcción de algún vínculo entre kirchnerismo, peronismo y clases medias constituye una posible puerta de entrada para analizar el plano discursivo que aquí interesa en sus nexos con el afuera. “¿Qué es lo que hace que muchos “kirchneristas” que se han quejado de que los peronistas cantamos la marcha en forma “agresiva”, luego del 2008 han empezado a cantarla con la misma agresividad?”.¹¹⁶ Las palabras de un periodista y escritor

¹¹⁶ Teodoro Boot: “Respuesta amigable a Daniel Santoro”, en “FPV, peronismo, kirchnerismo: debate intenso y necesario”, *La señal medios*, 02/02/2016, citado en: Adamovsky y Buch, 2016: 220.

autoproclamado peronista nos sirven para dejar planteada la cuestión desde el comienzo. La pregunta no es a primera vista muy reveladora. Sin embargo, encierra un elemento que requiere ser descifrado. No podría contentarse una explicación con la respuesta casi tautológica que brinda el propio hablante, apelando a una realidad esencial, la del peronismo como “identidad cultural básica del pueblo argentino”. El problema que insinúa aquel interrogante puede ser capturado, ciertamente, desde ángulos diversos: sociológicos, generacionales, inclusive como materialización de un mero oportunismo político electoral. La opción que aquí proponemos, en cambio, procura encontrar alguna respuesta en el modo, objeto y propósito en que el pasado peronista fue representado por el discurso de CFK.

Nuestra hipótesis es que los usos del pasado peronista efectuados por el kirchnerismo durante su etapa post 2007 constituyeron un capítulo distintivo dentro de las políticas de la historia características del movimiento. Y esto principalmente si prestamos atención a quiénes fueron los sectores que en mayor medida se vieron interpelados por un discurso organizado centralmente en torno de una renovada agenda progresista, modulado en el lenguaje de la democracia y los derechos humanos, incluso el de las llamadas minorías sexuales: una franja de los sectores medios, buena parte de ella universitaria, al menos mínimamente politizada. Sectores que vieron representados en la coyuntura iniciada en el año 2003 algunas de las ideas fuerza características de las variantes progresistas que dominaron el campo político y cultural de la Argentina democrática, aunque su apoyo activo al gobierno haya venido bastante después.

Tal vez no sea demasiado arriesgado pensar que uno de los pocos hilos que unía a este sector de la sociedad argentina con su contraparte antikirchnerista – aquella otra fracción de la clase media urbana que puso de manifiesto, cada vez más abiertamente, su oposición al gobierno– era su común, aunque fundado en tradiciones diversas, sino anti, al menos no-peronismo. Sabemos que la constitución de algo tan difuso como la “identidad de clase media” suele concebirse en asociación con un contenido político no siempre explícito, aunque de larga duración: su distancia con el peronismo.¹¹⁷ Desde esta perspectiva, la

¹¹⁷ A partir del análisis de un nutrido corpus de entrevistas destinadas a construir una memoria de clase media del régimen peronista, Sebastián Carassai organiza las “razones del antiperonismo

irrupción del fenómeno peronista en 1945 trajo a la superficie y politizó de manera peculiar las divisiones de clase que desde bastante antes caracterizaban a la sociedad argentina (Adamovsky, 2012). No sugerimos que se trate de una herencia persistente o alguna esencia inmodificable, sino –tal como vale para el mundo obrero y popular– de una “subsistencia mediada por la actualización, resignificación y transformación de prácticas y formas de movilización políticas” (Piva, 2015: 227).

¿Acaso el kirchnerismo debiera leerse como una estación peculiar de ese cambiante, aunque subsistente, vínculo conflictivo entre peronismo e identidad de “clase media”? En cierta manera es lo que sugería el periodista con su anécdota del tenor de “la marchita” en bocas peronistas y kirchneristas. En esta línea, y remontándose a transformaciones de diversa índole ocurridas en la Argentina a partir de 1976, algunos autores plantean que distintos fenómenos coadyuvaron en el proceso de desdibujamiento que produjo el kirchnerismo del “contenido clasista del peronismo” (Piva, 2015). Esto significa que su centralidad pasó a un segundo plano, al lado de otros componentes que intervinieron en su definición como identidad política y social. Dice Piva (2015: 181): “La referencia a “lo popular” devino abstracta y puramente exterior y nominó un contenido heterogéneo, dependiente de la eficacia del agente externo para conservar su unidad”.

El rodeo era necesario para volver con nuevos elementos al punto desde el cual partimos. La recuperación del pasado peronista operada durante los mandatos de CFK se insertó de un modo peculiar en el conjunto de imaginarios históricos movilizados por el kirchnerismo porque constituye un apartado de la historia nacional que a priori no reposaría en el cabal consenso de quienes representan su principal auditorio.¹¹⁸ Otros usos pudieron despertar la discrepancia y reacción de voces provenientes del ámbito de la academia, la prensa o algunos círculos de la cultura, puestas a señalar, dicho rápidamente, la

(o del más tolerante no peronismo)” en torno a cuatro tipos de elementos atribuidos a dicho movimiento político: el fascista, el dictatorial o autoritario, el inmoral y el anticultural (2014: 26).

¹¹⁸ Es importante aclarar que cuando nos referimos al “principal auditorio” del discurso de CFK y nos remitimos a una franja de la clase media no estamos hablando en términos amplios de apoyos o sujetos sociales contemplados por la política gubernamental, indudablemente mucho más heterogéneos, sino más bien de un sector que comparte y espera escuchar de ese discurso un núcleo básico de ideas que, a grandes rasgos, elegimos nombrar como “progresistas”, a pesar de que muchas de ellas no sean patrimonio exclusivo del progresismo.

distancia del mito respecto a la “rigurosidad del análisis histórico”, o bien el “sesgo militante” de algún relato sobre el pasado.¹¹⁹ Fue el caso de las representaciones que circularon en el espacio público en ocasión de las diversas conmemoraciones de la Vuelta de Obligado, con motivo de la creación del Instituto de Revisionismo Histórico Argentino e Iberoamericano Manuel Dorrego o en torno a la revalorización de un imaginario político apoyado en la “memoria militante setentista” (Montero, 2012). Pero ninguno de los sentidos movilizados en esas operaciones sobre el pasado presentó mayores inconvenientes a la hora de ser asimilados por el sector al que los que nos venimos refiriendo. A la simpatía con una política de Derechos Humanos conducida desde el Estado y reivindicativa de la “generación diezmada” se le sumaba, quizás, la distancia temporal respecto a sucesos del siglo XIX que antes de ser removidos “desde arriba” no despertaban grandes querellas en el seno de la sociedad argentina actual.

Tendemos a pensar entonces que este lazo entre una franja importante de los sectores medios y la memoria peronista no estaba sellado antes de la irrupción del kirchnerismo. Una de las hipótesis que guían la siguiente indagación es que en las características que exhibió el uso del pasado peronista durante los gobiernos de CFK pueden encontrarse algunos elementos para decodificar aquella novedad en el terreno de las identificaciones políticas colectivas.

El principio fue paz: un relato sobre los orígenes

Como muchas historias, ésta comienza con un relato acerca los orígenes, gran pieza de los debates aún irresueltos sobre el primer peronismo. A la hora de ubicar el surgimiento del fenómeno peronista en el *continuum* histórico argentino, el discurso de CFK alternó entre dos imágenes que a primera vista podrían parecernos antagónicas. Habrá que ver si esa alternancia siguió el ritmo de alguna necesidad política concreta, o bien es constitutiva de una representación que albergó a ambas por igual: la primera se desprende de una

¹¹⁹ En el capítulo III nos ocupamos específicamente de analizar algunas de esas disputas que tuvieron como escenario la prensa escrita nacional.

lectura excepcionalista, cercana a la idea del “modelo de llegada”¹²⁰, en la que el comienzo tiene la forma de una irrupción o ruptura total, parteaguas en la historia del país: “hace muchos años hubo un señor y una señora que en el año ‘45 decidieron que los trabajadores tenían derechos”.¹²¹ Nada que esté *más acá* de ese inicio podría ni merecería, pues, ser comparable con lo que vino luego. La segunda, en cambio, porta una función que llamaremos “normalizadora”¹²² y en la cual el origen del peronismo no podría explicarse sino es a partir de la figura de alguna transición; es decir, de las transformaciones que debieron tener lugar para alcanzar 1945.

Así, aquellos primeros años fueron tematizados como el inicio de un tiempo en el cual “la gente empezó a comer todos los días y cuatro veces, donde muchos tuvieron vacaciones por primera vez o conocieron el mar porque empezaron a hacer turismo popular Perón y Eva Perón”.¹²³ Pero esta excepcionalidad en más de una oportunidad fue puesta en suspenso en favor de una representación que licuó notablemente ese carácter disruptivo, ya sea aduciendo causas estructurales –el temprano inicio de un proceso sustitutivo de importaciones en los albores de la Primera Guerra Mundial– o por motivos estrictamente políticos: “algunos creen que apareció el general Perón; yo creo que el general Perón es producto de la historia”.¹²⁴ Así como la “vieja guardia” sindical, el traspaso de votos, las continuidades en materia de políticas estatales o de tradiciones ideológicas precedentes solieron funcionar en el ámbito académico o del debate público como argumentos favorables a una interpretación de este tipo, aquí el foco estuvo puesto principalmente en la definición del

¹²⁰ En el ya clásico trabajo de Eliseo Verón y Silvia Sigal (2004) sobre los fundamentos discursivos del fenómeno peronista, los autores postulan la figura del “modelo de la llegada” para hacer referencia a algunas de las características del discurso de Perón mediante las cuales él mismo explica y justifica su irrupción en la política argentina. Entre otras cosas, la “llegada” representa un aterrizaje ordenador en un escenario marcado por el “absoluto abandono” en que se encontraba el país desde hacía al menos cuarenta años.

¹²¹ CFK, 21 de julio de 2015.

¹²² Omar Acha y Nicolás Quiroga (2012) hablan de la “normalización del primer peronismo” para referirse a algunos supuestos compartidos por cierta historiografía reciente sobre el primer peronismo en la Argentina. Esta normalización funcionaría en dos planos: por un lado, se trata de una “estandarización”, es decir, la imposición de una norma para la construcción de los relatos históricos relativos al primer peronismo. En segundo lugar y directamente relacionado con lo anterior, el proceso normalizador implicaría una operación de política del saber o del discurso tendiente a superar la figura del peronismo en tanto anomalía, ausencia o excepción de la historia argentina. Así, una de las modalidades de dicha “despatologización” consiste en limar las afirmaciones inmoderadas de corte radical con la historia.

¹²³ CFK, 17 de junio de 2008.

¹²⁴ CFK, 25 de septiembre de 2012.

peronismo como un movimiento o partido capaz de aglutinar desde el comienzo las aspiraciones de un abanico diverso de sectores sociales y políticos descontentos con la preeminencia de un régimen restrictivo:

Un partido político que recibió el aporte de los socialistas, de muchos radicales que también se iban de un viejo partido que los había traicionado y no los contenía, de los de la Iglesia que también se incorporaban (...) distintos sectores sociales y políticos que no veían a una dirigencia que los representara a ellos y a los intereses del país.¹²⁵

Es doble el efecto que produce este reenvío hacia atrás del peronismo en la historia: al tiempo que desradicaliza el acontecimiento de su origen, proporciona un gesto conciliatorio con determinadas fuerzas tradicionalmente concebidas a partir de su oposición política y cultural a la Argentina peronista: radicales, socialistas, anarquistas, también conservadores. El caso socialista se reiteró, anudado asimismo a una historia personal: “mi papá, que decía: “¿por qué, si el peronismo no hizo nada?, fueron las viejas leyes de los socialistas”, lo cual es rigurosamente cierto, las viejas leyes eran idearios, convicciones e historia del Partido Socialista”.¹²⁶ La continuidad de un movimiento nacional “que adquiere distintas caras en distintas etapas de la historia, pero que es siempre uno solo”¹²⁷ fue la figura que permitió este deslizamiento del peronismo hasta el “fondo de la historia”, delimitado casi siempre por las luchas federales del siglo XIX, tal como vimos en el capítulo I.

Independientemente de cuál haya sido el alcance adjudicado a la novedad peronista, el discurso reconoció dos fechas matrices para su proceso formativo que no fueron la del primer triunfo electoral: el 4 de junio de 1943 y el 17 de octubre de 1945. Comenzaremos analizando la representación acerca de los sucesos protagonizados por la clase trabajadora el 17 de octubre, para explorar luego las –comparativamente aisladas– alusiones al golpe militar que puso fin a la denominada “década infame”. Durante sus dos mandatos presidenciales CFK conmemoró, con o sin actos oficiales, cada una de las veces que el calendario peronista marcó el arribo del llamado Día de la Lealtad. Además, en el marco de

¹²⁵ CFK, 26 de abril de 2010.

¹²⁶ CFK, 9 de noviembre de 2009.

¹²⁷ CFK, 13 de noviembre de 2008.

los festejos por el Bicentenario de la Revolución de Mayo, la presidenta inauguró la muestra homenaje “Día de la Lealtad–17 de Octubre” en donde se expusieron fotografías, videos y discursos del período 1943–46, así como palabras de pensadores, poetas e historiadores referidas al día que “construyó los cimientos de la identidad peronista”.¹²⁸ Algunos de los elegidos en esta ocasión fueron Leopoldo Lugones, Ernesto Sábato, Jorge Perrone, Leopoldo Marechal, Alfredo Carlino, Alberto Szpungberg y Nicolás Olivari.

En la representación promovida por CFK, el 17 de octubre marca el nacimiento peronista en el sentido más literal que habilita una metáfora biologicista: fue “el día que se parió el peronismo”.¹²⁹ Y esto lo ubicaba desde el vamos como un hecho no–peronista o propio del “preperonismo”.¹³⁰ Las representaciones oficiales revivieron siempre una jornada histórica de tono fundamentalmente alegre y pacífico, según constaría en las “crónicas de la época” y a contramano de la visión difundida por el diario *Crítica*, de mayor tirada en la Argentina de aquel momento, condenatorio del “lumpenaje que había llegado a la Plaza de Mayo” a hacer destrozos¹³¹:

De allí [localidad de Berisso] salieron miles y miles, un 17 de octubre, para cruzar los puentes de la capital y cambiar definitivamente la historia de los argentinos. Pero no lo hicieron con el puño cerrado, ni crispado, no lo hicieron insultando y agraviando, iban cantando –las crónicas lo relatan minuciosamente– iban alegres, con sus ropas de trabajo, recién salidos de la fábrica y los talleres (...) sin odios, a liberar al hombre con el que habían identificado su destino colectivo.¹³²

En estos relatos, la potencia de la movilización popular no se desprendió tanto de su carácter masivo, como de cualidades de otra índole. En más de una oportunidad el acontecimiento de octubre fue recuperado como la contracara de otra manifestación que lo superó en número, pero a la que aquel doblegó en “calidad”: la Marcha de la Constitución y la Libertad, manifestación antiperonista y antecedente ineludible de los acontecimientos que determinaron

¹²⁸ Así lo expresa el anuncio correspondiente en el sitio web oficial de la Presidencia de la Nación, 9 de octubre de 2009.

¹²⁹ CFK, 17 de octubre de 2008 y 13 de noviembre de 2008.

¹³⁰ CFK, 17 de octubre de 2009.

¹³¹ CFK, 21 de diciembre de 2010.

¹³² CFK, 5 de junio de 2009.

el encarcelamiento de Perón en 1945. En esta línea, CFK recurrió a las palabras de Oscar Sbarra Mitre¹³³ para reivindicar el 17 de octubre como la evidencia de la diferencia que existe entre “número y calidad, entre pueblo y no pueblo”:

Las crónicas de la época decían que había habido más gente que en el 17 de octubre (...) pero al 17 de octubre la gente sabía que había ido tras un objetivo; esto es lo que diferencia a un pueblo de gente que se junta con distintos intereses, muchas veces contradictorios entre sí y por eso imposible de triunfar políticamente.¹³⁴

Además de poseer un propósito opaco, en esta representación de la marcha antiperonista sobresalió la ausencia del componente juvenil que sería constitutivo de las formas más deseables de participación política. Una anécdota protagonizada por Arturo Jauretche así se lo recordaba a la presidenta:

En una esquina estaba don Arturo Jauretche con un compañero de FORJA y muchísima gente estuvo pasando durante horas y el amigo de don Arturo le dice: “Arturo, son muchos, ¿no te parece?”, “sí, son muchos, pero fijate que no hay jóvenes y ningún movimiento político puede llegar al triunfo si no convoca a la juventud”.¹³⁵

Ahora bien, ¿cuáles fueron los motivos que esta representación del 17 de octubre le otorgó a la movilización de 1945? La lealtad siguió siendo el valor aglutinante de casi todos los sentidos que circundaron en torno al hito peronista, pero se trataba ahora de un concepto resignificado en sus alcances. Así, por ejemplo, el acto conmemorativo celebrado en 2008 comenzó con una aclaración acerca de lo que, en aquel contexto, *no fue* la lealtad: la búsqueda, por parte de los trabajadores, “de un coronel del pueblo” que les había “dado cosas”.¹³⁶ En contraposición con esta idea, identificada con un seguidismo político carente de intereses autónomos, la construcción kirchnerista del hecho parece querer devolverle al mito su naturaleza histórica; poner de manifiesto el carácter retrospectivo de su actual recuerdo bajo el rótulo de “Día de la Lealtad”. Y en este intento, la imagen resultante es más cercana a una explicación basada en el

¹³³ Oscar Sbarra Mitre fue un escritor, periodista y decano de la Facultad de Ciencias Económicas de la UBA durante 1973 y estuvo involucrado activamente en el gobierno de CFK.

¹³⁴ CFK, 20 de septiembre de 2010.

¹³⁵ CFK, 3 de mayo de 2011 y 13 de diciembre de 2012.

¹³⁶ CFK, 17 de octubre de 2008.

interés obrero, siempre coherente, que a sus contrapartes heterónoma, o incluso “herética”. Lealtad, sí, pero a los propios intereses:

Cuentan que antes del 17 de octubre cuando lo ponen preso a Perón y los obreros quieren ir a cobrar el aguinaldo muchos patronos le dicen: “andá a cobrárselo a Perón”. No se lo fueron a cobrar a Perón pero lo fueron a buscar y lo trajeron a la plaza para poder seguir cobrando el aguinaldo; así fue, las cosas son más simples y más sencillas.¹³⁷

La apropiación que hizo CFK del evento inaugural de la memoria peronista es selectiva; todas las apropiaciones lo son y más aún aquellas que disputan el significado de acontecimientos constitutivamente complejos, aprehensibles a partir de aristas incluso contradictorias entre sí. Lo importante es poder detectar en dónde reside aquí el elemento de novedad. El peronismo que se creyó inaugurado por aquel 17 de octubre retuvo para sí la característica que se eligió como sobresaliente de la jornada del ‘45: la novedosa incorporación a la historia argentina del “cambio en paz, sin sangre entre hermanos”.¹³⁸ Mientras que la larga historia de la humanidad mostró que los grandes procesos de cambio vinieron precedidos de enfrentamientos, “el cambio en nuestro país se hizo con felicidad”.¹³⁹

Una mirada de conjunto por las diversas narraciones que suscitó el 17 de octubre a lo largo de estos años sugiere que el imaginario kirchnerista alimentado por los discursos de CFK no hizo del carácter “plebeyo” del acontecimiento un símbolo principal de su identidad política.¹⁴⁰ Al contrario, dicho componente fue a veces explícitamente relegado a un segundo plano, en favor de aquellas particularidades que permitieron avanzar en una interpretación organizada en torno a otra definición principal y estructurante: la articulación armoniosa entre capital y trabajo. De hecho, si traducimos nuestra redada en los discursos del período en términos cuantitativos, vemos que en la gran mayoría de sus apariciones, los significantes “Perón” o “peronismo” se encuentran directamente

¹³⁷ CFK, 26 de julio de 2010.

¹³⁸ CFK, 5 de junio de 2009.

¹³⁹ *Ibidem*.

¹⁴⁰ Utilizamos la expresión “carácter plebeyo” para referirnos a aquellas interpretaciones del 17 de octubre que hacen hincapié en la dimensión hechizante del acontecimiento, capaz de desafiar la autopercepción de la sociedad argentina como “país de clase media”, blanco y heredero de la gran inmigración europea (Adamovsky, 2012).

asociados a enunciaciones relativas a la alianza de clases, la complementariedad de intereses que no deberían concebirse en clave antagónica o la consecución de objetivos progresivos por vías que son necesariamente alternativas a las revolucionarias.

Por momentos asoman, sí, vestigios de una imagen afín a la del “subsuelo de la patria sublevado”. La metáfora consagrada por Raúl Scalabrini Ortiz para caracterizar el 17 de octubre fue recuperada, de hecho, por la presidenta en ocasión de un acto organizado para la entrega de diplomas de un programa de extensión universitaria. La expresión “nuestros morochos” –CFK se encargó de aclarar allí que no era lo mismo que decir negros– dejó entender que los beneficiarios de esta política del gobierno eran los herederos de aquellos “primeros morochos”, hombres y mujeres partícipes de “aquel 17 de octubre, protagonizado y hecho por los que estaban en el subsuelo de la patria”.¹⁴¹ Pero se trató de una referencia más bien aislada. Algo similar ocurrió con “las patas en la fuente”, imagen que suele completar el díscolo cuadro ofrecido por la clase obrera arribada a la Plaza de Mayo en 1945. Cuando, dirigiéndose a la militancia juvenil que acostumbraba congregarse en los patios internos de la Casa Rosada para escuchar sus discursos, sugirió que los antiperonistas se enojarían porque “andamos con las patas en la fuente otra vez”¹⁴², resignificó el alcance de aquella figura. Sólo que ésta vez resultó ser más patente la distancia que separó a la imagen resultante de esa réplica del pasado de su fotografía original; “...hace calor y son los jóvenes”.

La subsunción del Día de la Lealtad a una conmemoración que le pertenecería, ya no al peronismo, tampoco a la clase trabajadora, sino a todos los argentinos, de carácter nacional, licuó, en lugar de potenciar, las implicancias “cromáticas” (Acha, 2012: 34) contenidas no sólo en el 17 de octubre, sino en el fenómeno peronista en general. Y esto a pesar de las continuas referencias – explícitas, la mayoría de las veces; implícitas otras– a voces representantes de las corrientes del ensayismo nacional y popular de los años cincuenta y sesenta que

¹⁴¹ Dijo en esa ocasión: “son los hombres y mujeres del subsuelo de la patria que ingresan a universidades públicas (...) qué maravilla ver a nuestros morochos –ellos les dicen negros, nosotros les decimos morochos- ingresar a la universidad pública para capacitarse, para adquirir nuevos saberes; estos hombres y mujeres de Argentina Trabaja que están completando lo que les faltaba la primaria, la secundaria...”; 27 de agosto de 2012.

¹⁴² CFK, 23 de enero 2014.

podrían fomentar alguna lectura de ese tipo. Si remarcamos la distancia de la construcción oficial con ese tipo de ideas o figuras de la imaginación no es para cristalizar al peronismo como un pasado revolucionario y a partir de eso medir las desviaciones de posibles otras representaciones –recordemos el desafío, advertido al comienzo del trabajo, que supone evitar esta suerte de juego de espejos cuando estudiamos usos del pasado– sino porque una mirada más o menos desprevenida podría suponer que precisamente en esos elementos abreviaría la identificación promovida por el kirchnerismo.

En cambio, despojados como creemos que aparecieron de su condición de “hecho maldito del país burgués”, esta representación transfiguró los años peronistas casi en el contrario de la clásica metáfora cookeana de lo maldito: fueron el momento cabalmente integrador de la Argentina capitalista. Así, el advenimiento del peronismo fue rescatado fundamentalmente por ser un fenómeno revelador de una nueva forma de concebir la relación entre el capital y el trabajo, prescindente de categorías de pensamiento y análisis histórico consideradas inapropiadas por venir de afuera: “uno de los aportes más importantes ha sido plantear una óptica diferente de la relación trabajador-patrón, trabajo-capital que es, no la del enfrentamiento, sino precisamente la de la articulación y la cooperación”¹⁴³; “el peronismo nunca planteó la lucha de clases, nunca planteó la guerra entre los pobres y los ricos, para qué, no. Somos los creadores de la articulación entre el capital y el trabajo”.¹⁴⁴ En esta misma dirección, según declaró la presidenta durante el acto de inauguración de un mural de Eva Perón en la Galería de los Patriotas Latinoamericanos de la Casa Rosada, puesta a responder en poco tiempo a la inquietud de su par colombiano Juan Manuel Santos sobre qué fue el peronismo, éstas fueron sus palabras:

El peronismo había surgido (...) como una tercera posición que no adhiere ni al estatismo socializante que pide que el Estado sea el propietario de todo, ni tampoco al liberalismo que era lo que reinaba (...) una tercera posición que dice que no puede ser todo mercado ni tampoco puede ser todo Estado y que el 50 por ciento tiene que ir para los trabajadores y el otro 50 por ciento para el capital. Entonces, me mira muy sorprendido el presidente Santos y me dice: “Ah, pero yo

¹⁴³ CFK, 6 de marzo de 2009.

¹⁴⁴ CFK, 27 de marzo de 2009.

puedo ser peronista entonces, yo adhiero a eso; (...) se parece mucho a lo que yo dije durante la campaña: *el mercado hasta donde se pueda y el Estado hasta donde se necesite*". Y debo reconocer que a mí me gustó lo que dijo y la síntesis que hizo.¹⁴⁵

Una línea de interpretación en la que el Plan Gelbard –lanzado durante la tercera presidencia de Perón y comúnmente conocido como el “Pacto Social”– pudo ser reivindicado como un plan “francamente transformador (...) revolucionario”¹⁴⁶, a contramano de las críticas que en su momento suscitó por parte de una juventud que lo acusó de “pequeño burgués”. Los años peronistas fueron pensados y reivindicados principalmente tras el prisma de la armonía entre capital y trabajo. Pero ese relato admitió también deslizamientos significativos en los que es preciso reparar y que a continuación analizaremos. En general, no obstante, pivotó en ese elemento organizador de los restantes.

La relectura democratizante del primer peronismo

En este apartado indagaremos en el lugar que ocuparon, dentro de ese relato matriz, ciertos elementos que se consideraron relevantes para el período histórico que va de 1943 a 1955. Veremos que mientras algunos se ubicaron más o menos cómodamente dentro del esquema mencionado anteriormente, otros se movieron con relativa independencia y nos obligan a volver la mirada sobre el presente con nuevos interrogantes.

Si bien el 17 de octubre representó primordialmente el nacimiento peronista, el golpe militar de 1943 tuvo también su lugar dentro de esta historia del peronismo. Un motivo más para consolidar al 4 de junio como fecha emblemática. El Grupo de Oficiales Unidos (GOU) vino a encarnar una nueva estación de lo que constituyó un motivo repetido en la larga duración de un imaginario histórico que se remontó al momento saavedrista de la Revolución de Mayo: la unión del pueblo y las Fuerzas Armadas en defensa de la soberanía nacional. Si de nombres se trata, Enrique Mosconi, Manuel Salvio y Alonso Baldrich, presentados como herederos de las “gloriosas” formaciones de San

¹⁴⁵ CFK, 24 de agosto de 2011.

¹⁴⁶ CFK, 28 de abril de 2014.

Martín y Belgrano, fueron los militares escogidos por CFK para ilustrar el compromiso nacional e industrialista del aparato militar argentino durante la primera mitad del siglo XX. Decía la presidenta en el discurso anual de inauguración del período legislativo en el año 2010:

Esta Argentina virtual y mediática planteó que odiábamos a las Fuerzas Armadas; por Dios, ¿nosotros los peronistas contra los militares?, somos el único partido político vigente en la República Argentina fundado por un general. Nuestro ADN se gestó allí cuando las Fuerzas Armadas acabaron con el fraude patriótico de la "Década Infame" y Perón fue presidente.¹⁴⁷

El propio Perón fue reiteradamente invocado en su condición militar, “el General”, excepto una ocasión en la que CFK renegó de aquel cargo para depositar mayor responsabilidad patriótica en la figura del soldado: “Perón, soldado, no general, soldado, que es otra cosa. Un soldado es el que defiende a la patria, eso fue siempre Perón, soldado, patriota y trabajador argentino”¹⁴⁸. Así las cosas, el relato de la continuidad histórica de un nacionalismo popular “verdadero”, diferente al “fachistoide los grupos de los años 30”¹⁴⁹, admitió una dificultad frente a la reconocida participación de Juan Domingo Perón en el golpe militar de 1930, responsable del derrocamiento de Hipólito Yrigoyen. La recuperación pública de una autocrítica atribuida a Perón sirvió entonces para negociar los recuerdos:

Nosotros –decía Perón– sobrellevamos el peso de un error tremendo, nosotros contribuimos a reabrir en 1930 la era de los cuartelazos victoriosos (...) para salvar al país del desorden y del desgobierno no necesitábamos sacar a las tropas de los cuarteles y enseñar al ejército el peligroso camino de los golpes de Estado, pudimos dentro de la ley resolver la crisis. No lo hicimos, apartándonos de las grandes enseñanzas de los próceres conservadores, por precipitación, por incontinencia partidaria, por olvido de la experiencia histórica, por

¹⁴⁷ CFK, 1 de marzo de 2010.

¹⁴⁸ CFK, 9 de octubre de 2009.

¹⁴⁹ CFK, 16 de abril de 2015.

sensualidad de poder y ahora está sufriendo el país las consecuencias de aquel precedente funesto.¹⁵⁰

El contexto en el que se pronunciaron estas palabras es relevante en relación a lo que aquí nos interesa: un homenaje oficial pensado conjuntamente para recordar a las figuras de Yrigoyen y Perón, realizado en el año 2014. Allí se anunció un proyecto para emplazar en torno al Obelisco de la ciudad de Buenos Aires –actual Plaza de la República, a la que, según la presidenta, sería más conveniente llamar “Plaza de la Nación”, en una reactivación de la clásica dicotomía del lenguaje político argentino del siglo XX– esculturas que representen a ambos líderes populares. No se trató, sin embargo, de un gesto aislado. Al contrario, el tratamiento conjunto de ambas figuras fue una constante a la hora de ubicar el fenómeno peronista en la historia argentina. La comunión Yrigoyen-Perón se sostuvo en una mirada según la cual yrigoyenismo y peronismo –la utilización de los derivados de los nombres propios fue deliberadamente remarcada, como portando sentidos diferentes a “radicalismo” y “justicialismo”– representan estaciones consecutivas de un movimiento progresivo hacia la definitiva consagración de una ciudadanía concebida en términos etapistas, es decir, que en la historia se construyó por partes: política primero, económica y social después. La planificación y concreción de una conmemoración única vino a confirmar, entonces, un posicionamiento histórico, al tiempo que habla de concretas necesidades de legitimación política.

No obstante aquello, da la impresión que la reivindicación de Yrigoyen fue reconocida como problemática, poco natural. Como si fuese necesario operar algún rodeo para conseguir su reconocimiento por parte de la militancia: “veo un futuro maravilloso con sus banderas, con la cara del Che, Evita, Perón, Rodolfo Walsh; *me gustaría también ver la de Yrigoyen*”.¹⁵¹ O bien apelar a una cita laudatoria de Félix Luna, presentado como un historiador “levantado por toda la historiografía del país como un historiador *neutral* frente a los grandes movimientos”.¹⁵²

¹⁵⁰ CFK, 1 de julio de 2014.

¹⁵¹ CFK, 1 de marzo de 2014. El subrayado es nuestro.

¹⁵² CFK, 1 de julio de 2014. La cita de Félix Luna decía lo siguiente: "yo recuerdo que el presidente Yrigoyen fue el primer presidente argentino que defendió al pueblo, el primero que enfrentó a las fuerzas extranjeras y nacionales de la oligarquía para defender a su pueblo, y lo he visto caer, ignominiosamente por la calumnia y los rumores. Yo en esa época era un joven y estaba en contra

En este punto del relato cobra sentido el lugar desempeñado en el imaginario kirchnerista por los representantes más conocidos de FORJA (Fuerza de Orientación Radical de la Joven Argentina), radicales que se rebelaron contra la “traición del alvearismo” y se convirtieron entonces en nexos comunicantes entre uno y otro movimiento. Las referencias a Raúl Scalabrini Ortiz, Arturo Jauretche, Homero Manzi no sólo inundaron los discursos de CFK, sino que también proveyeron motivos para nuevas conmemoraciones, incluso para nutrir la toponimia del conjunto de obras, instituciones o sitios inaugurados durante estas gestiones. Presentados –junto con otros adherentes del llamado pensamiento nacional y popular como Hernández Arregui, Ortega Peña o Manuel Ugarte– como portadores de voces contrahegemónicas, prolija y sistemáticamente ocultadas por la “historiografía oficial”, la recurrencia a los planteos de FORJA vino casi siempre aparejada de formulaciones relativas a la conflictiva relación que el peronismo entabló en su momento con la clase media, sintetizada en la fórmula del “medio pelo” de una sociedad argentina incapacitada culturalmente para comprender el carácter popular del movimiento peronista.

Sin embargo, este elemento históricamente problemático fue significativamente reelaborado –en parte resuelto– en el relato promovido desde el poder político. Si tenemos en cuenta que una franja importante de la actual clase media argentina constituyó la principal base de sustentación ideológica del kirchnerismo, creemos que es factible pensar esta resolución en el plano del discurso en sintonía con algún intento por reconciliar, en la práctica, imaginarios y procedencias sociales que, librados al azar, tenderían a desencontrarse. Una suerte de *idea fuera de lugar* (Schwarz, 1973) sólo que aquí, antes que espacial, la frontera es sobretodo social. A grandes rasgos, el movimiento que se traza es el siguiente: al reconocimiento del rechazo cultural de la clase media contemporánea al primer peronismo le siguió una revisión crítica de la parte que le correspondió al propio movimiento peronista en aquel desencuentro. Dado que, a pesar de todo, la clase media es “hija” –material– de la Argentina de Perón, el presente kirchnerista aparece como el escenario propicio para una reconciliación entre el peronismo y una franja de aquellos sectores que

de Yrigoyen, porque hasta a mí habían llegado los rumores, porque no había nadie que los desmintiera y dijera la verdad...”.

históricamente habían declarado su antipatía a un movimiento que no los contenía. Una suerte de desencialización de la identidad peronista. Aquí la ecuación se invierte: *peronista no se nace, se hace*. En el medio, los años peronistas se resignifican, mientras que el producto resultante –llamémosle peronismo kirchnerista– supone, en más de un sentido, una novedad.

Estela de Carlotto le puso nombre y apellido a todos los argentinos que el 16 de septiembre de 1955 agitaron sus pañuelos blancos en beneplácito del golpe de Estado que derrocó a Juan Domingo Perón y “después se arrepintieron”: “¿Y alguien puede decir que Estela sea una persona mala o tenga malos sentimientos?; ¿Qué fue lo que pasó con aquella joven; qué la llevó a la Plaza a agitar un pañuelito blanco cuando habían derrocado un gobierno?”¹⁵³ Las respuestas a este interrogante, implícitas en varios casos, recorrieron muchas de las intervenciones sobre el pasado peronista. No fueron sólo denuncias a la maquinaria de un “establishment” empeñado en difamar a un gobierno popular; también constataciones acerca de aquello que *no fue* el peronismo y, deja entender, debió haber sido.

Dos cuestiones aparecieron como las principales “deudas históricas”: derechos humanos y desarrollo científico; ambas contenidas en la palabra que mayormente estructuró esta relectura de la tradición peronista: democracia. En relación a lo primero, dijo CFK en ocasión del 205° aniversario de la Revolución de Mayo: “era una paradoja, parecía que a nuestros dirigentes no les importaban los derechos humanos y sin embargo las principales víctimas del terrorismo de Estado habían sido jóvenes que se identificaban con Perón y con Evita”¹⁵⁴. Otro mote que el peronismo debía de una vez por todas superar era el de “Alpargatas sí, libros no”, aquella consigna que históricamente ilustró la fisura abierta no sólo entre el mundo de los estudiantes e intelectuales y el de los trabajadores peronistas, sino también entre el Estado peronista y la cultura progresista y cosmopolita de la clase media argentina (Terán, 2008): “Nunca se vinculó al peronismo con la educación”¹⁵⁵. En otro orden, considerando esta vez el

¹⁵³ CFK, 5 de diciembre de 2015. Según aclara la presidenta, Estela de Carlotto relató la historia durante una entrega del Premio de Derechos Humanos. La misma anécdota fue contada por CFK el 26 de julio de 2010 y el 16 de septiembre de 2011 (aniversario de la Revolución Libertadora).

¹⁵⁴ CFK, 26 de mayo de 2015.

¹⁵⁵ CFK, 2 de abril de 2014.

significado “cultural” del plan Pro.cre.ar¹⁵⁶ promovido por el gobierno, la presidenta reactivó uno de los componentes paradigmáticos de la “leyenda negra” (Aboy, 2005) sobre los primeros pobladores de los barrios peronistas de la década del cuarenta: “la vieja época del parquet y el bidet con las macetas y los malvones”¹⁵⁷. No tanto –o no sólo– para explotar el fetichismo, como para marcar la diferencia que habría respecto al “sujeto Pro.cre.ar”: personas con un determinado nivel de ingresos, “profesionales”¹⁵⁸.

Esta suerte de expectativa del fin de un desencuentro social y cultural sedimentado en la historia se apoyó a su vez en el rescate de ciertos elementos del pasado peronista que permitieron reponer un panorama algo más matizado de lo que el sentido común supone. Fue el caso, por ejemplo, de la identificación del peronismo con “la edad de oro del cine argentino”, el subrayado de una política de gratuidad universitaria materializada en la legislación de 1949, la reivindicación de una preocupación medioambiental o incluso la adjudicación de un “ADN histórico” tempranamente cargado, a contramano de la extendida imagen de una cultura popular predominantemente machista, de “igualdad de género”.¹⁵⁹

En conjunto, esta lectura purificadora del fenómeno peronista, encargada de rescatar aspectos presuntamente desatendidos por la memoria colectiva y también de marcar sus límites, derivó en una autorepresentación del kirchnerismo como el espacio político, ideológico y social encargado de añadirle al peronismo aquello que la variante progresista de la clase media argentina históricamente le habría reclamado: derechos humanos y cultura universitaria, reconocimiento de la diversidad sexual –“díganme si alguna vez se pensó que durante un gobierno peronista se sancionaría una norma (...) como el matrimonio igualitario”¹⁶⁰– y el lenguaje de las libertades, opuesto y superador de las derivas totalitarias o monocráticas que habrían caracterizado a “aquella

¹⁵⁶ Pro.cre.ar es un programa de créditos para la construcción de viviendas lanzado por el gobierno de CFK en el año 2012.

¹⁵⁷ CFK, 1 de julio de 2014.

¹⁵⁸ *Ibidem*.

¹⁵⁹ CFK, 5 de junio de 2009.

¹⁶⁰ CFK, 21 de diciembre de 2010.

Argentina difícil de los años '40 o '50, donde al que no pensaba como el gobierno se lo estigmatizaba o se lo maltrataba verbalmente".¹⁶¹

Una historia del peronismo leída, pues, en clave democrática. Y una idea de democracia entendida en gran medida como herencia alfonsinista. El discurso pronunciado por CFK durante el acto de cierre del Congreso Nacional del Radicalismo Popular cristalizó esta relectura de la tradición peronista a partir de la construcción de una línea de continuidad y complementariedad histórica entre Juan Domingo Perón y Raúl Alfonsín que culminó con una reformulación sustantiva: "No somos únicamente nacionales y populares; somos nacionales, populares y democráticos".¹⁶²

En el año 2008 el gobierno ya había organizado un homenaje en vida a Raúl Alfonsín, que incluyó la colocación de un busto con su figura en la Casa Rosada. A partir de entonces, al radicalismo se le concedió una potestad más o menos exclusiva sobre la cuestión democrática, en contraste con el supuesto desdén con que los peronistas habían tratado históricamente el tema: "Quiero rescatar una tradición de la Unión Cívica Radical (...) nosotros los peronistas no le dábamos históricamente valor a la democracia (...) era la democracia una cosa despreciable".¹⁶³ Esta oportunidad CFK se dedicó exclusivamente a narrar la historia de una postergación que aparecía ahora como cosa del pasado. El discurso pronunciado en el congreso radical constituye una pieza clave para poder ensamblar algunos de los fragmentos que venimos analizando en un relato que los torne inteligibles en su vínculo con un contexto más amplio. Concretamente, permite divisar cuáles fueron algunas de las operaciones realizadas para consensuar una interpretación del peronismo que pusiera a salvo de los conflictos del pasado los lazos construidos en el presente entre espacios o procedencias políticas diversas. Porque para sostener que "se puede ser kirchnerista y no ser peronista" pero "no se puede (...) ser peronista sin ser kirchnerista"¹⁶⁴ fue preciso antes negociar y estabilizar algunos significados.

En un auditorio agitado por banderas rojas y blancas y cánticos de *somos la vida, somos la paz, somos el alfonsinismo en el proyecto nacional*, la reunión

¹⁶¹ CFK, 30 de agosto de 2012.

¹⁶² CFK, 16 de abril de 2015.

¹⁶³ CFK, 1 de marzo de 2014.

¹⁶⁴ *Ibidem*.

organizada por el Movimiento Nacional Alfonsinista se inició con la proyección de un spot¹⁶⁵ en donde se veía y escuchaba a Raúl Alfonsín anticipando argumentos que veinte años más tarde se incorporarían al repertorio kirchnerista: “el poder a la democracia se la da el pueblo, el pueblo unido sin distinciones entre peronistas y antiperonistas, radicales o antiradicales”¹⁶⁶ se replicaba en “vengo a proponerles un sueño, quiero una Argentina unida, una Argentina normal”¹⁶⁷; “lean el Clarín, que se especializa en titular (...) como si quisiera hacerle caer la fe y la esperanza al pueblo argentino”¹⁶⁸ en el famoso “¿qué te pasa Clarín?”¹⁶⁹ y el reclamo de soluciones para el problema del endeudamiento “sobre la base del respeto al principio (...) de no intervención, sin injerencias extracontinentales y afirmando la libertad del hombre”¹⁷⁰ en el repudio de CFK a los “fondos buitres que amenazan y hostigan; (...) terroristas económicos (...) que provocan pobreza a partir del pecado de la especulación”.¹⁷¹

La genealogía de este radicalismo popular se iniciaba entonces en el '83 y reconocía en los gobiernos kirchneristas la legítima continuación de la agenda democrática inaugurada por Alfonsín tras el fin de la última dictadura militar. No hubo, pues, referencias a Perón ni a los ideales del peronismo como posibles precursores de la tradición nacional y popular que se reivindicaba. Antes bien, era el spot la cabal materialización audiovisual de la posibilidad de ser kirchnerista sin ser peronista. Sin embargo, apenas inició su intervención, CFK dijo recordar perfectamente el discurso de cierre de campaña de Alfonsín que se acababa de proyectar porque, mientras lo miraba por televisión, en aquel momento comentaba con Néstor Kirchner: “ay, Néstor, este tipo me hace acordar a Perón cuando habla”; “cállate” –le decía él– “por favor, no digas eso”¹⁷². Aunque el parecido hubiese vislumbrado al poco tiempo sus límites en las urnas. Porque luego vino el recuerdo de la noche de la derrota peronista, de jóvenes radicales regocijándose en las calles con el triunfo de Alfonsín frente al candidato peronista

¹⁶⁵ Disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=nQwWEIzsGVo>. (Consultado por última vez el 20/10/2017).

¹⁶⁶ Discurso de Raúl Alfonsín durante el cierre de campaña, 26 de octubre de 1983.

¹⁶⁷ Discurso de asunción de Néstor Kirchner, 25 de mayo de 2003.

¹⁶⁸ Discurso de Raúl Alfonsín durante la inauguración de la Biblioteca Saguier, 13 de febrero de 1987.

¹⁶⁹ Discurso de Néstor Kirchner durante un acto partidario, en calidad de presidente del PJ, 9 de marzo de 2009.

¹⁷⁰ Discurso de Raúl Alfonsín en los jardines de la Casa Blanca, 21 de marzo de 1985.

¹⁷¹ Discurso de CFK durante la asamblea de la ONU, 24 de septiembre de 2014.

¹⁷² CFK, 16 de abril de 2015.

Ítalo Luder. Un triunfo que sólo podía explicarse por la incapacidad histórica del peronismo –el que más había sufrido, paradójicamente, los embates de la dictadura– para concebir los términos de un “pacto democrático”:

Tenemos que comprender los momentos históricos que se vivieron cuando surgió nuestra fuerza política, con una gran contra, un gran ataque externo, como tuvieron todos los gobiernos populares de la región históricamente hasta ser derrocados; nos tuvo que pasar la larga noche de la dictadura para entender entonces que la democracia sí era fundamental, y que no podía florecer ningún proyecto nacional y popular, si además no lo hacíamos en democracia.¹⁷³

Así, y a pesar de los esfuerzos mencionados anteriormente por narrar los años peronistas tras el prisma democrático, al peronismo contado por CFK le faltaba democracia. O, dicho de otro modo, los esfuerzos no alcanzaron para contrarrestar lo que en varios discursos aparece como una verdad de la historia: por una combinación de responsabilidades políticas propias y condicionamientos estructurales, los años peronistas no concibieron prioridades democráticas. Podría objetarse la afirmación aduciendo definiciones más amplias o sustantivas para la idea de democracia (con raíces económicas, sociales o en la participación popular, por ejemplo). Sin embargo, no se advierte en el discurso de CFK un rodeo semejante. Cuando se ligaron peronismo y democracia se lo hizo casi exclusivamente desde el lugar de una carencia y a partir de una concepción de democracia bastante restringida a los aspectos vinculados con el “normal” funcionamiento del sistema político. Una vez saldada la autocrítica, ésta cedió paso a la construcción de continuidades históricas entre Yrigoyen y Perón, fundadas en la reivindicación de la llamada tercera posición frente a los conflictos bélicos internacionales y su común contemplación –“adelantada para la época”– del problema de la integración latinoamericana.

El recorrido termina de adquirir sentido hacia el final de aquel discurso: se sugería que la juventud peronista que en los años setenta se reía de los carteles luminosos que Renovación y Cambio¹⁷⁴ colgaba en los pasillos de la universidad, era en el presente del siglo XXI la dirigencia estatal preocupada por recordar la

¹⁷³ *Ibidem.*

¹⁷⁴ El Movimiento de Renovación y Cambio fue una agrupación política interna de la Unión Cívica Radical fundada en 1972 bajo el liderazgo de Raúl Alfonsín.

historia “no porque seamos nostálgicos, sino simplemente para no volver a cometer los mismos errores; por eso el concepto de nacional y popular se une indisolublemente al de democracia”¹⁷⁵. Así, concebido en su conjunto, el discurso pronunciado en el congreso radical –a pocos meses de la elección presidencial que definiría el rumbo político que tomaría la Argentina a partir del año 2015– vehiculizó una representación del peronismo funcional a las expectativas de hacer del kirchnerismo un espacio capaz de contener pertenencias ideológicas, políticas y partidarias diversas, algunas de las cuales incluso habían signado el enfrentamiento político más grande de la Argentina durante una mitad del siglo XX. Así lo definía CFK: “Este Frente para la Victoria no es el peronismo; es el peronismo más un montón de historias, identidades y cosas que han sucedido en el país”.¹⁷⁶

Hada y política: rostros de Evita

¿Qué lugar ocupó Evita en este relato del peronismo? La disponibilidad de modelos a partir de los cuales desprender una representación más o menos acabada de la figura de Eva Perón es múltiple, aunque sabemos que fueron en general binarias las estampas que la imaginación histórica y política argentina le imprimió a su persona: puente entre el estado peronista y los sindicatos, pero también puente entre Perón y los sectores marginados de la estructura sindical; santa, pero también combativa; modernizadora y tradicional. La imagen que se desprende del discurso de CFK se apoyó en alguno de estos polos y lo hizo de manera indistinta. Posiblemente, una primera lectura advierta que la reconstrucción y uso de Evita en el imaginario kirchnerista abrevó sobretodo en la idea de “una revolución dentro de la revolución” (Inda, 2013: 206). Sin embargo, pensamos que es posible hallar algunos matices en esa representación o bien usos que apuntaron en otras direcciones. Empezando, en este último caso, por las propias declaraciones de la presidenta, quien, en una conmemoración del Día de la Lealtad, dijo que no iba a ceder a las “falsas interpretaciones de la historia” encarnadas en los “planteos evitistas de pensar que Evita era más

¹⁷⁵ *Ibidem.*

¹⁷⁶ *Ibidem.*

revolucionaria que Perón”.¹⁷⁷ Antes que eso, “esta mujer fue la compañera más leal que tuvo Perón; si él era un soldado, ella era su soldado más leal”; una imagen consonante con la propia autorepresentación atribuida a Eva en *La razón de mi vida*: “Cuando vemos la sombra de alguien sentimos que está cerca. Así como la sombra del líder, es mi presencia en la secretaría. Y a su sombra, yo intento seguir el camino que él inició”.¹⁷⁸

El mito de la Evita combativa y militante no sólo había predominado en los sectores gremiales del peronismo durante la llamada “resistencia” sino que desde los años camporistas se había extendido también a importantes sectores de la juventud de la clase media argentina. Una generación que no conoció el peronismo en el poder, pero que sabía que no quería estar “en la vereda de enfrente del pueblo” como lo habían estado las izquierdas en 1946 y 1955 y que, al identificar a Evita con “el ala izquierda del peronismo” pudo aceptarla y convertirla en su bandera. Rescataba, así, sus frases más combativas, las de sus últimos discursos, en un trasfondo de luchas populares que permitía la forja del mito de Eva Perón como la mujer que había nacido para la revolución (Navarro, 2011: 339). Pero en el discurso de CFK, esta representación violenta, apasionada y revolucionaria, que habilitó incluso una consideración de Evita como “la primera desaparecida”¹⁷⁹, no desplazó su contracara santificada, sino que coexistió con ella, incluso más, la secundó.

Los murales inaugurados en 2011 en la fachada del Ministerio de Desarrollo Social –ex Ministerio de Obras Públicas– materializaron la irreductibilidad del carácter bifacético al que referimos. Se cumplían sesenta años del discurso pronunciado allí por Evita frente al “Cabildo Abierto” convocado por una CGT que exigía su candidatura a la vicepresidencia. Antes que la opción por una u otra construcción, lo que primó en esta recuperación de Evita fue su uso intercambiable: mirando hacia el sur, la “Eva hada” –la misma que un año después aparecería en el nuevo billete de cien pesos–; mirando hacia el norte, la “Eva combativa”, la “Eva política”.¹⁸⁰ Un sur determinado por la localización de las fábricas que abandonaron y los puentes que cruzaron los

¹⁷⁷ CFK, 9 de octubre de 2009.

¹⁷⁸ Eva Perón: *La razón de mi vida*, Ediciones Peuser, Buenos Aires, 1951, p.83.

¹⁷⁹ CFK, 26 de julio de 2010.

¹⁸⁰ CFK, 27 de julio de 2011.

trabajadores en las jornadas de octubre de 1945 y un norte como símbolo de aquellas “cosas que aún nos faltan”, por más que ese contenido nunca haya sido demasiado explícito.

Componente central de esta representación de Eva Perón fueron las cualidades que definirían su femineidad: “lo de ella fue puro sentimiento y pasión. Perón era el estratega, el estadista, pero si al estadista no le ponés pasión y corazón queda incompleto; ellos pasaron a la historia por ser ese complemento perfecto”¹⁸¹ dijo tras anunciar la inauguración del Mundo del Juguete, un sitio museístico donde se encontrarían, entre otras piezas, una colección de juguetes pertenecientes a la histórica Fundación Eva Perón. Según reconoció entonces, su afirmación bien podía suscitar algunas críticas. Aunque no sugirió allí por parte de quién podrían esgrimirse éstas, es probable que la advertencia haya tenido que ver precisamente con la distancia que esa representación de Evita, *puro sentimiento*, marcaba respecto de la apropiación que la propia militancia kirchnerista hizo de su figura, más cercana al mito de la “Evita montonera”. Y es que, en efecto, muchos de estos usos no hicieron sino reforzar cierta imagen estereotipada de una Evita, ante todo, mujer; recuperada incluso con énfasis, casi sin claroscuros, por muchos de quienes provienen de tradiciones no peronistas (Navarro, 2011).

En varias circunstancias la presidenta introdujo a la figura de Evita como un personaje que trasciende identidades políticas, incluso fronteras nacionales. Esta Eva Perón fue una suma de elementos que combinados producían casi indefectiblemente “fascinación”. Para corroborarlo bastaba reparar en la apreciación que la ministra de cultura Teresa Parodi le había transmitido luego de haber presenciado el montaje de una muestra sobre Evita en el Museo Histórico de Rusia: obreros rusos deteniendo sus labores de ploteo, “muy emocionados, para escucharla y mirarla (...) sus palabras, sus gestos, sus convicciones (...) y junto a ellos, la belleza de una mujer, que no creía que la revolución fuera incompatible con la condición femenina”.¹⁸²

En esta imagen la “condición femenina” aparece frecuentemente asociada a elementos que le serían constitutivos: belleza, joyas y vestidos;

¹⁸¹ CFK, 16 de noviembre de 2012.

¹⁸² CFK, 22 de abril de 2015.

generosidad, entrega, pasión y amor. Resulta más o menos evidente que muchas de esas referencias remiten directamente a la propia condición de mujer de CFK y sirvieron para legitimar y reivindicar su derecho a ocupar un lugar protagónico en la política y la historia argentina. En vez de insistir demasiado en ello, interesa advertir qué otras funciones pudieron desempeñar en determinados contextos estos deslizamientos hacia representaciones que no se entroncaron necesariamente con la de la Evita revolucionaria.

Uno de esos momentos en los que cobró especial relevancia la aparición discursiva de Eva fue en el contexto signado por los conflictos que enfrentaron a CFK con el sector de la dirigencia sindical de la CGT, una vez que ésta retiró su apoyo político al gobierno kirchnerista. Con anterioridad a esta ruptura –que puede fecharse con bastante precisión a fines del año 2011– la clásica ecuación evitista que versa “donde hay una necesidad nace un derecho” ya había sido reformulada con el agregado de un término del que debían hacerse cargo los trabajadores, principalmente los peronistas: la responsabilidad.¹⁸³ Pero fue luego del conflicto con las cúpulas sindicales cuando se intensificó este tipo de instrumentación. La fórmula volvió a ser utilizada públicamente a comienzos del año 2012. Nuevamente se la presentó como incompleta, sólo que ahora el término faltante era otro: “la otra parte que (...) nos faltó al peronismo: decir que además de los derechos están las obligaciones; porque con cada derecho tenemos que tener obligaciones”.¹⁸⁴ Y las obligaciones a las que se refería CFK en aquel contexto no eran sino aquellas que veía incumplidas en las coyunturas de protesta obrera: productividad mínima, presentismo.

Al cumplirse sesenta años su fallecimiento el gobierno nacional organizó un acto de recordación en el que se recuperó un fragmento de *Mi mensaje*, el último escrito de la por entonces primera dama de la Argentina: “Puedo entender que la oligarquía nos deprecie, pero lo que más me cuesta entender es cuando alguno de nosotros, venido de abajo, se junta junto a los que siempre nos atacaron para socavar la unidad del movimiento”.¹⁸⁵ Ya vimos en el capítulo I cómo las medidas de protesta organizadas por la CGT y la CTA en noviembre de 2012 –y amparadas en la adhesión de la Federación Agraria, la Sociedad Rural y

¹⁸³ CFK, 10 de agosto de 2010.

¹⁸⁴ CFK, 29 de febrero de 2012.

¹⁸⁵ CFK, 26 de julio de 2012.

la mayoría de los partidos opositores– hicieron que el discurso en conmemoración del Día de la Soberanía Nacional virara hacia una crítica a esas acciones de fuerza apoyada en paralelismos históricos: “traidores a la patria” habían sido los emigrados del rosismo que en 1845 retornaron a la Argentina en buques franceses y “traidoras a la patria” estaban siendo en 2012 las cúpulas sindicales que bloqueaban el acceso a la capital del país. Fue en esa misma ocasión cuando Perón y Evita aparecieron encarnando la defensa de un modelo sindical que parecía desvirtuarse en el presente de la Argentina: “Éstos no son los dirigentes que querían Perón y Eva”.¹⁸⁶ En una circunstancia similar, años más tarde se recuperaba a la Evita interlocutora de los trabajadores ferroviarios que en 1951 decretaron una huelga a Perón: “Le tengo más miedo al frío de los corazones de los compañeros que se olvidan de dónde vinieron que al de los oligarcas”¹⁸⁷ recordó la presidenta el mismo día que la dirigencia sindical convocaba a un paro general en protesta por el impuesto a las ganancias. CFK, al tiempo que inauguraba en La Matanza un polideportivo que llevaría el nombre de Juan Domingo Perón, felicitaba a su “pueblo” por no haber adherido a la medida de fuerza contra un gobierno peronista.

Así, la figura de Evita acompañó en el discurso presidencial el deslizamiento que terminó colocando a una parte del movimiento obrero en el campo adversario del kirchnerismo sin necesidad de romper por ello con la narrativa peronista; al contrario, valiéndose de ella. A comienzos de 2010 CFK compartía con Hugo Moyano su proyecto de intervenir la fachada del edificio ministerial y el secretario general de la CGT “se empezó a poner pálido (...) me dice, por un momento pensé que ibas a poner al Che Guevara en el edificio. No creo que tendría tampoco nada de malo porque es otro ícono importante y un orgullo de los argentinos”.¹⁸⁸ Pero era Eva Perón. Y las disidencias en torno al Che no opacaban en ese momento un implícito y mutuo acuerdo acerca de que Evita le pertenecía tanto al kirchnerismo como a los sindicatos nucleados por la CGT de Hugo Moyano. Sin embargo, algunos años más tarde esa convicción se alteraría, así como sucedió con la alianza entre poder ejecutivo y sindical. Le siguió luego un rescate de la figura de José Espejo –secretario de la CGT durante

¹⁸⁶ CFK, 20 de noviembre de 2012.

¹⁸⁷ CFK, 31 de marzo de 2015.

¹⁸⁸ CFK, 8 de marzo de 2010.

el primer peronismo y principal propulsor de la candidatura de Evita a la vicepresidencia durante el llamado “Cabildo Abierto” del justicialismo en 1951— como ejemplo paradigmático de los dirigentes que *sí querían* Perón y Evita y contracara de las personalidades que dirigían a la central de trabajadores en el presente kirchnerista:

Vayan a la calle a preguntar si alguien se acuerda del nombre del secretario general durante el gobierno de Perón y Evita. Le van a decir que no la inmensa mayoría de los argentinos, salvo que se encuentre con algún peronista que le diga: era Espejo. Porque la gente sabe por qué vivieron mejor y por qué tuvieron las cosas. Está muy bien que haya dirigentes sindicales que apoyen los procesos, participen y se identifiquen, pero que tengan claro que las primeras víctimas de las crisis han sido los trabajadores, no los empresarios y mucho menos los dirigentes sindicales.¹⁸⁹

A comienzos de 2015 una “no casualidad” selló estos intentos por asociar la figura de Evita a un modelo de sindicalismo que habría quedado en el pasado: contó CFK que durante una entrega de vehículos —en cuyos llaveros el Ministerio de Desarrollo Social había hecho estampar la figura de Eva Perón— a maestras de escuelas de educación especial, una de ellas se le acerca especialmente para decirle que era la hija de José Espejo: “y la verdad que la hija de Espejo esté recibiendo esto en este gobierno me parece muy fuerte. Yo no creo en las casualidades ni en las coincidencias”.¹⁹⁰

Después de los cuarenta: resistencia y tercer peronismo

Los años peronistas no se agotaron en el decenio ‘45-‘55. Al contrario, el pasado abierto por la autodenominada Revolución Libertadora y cerrado con la muerte de Juan Domingo Perón fue también materia de intervención. De aquella década emergió con mayor intensidad el fantasma de las “dos Argentinas”, se deslizó una cuidadosa interpretación del fenómeno de la llamada “resistencia”,

¹⁸⁹ CFK, 11 de mayo de 2012.

¹⁹⁰ CFK, 12 de mayo de 2015.

una reivindicación del gobierno de Cámpora y un explícito anclaje en la tercera presidencia de Perón.

Los días que rodearon al conflicto agropecuario del año 2008 pusieron en marcha una coyuntura de activación de memorias que reintrodujeron en el escenario nacional el problema de las históricas escisiones simbólicas del peronismo. Con diferentes expresiones, el gobierno promovió públicamente un sentimiento colectivo de retroceso temporal: “he visto nuevamente el rostro de un pasado que pareciera querer volver”¹⁹¹; “hubo un señor que alguna vez dijo: la historia se repite, primero como tragedia y después como comedia”.¹⁹² La historia potencialmente repetible era la de los bombardeos antiperonistas; el presente de esa posible repetición el conflicto con el campo en uno de sus momentos más agudos.

En aquel contexto, ambas partes del conflicto apelaron a un repertorio de referencias al pasado. Como vimos en el capítulo anterior, las celebraciones de mayo de 2008 constituyeron quizás una de las manifestaciones más claras de un uso activo del pasado en la lucha política a lo largo de los años kirchneristas. Tal como sostuvo Eujanian, durante el conflicto desatado por la política de retenciones, gobierno y oposición buscaron presentarse ante la sociedad como la más genuina representación del pueblo, que en un caso “se expresaba con el ropaje de la tradición política del peronismo” y en el otro en “la versión *folk* del campo argentino” (2011: 2). La Revolución Libertadora pasó a ser una de las principales referencias con las que el gobierno de CFK identificó al movimiento opositor. Junto con ella, un vocabulario de enfrentamientos pasados cobró actualidad y vigencia: de un lado, viejas denuncias al “gorilismo” de la clase media; del otro, motivos propios de una escisión propiamente racista (Adamovsky, 2012). Ambos contribuyeron a delinear los contornos dentro de los cuales se desarrolló una lucha que debió dirimirse en múltiples frentes: políticos y económicos, aunque no menos simbólicos. Martín Rodríguez (2014: 40) lo dijo de modo irónico: “un peronismo construido sobre el imaginario de lo que el antiperonismo odia”. El 2008 activó esencialmente aquello. Pero a medida que se acrecentó la distancia con esa coyuntura crítica, CFK procuró matizar la carga

¹⁹¹ CFK, 1 de abril de 2008.

¹⁹² CFK, 17 de junio de 2008.

depositada en las complicidades civiles del golpe militar de 1955: “cuando recordemos esa fecha no la recordemos como un insulto a nadie, porque muchos se dieron cuenta que se habían equivocado y eso es lo más importante”.¹⁹³

La llamada “resistencia” fue recordada casi exclusivamente desde su variante juvenil y, como señalamos anteriormente, con un notable sesgo autocrítico referido al desdén con el que la Juventud Peronista afrontó el problema de la democracia. El anhelo de socialismo de aquella generación fue dejado de lado. En esta tónica, el homenaje realizado en 2012 a Envar El Kadri, exponente protagónico de la resistencia a la dictadura militar que derrocó al gobierno de Perón y uno de los fundadores de las Fuerzas Armadas Peronistas, fue más una conmemoración aislada que una pista de la cual desprender una específica toma de posición histórica en relación al tema de la violencia política característica de las décadas del sesenta y setenta en la Argentina. Los medios opositores, sin embargo, no dudaron en titular: “Cristina homenajeó al fundador de un grupo guerrillero de los '70”.¹⁹⁴

La figura de Cámpora fue homenajeada en diversas circunstancias, aunque nunca a expensas de la centralidad concedida a Juan Domingo Perón. En este punto disentimos con algunas miradas sobre el tema, según las cuales lo que retóricamente regresó con el kirchnerismo de CFK “no fue el peronismo en general, sino el momento peculiar que representó el camporismo” (Adamovsky, 2012: 196). Entendemos que esto puede ser cierto si lo que nos disponemos a evaluar es la eficacia de esta recuperación camporista en términos de su favorable recepción por parte de un sector de la militancia kirchnerista, aquel que hizo del camporismo el eje de su adscripción peronista. Sin embargo, un recorrido completo por los discursos abordados nos sugiere que esta reivindicación no debiera interpretarse como una opción que se superpone al peronismo no camporista; al contrario, para CFK, Cámpora fue, ante todo, “sinónimo de lealtad a Perón”¹⁹⁵ y todas sus evocaciones apuntaron en esa dirección.

Perón no era el mismo en los años cuarenta que en los años setenta. Esto no sólo lo creyó una parte de la sociedad tradicionalmente no peronista que en

¹⁹³ CFK, 16 de septiembre de 2011.

¹⁹⁴ *Clarín*, 22 de agosto de 2012.

¹⁹⁵ CFK, 13 de noviembre de 2008.

1973 reconoció la legitimidad de su derrota; el asidero de esa formulación viene dado por un conjunto de transformaciones que alteraron notablemente la configuración del peronismo luego y durante los años de proscripción. No viene al caso aquí detenerse en ello. Basta reparar en la utilidad práctica que portaron y aún hoy portan figuras como “el primer” o “el último” Perón, en tanto referencias temporales más o menos estables a partir de las cuales esbozar algún posicionamiento acerca de la historia del peronismo. En la representación que se desprende de los discursos que analizamos operó esta demarcación de la tercera presidencia de Perón como una estación particular dentro de los heterogéneos años peronistas.

Pero no se derivó de allí ninguna consideración crítica respecto a cierto relajamiento de los principios fundamentales del justicialismo, como solieron recriminar quienes le reclamaron a Perón el apartamiento de los sectores más radicalizados de su movimiento. Observamos, al contrario, un explícito rescate de la voluntad pacificadora y conciliatoria que para muchos lo caracterizó: “una cosa que aprendimos, y tal vez no la supimos aprovechar bien oportunamente, es que para un argentino no puede haber nada mejor que otro argentino, ¡a levantar esa consigna bien fuerte!”.¹⁹⁶ La consigna en cuestión fue aquella que materializó la toma de posición promovida por Perón en 1973, cuando “peronismo” se había convertido en un signifiante colmado de significados. En efecto, el reemplazo del término “peronista” por el aún más abstracto “argentino” suele ser entendido como la cristalización del proceso encarado por Perón, decidido a salir “a la conquista de la clase media” (Carassai, 2013: 42). Cuando, en el año 2010 y al cumplirse un nuevo aniversario de su fallecimiento, CFK organizó un acto en homenaje al líder del movimiento peronista en la Sala de los Patriotas Latinoamericanos, sostuvo que era conveniente quedarse con el recuerdo de “ese 12 de junio”¹⁹⁷, día de la última aparición pública de Perón en los balcones de la Casa Rosada: “había sido un 12 de junio diferente, con un mensaje totalmente diferente que se venía dando desde su retorno al país (...) finalmente retomaba ese discurso de unidad nacional, de convocatoria a todos los sectores”. En ese mismo discurso, la presidenta celebró la voluntad de Perón de no dejar herederos

¹⁹⁶ CFK, 14 de septiembre de 2010.

¹⁹⁷ CFK, 1 de julio de 2010.

e hipotetizó que ello obedecía a su capacidad de avizorar lo que iba a suceder en el país al poco tiempo de su muerte.

En este sentido, el reconocimiento de haber votado a Perón con la boleta del Frente de Izquierda Popular, compartido como una pública confesión que le valdría la “excomunión del Partido Peronista”¹⁹⁸, cumplió una doble función. Por un lado, puede pensarse como un gesto de acercamiento hacia sectores progresistas que se distancian del “último Perón” por asociarlo con la ortodoxia de quienes constituyeron sus principales apoyos políticos y sociales; por otro, sienta en el presente una definición que es política, pero también histórica: la univocidad del liderazgo de Perón, así en 1945 como en 1973, era incompatible con la existencia de cualquier estructura que disputara su representación por fuera del Partido Justicialista.

Al cumplirse cuarenta años del 1º de mayo de 1974, punto cúlmine y determinante de la ruptura de Perón con Montoneros, la presidenta calificó al acontecimiento como un momento “trágico” en la historia del peronismo. Tal como dijo en aquella ocasión, la conducción de Perón no podía discutirse, puesto que nada podía enseñársele a quien “había conducido al pueblo a todos los triunfos”.¹⁹⁹ Según este posicionamiento, una juventud incapaz de comprender el significado de la figura de Perón en los años setenta muchas veces “fue funcional a lo que vino después”.²⁰⁰ La tragedia de ese desencuentro se medía por el alejamiento de los jóvenes respecto de la política, un divorcio que al parecer sólo había podido revertir el kirchnerismo. Para corroborarlo bastaba, según esta representación, prestar atención al auditorio que aguardaba la salida de CFK en el Patio de las Palmeras de la Casa Rosada.

Una mirada de conjunto

Buscamos a lo largo de este capítulo analizar los usos del pasado peronista efectuados por CFK durante sus años de gobierno. El recorrido nos indicó que una clave de lectura útil para interpretar las características de esta operación fue

¹⁹⁸ CFK, 9 de septiembre de 2013.

¹⁹⁹ CFK, 28 de abril de 2014.

²⁰⁰ CFK, 9 de febrero de 2010.

reponer los nexos que creímos encontrar entre un particular relato del pasado peronista promovido desde el poder político y el horizonte de expectativas de aquel sector de la sociedad argentina que constituyó uno de los principales puntos de apoyo del kirchnerismo, fundamentalmente durante su última etapa: la fracción progresista de la clase media. Propusimos, pues, que la novedad de la narración fue haber articulado de nuevo la siempre conflictiva relación entre clases medias y peronismo. Lo cual no significa dar por sentada la eficacia de ese intento; tampoco concebirlo como un movimiento lineal en un sentido arriba-abajo. Exploramos, en todo caso, uno dentro de los seguramente múltiples “campos de efectos posibles” (Verón y Sigal, 2004) de esta utilización del pasado nacional. La recepción constituye, está claro, un momento constitutivamente diferente y por ello mismo exento de los alcances de nuestro trabajo.

El discurso de CFK revivió los años peronistas de modo tal de poder hacerlos dialogar más o menos cómodamente con el patrimonio simbólico que el kirchnerismo en parte construyó y en parte tomó del arco progresista de la cultura democrática nacional. Y el resultado fue en este punto doble: por un lado, la abreviatura de la distancia que separaba a aquel pasado del presente kirchnerista; por otro, la puesta en circulación pública de una relectura del peronismo histórico en una clave pretendidamente democratizadora, en una acepción más cercana a su vertiente liberal que a alternativas de mayor radicalidad ideológica.

Una combinación de efectos que, respectivamente, nos reenvían a cada uno de los polos que componen la dicotomía revelada por Hayden White (1992): una cosa es una interpretación política de la historia y otra una política de la interpretación. Mientras que en la primera la política se percibe de forma relativamente fácil –trazar paralelismos entre el peronismo, el alfonsinismo y el kirchnerismo en un auditorio conformado por militantes del radicalismo popular es, sin muchos rodeos, políticamente redituable– la segunda precisa un esfuerzo metainterpretativo particular y suele estar asociadas a un impulso “desublimador”. En este caso, una narración centrada en los aspectos más “ciudadanizantes” del peronismo (Acha y Quiroga, 2012), apoyada en el uso de una perspectiva de continuidad con el pasado pre peronista –es decir, poniendo en serie el peronismo para leer en su propio pasado antecedentes e influencias–

y estructurada en el lenguaje de la libertad y la igualdad entre los hombres, consumó una suerte de disciplinamiento del pasado peronista y desplazó así de su centro aquellos elementos que encarnaban propiedades verdaderamente disruptivas para el horizonte la clase media argentina.

A pesar de advertir la primacía de la clave de lectura que intentamos delinear, no sugerimos que esta resignificación del pasado peronista deba aprehenderse *in toto* en la dirección que dicha clave propone. Antes bien, vimos que existen fragmentos del discurso que se escapan o no dejan encapsularse tan fácilmente dentro de una interpretación histórica basada en esa “contención progresista”. Podemos pensar, no obstante, en un único y mismo movimiento: si una narración en clave democrática requirió, entre otras cosas, recordar que el peronismo no irrumpió en la historia argentina por métodos revolucionarios, esa misma insistencia facilitó algunos deslizamientos hacia zonas que no necesariamente convergen en el horizonte progresista. A saber, una reivindicación nacionalista popular de las Fuerzas Armadas, el rescate de un Perón conciliador que cierta memoria rápidamente asocia con el Perón que allanó el terreno “para lo que vino después”, la inconmensurabilidad que habría entre la figura de Evita y la iconografía guevarista o un excesivo subrayado de la armonía del Estado con el capital, sólo por mencionar algunos ejemplos. Destinataria principal de este discurso, aquella franja de la clase media no constituyó la única. Los componentes burgueses del policlasismo peronista fueron también necesarios a la hora de actualizar la mítica figura de la “burguesía nacional” construida desde el Estado peronista.

Capítulo III

Combates por la historia en el espacio público: prensa escrita, política, academia

La frecuencia e intensidad que adquirió el uso público del pasado durante el gobierno de CFK trajeron aparejadas, en algunas circunstancias más que en otras, repercusiones de diversa índole. En el siguiente capítulo nos ocuparemos de reponer los términos de un debate –no siempre manifiesto en su condición de querrela entre contendientes mutuamente reconocidos como interlocutores, pero susceptible de ser rastreado y construido como tal– que trascendió las fronteras gubernamentales para dirimirse en otros ámbitos, dentro de los cuales sobresalió la prensa escrita²⁰¹, como escenario privilegiado para la puesta en circulación de opiniones y posiciones diversas en torno a una cuestión que hacía tiempo no despertaba en la Argentina un movimiento semejante: la relación que existe entre la historia y la política; el lugar que ocupa la historia en el seno de una (nuestra) sociedad. Las voces que se hicieron oír provinieron también de lugares diferentes. Entre ellas estuvieron las de periodistas, políticos –en menor medida– e historiadores vinculados directamente o no tanto con la esfera científica y académica nacional. Si bien cada una de estas intervenciones tuvo sus propios motivos, dichas especificidades no nos inhabilitan para buscar en ellas puntos de contacto, pocas veces explicitados, la mayoría móviles y que no necesariamente respondieron a lineamientos previos –ciertas percepciones sobre el uso kirchnerista del pasado manifestaron, por ejemplo, una autonomía relativa respecto de tomas de posición estrictamente políticas que pudieron haber funcionado en el marco de otro tipo de conflictos–.

Intentaremos entonces restituir cuáles fueron los principales sentidos que subyacieron a algunas de las argumentaciones esgrimidas en respuesta a ciertas operaciones políticas sobre el pasado, procurando ordenar esas representaciones en función de algunas pautas: los eventos históricos que suscitaron mayores

²⁰¹ En este capítulo analizamos fundamentalmente artículos de opinión publicados en los tres diarios principales de alcance nacional –*La Nación*, *Clarín* y *Página/12*– durante las fechas cercanas a los eventos que se analizan.

controversias interpretativas, la legitimidad concedida al poder político para influir en los sentidos comunes históricos, la autorepresentación de la historia profesional en oposición a otros agentes constructores de pasado y viceversa.

Centraremos para ello nuestra atención en los debates que acompañaron a tres de las políticas de la historia que activaron especialmente una reflexión en el espacio público: la celebración del Bicentenario de la Revolución de Mayo, la institucionalización del Día de la Soberanía Nacional en conmemoración de la Vuelta de Obligado y la creación del Instituto Nacional de Revisionismo Histórico Argentino e Iberoamericano Manuel Dorrego. Fueron éstas las intervenciones que portaron un carácter más institucionalizado, dentro de un abanico de potestades políticas sobre el pasado que, como vimos, las excedió. Pero sobre todo fue en torno a estos acontecimientos que el campo público de la historia pareció ensancharse en un entrecruzamiento de miradas especializadas con otras que no lo eran, configurando verdaderas coyunturas de activación de memorias (Jelin, 2002). Cada una de aquellas intervenciones oficiales implicaron entonces operaciones del presente sobre el pasado; cada una, a su vez, tuvo su eco en voces que quisieron disputarlas, por considerarlas inapropiadas, anacrónicas o atentatorias contra el status mismo del tiempo histórico.

Unas de las características que exhibe la utilización política de representaciones del pasado es que conlleva casi siempre un estado de competencia entre varias lecturas de la historia y que ese debate se halla las más de las veces asociado con los conflictos político y sociales del momento (Cattaruzza, 2007). ¿Con qué otros discursos socialmente circulantes sobre el pasado argentino compitió el kirchnerismo? Resulta que el interrogante no se responde fácilmente. No fue en el terreno de la lucha política donde se observaron grandes tensiones. Si tomamos como referencia otros momentos de la historia política argentina, veremos que comparativamente las operaciones a las que aquí nos referimos fueron menos densas y conflictivas. Su multiplicación de la mano de la iniciativa estatal no es indicativa de lo contrario; antes bien, tal como señala Eujanian (2011: 3), hace tiempo que para diversos actores sociales y políticos la historia había dejado de ser “un reservorio de experiencias para nutrir la argumentación política, un laboratorio para ensayar interpretaciones sobre situaciones contemporáneas, ni ejemplo para elaborar proyectos utópicos”. Si la

coyuntura crítica que rodeó al año 2008 sugirió un uso activo del pasado en la lucha política –pensemos, como vimos en el primer capítulo de este trabajo, en las celebraciones de mayo disputadas entre el gobierno y la oposición aliada a los sectores agropecuarios– poco tiempo después de la disolución del conflicto perdió intensidad el uso del pasado como espacio abierto de confrontación.

No encontramos en la esfera propiamente política gestos interesados en disputar los usos del pasado del gobierno nacional; ¿dónde volver la mirada? Las principales tensiones fueron aquellas que dejaron entrever los cruces que por momentos entablaron la “historiografía académica” y la “historiografía militante”, sólo por usar los términos recuperados por Devoto y Pagano para delinear una relación compleja cuyas implicancias antinómicas ellos mismos se encargaron de desmontar (Devoto y Pagano, 2004). Si aceptamos lo anterior como respuesta provisoria, debemos reconocer entonces cuáles serán los alcances y los límites de nuestro primer interrogante. En efecto, es probable que el recorrido que sigue nos diga más acerca de un momento particular de la inserción del campo disciplinar histórico en cierto contexto, que de su capacidad para conquistar conciencias colectivas, aspiración para la cual, por otra parte, existen más argumentos escépticos que demostraciones con algún impacto concreto.

El Bicentenario

La llegada de la fecha redonda del calendario argentino de conmemoraciones tuvo lugar sin demasiada anticipación. El clima conmemorativo general no sobresalió por una reflexión histórica profunda y de carácter público, que traspasara las consideraciones coyunturales relativas al modo en que debía interpretarse la masiva convocatoria popular que suscitaron los festejos organizados por el gobierno. En efecto, el Estado no promovió proyectos de largo alcance para pensar el pasado y el futuro de los doscientos años. Una referencia por contraste fue señalada por Lesgart (2010:127) y puede encontrarse en los combates políticos e historiográficos desarrollados en Francia en torno del bicentenario de la Revolución Francesa, cuya intensidad configuró una verdadera “discusión de Estado” que involucró a hombres y mujeres provenientes de espacios políticos, culturales y académicos variados. La ausencia

de una convocatoria oficial amplia destinada a discutir qué y cómo se celebraría no impidió que se desplegaran diversas intervenciones cuyas iniciativas provinieron en general de ámbitos particulares: proyectos editoriales, producciones mediáticas, editoriales periodísticas.

El protagonismo de algunos historiadores se vio motorizado por dos participaciones. Por un lado, tuvo lugar la conformación de un colectivo de historiadores profesionales autodenominado “Los Historiadores y el Bicentenario”, que se propuso plasmar, en formatos asequibles a un público más amplio que el de los historiadores informados y acostumbrados, los principales nudos que en los últimos tiempos sentaron las bases de un renovado consenso historiográfico sobre el período de las revoluciones hispanoamericanas. Por otro, muchos académicos fueron convocados por diversos medios de comunicación. Fue especialmente la prensa escrita de alcance nacional la que publicó una nutrida cantidad de artículos y notas de opinión de autoría historiadora. Allí, la adecuación del discurso historiográfico a las especificidades del código periodístico produjo un deslizamiento significativo respecto a aquellas producciones que buscaban divulgar conocimientos sobre el pasado elaborados en espacios universitarios. En sintonía con las demás apariciones que tomaron al Bicentenario de la revolución como disparador para alguna reflexión situada en el presente, es posible hallar en esos escritos miradas preocupadas por develar las características y consecuencias que se creyeron derivadas del acercamiento entre la política y la historia en un escenario político dominado por el kirchnerismo, construidas muchas veces a partir del desmontaje de las imágenes históricas más difundidas por el gobierno nacional durante los días o meses que rodearon a la fiesta patria.

Las primeras voces se hicieron oír a partir de dos acontecimientos que anticiparon tempranamente el tono que tendría la celebración: el lanzamiento del “Acuerdo del Bicentenario” y la difusión de las instrucciones presidenciales referidas a los íconos que representarían a la Argentina en la feria del libro de Francfort en el 2010, donde nuestro país era invitado de honor, precisamente en virtud de la conmemoración bicentenaria. Desde entonces, uno de los temas que más captó la atención de los críticos de los discursos que ya empezaban a circular aguardando la llegada del Bicentenario fue su presentación en permanente

contrapunto con la Argentina del Centenario. En efecto, la contraposición entre las dos coyunturas de celebración a partir de figuras irreductibles que apuntaron a construir distancias políticas, sociales y económicas insalvables entre un “país para pocos” y otro abierto a las mayorías, constituyó una de las estrategias discursivas principales de la narración oficial en vísperas y durante el desarrollo de los festejos. Tal es así que las representaciones circulantes sobre el pasado de la década del diez del siglo XX quitaron protagonismo al período de la revolución. En general, aquel quedó subsumido en un relato que hizo del Bicentenario una ocasión de festejo del “cumpleaños número doscientos de la patria”, antes que una recordación del acontecimiento revolucionario.

Pocos días separaron a las dos intervenciones en la prensa en las cuales Jorge Coscia –entonces Secretario de Cultura de la Nación e integrante principal del comité organizador de los festejos– cristalizó los sentidos que el Bicentenario oficial guardaba para el giro de siglo argentino. Una de ellas construía parentescos y distancias entre cada uno de los “tres mayos” por los que había transitado nuestra historia nacional: mientras que 2010 replicaba a 1810 en su “reivindicación de la política” –“no, por supuesto, porque estemos viviendo una situación revolucionaria”, aclaraba– 1910 representaba su anulación y reemplazo en favor de “la administración”; “allí no había ninguna encrucijada en términos de opciones alternativas”.²⁰² República o monarquía constitucional en 1810; poderes fácticos o gobierno democrático en 2010. El Centenario, carente de política, careció también, según esta representación, de un clivaje propio.

Reflejo de lo anterior, durante el bienio que va del año 2008 al 2010, *La Nación* publicó decenas de notas destinadas a rescatar del agravio a un período de la historia argentina que, en opinión de la gran mayoría de sus relatores, debía ser recordado como el momento de máximo apogeo de los valores que habían contribuido a desencadenar el movimiento revolucionario de mayo, ubicando a la Argentina entre los “primeros países del mundo”.²⁰³ Acaso sea en torno de aquellos años donde encuentra su resguardo empírico el acervo de imágenes y representaciones que integran cierto sentido común histórico apoyado en una

²⁰² “Tres Mayos”, *Página 12*, 26 de mayo de 2010.

²⁰³ El recurso a ubicar a la Argentina de comienzos del siglo XX dentro de “los primeros países del mundo” es compartido por la mayoría de las notas analizadas.

visión por demás optimista del destino del país, que se sustentaría en un conjunto preciso de características definitorias del desarrollo: extensión, productividad, apertura al mundo, niveles culturales, entre otras figuras cuyo profundo poder matricial fue tempranamente organizado por las *historias* de Bartolomé Mitre.

Casi todas salieron a flote en estos escritos que intentaron trazar el camino inverso al delineado por los discursos de CFK: si en éstos el Bicentenario anunciaba el fin de “doscientos años de fracasos”, aquí la línea del progreso invertía su dirección; “nacimos esbozando principios fundamentales de la República”, aunque los tiempos venideros resultaron ser “ocho décadas de ominoso pasado”²⁰⁴, incluso de “vergonzosa involución”²⁰⁵. Una de esas publicaciones se abocó a explorar los “mitos” arraigados sobre la condición argentina. Eran tres, a saber del autor: el de la Argentina rica, el de la cultura y el de la gobernabilidad peronista.²⁰⁶ Desafiando en parte la propia condición mítica –definida allí como “realidad de la que se carece”– los dos primeros habrían encontrado en el Centenario su confirmación histórica para devenir luego en pura irrealdad: la Argentina habría sido por entonces efectivamente rica y culta, al tiempo que un país “de vanguardia en el mundo”, diagnóstico anticipado por el favorable asombro que le produjeron a Darwin las cualidades progresistas porteñas del interregno rosista: libertad de prensa, instrucción, facilidades para los extranjeros y “amabilidad a aquellos que se ocupan de la ciencia”.

Esta restitución de la importancia histórica relativa del Centenario contó a su vez con la colaboración de miradas especializadas. Así, por ejemplo, Roberto Cortés Conde anunciaba su pretensión de “llevar al lector una visión basada en la reconstrucción que ha hecho la historiografía de información estadística sobre datos completos y confiables”²⁰⁷. Salarios “más altos que los europeos”, baja de las tasas de mortalidad, incremento de la escolaridad primaria, cifras que revelaban crecimientos exponenciales de población, área sembrada y exportaciones, tendidos férreos que integraron “los desiertos espacios argentinos”, fueron algunas de las variables elegidas por el autor para ilustrar

²⁰⁴ “Pensando en el Bicentenario”, *La Nación*, 7 de julio de 2008.

²⁰⁵ “Los iconoclastas del Bicentenario”, *La Nación*, 5 de noviembre de 2008.

²⁰⁶ “Mitos del país resignado”, *La Nación*, 26 de noviembre de 2009.

²⁰⁷ Cortés Conde, R: “La Argentina del Centenario”, *La Nación*, 31 de diciembre de 2009.

que, “a la altura del primer Centenario, el país había cambiado; era un país moderno”.

Los números fueron retomados, días más tarde y en el mismo diario, por el historiador Natalio Botana, para quien la marca distintiva del Centenario había sido “la fragua de la sociedad civil”²⁰⁸, obra de los hombres del grupo dirigente de la Argentina de entonces, obsesionados por “trazar puentes sobre la enorme distancia que separaba al Estado de aquella sociedad en formación”; obsesión de cuya cuenta daría la reforma política promovida dos años más tarde por la dirigencia nacional. Las estadísticas fueron aquí reforzadas con lo que el autor denominó una “hipótesis de carácter subjetivo”: el impulso colectivo hacia una vida promisoría que empujó a inmigrantes “dispuestos a romper la estrechez de un mundo sin esperanzas” a desembarcar en los puertos de Rosario y Buenos Aires a principios del siglo XX. Aquí también 1930 representaba el inicio del revés para el plan reformista de la década del diez. El devenir errático que desde entonces determinó la suerte de los ideales del “buen gobierno republicano” imponía, pues, la necesidad sobre la que Botana quiso llamar la atención y para la cual, según su opinión, debiera brindar a la sociedad servicio la historia: reponer “lo que se intentó y no se pudo hacer”. Las “feroces invectivas” que a su parecer disparaban las esferas oficiales kirchneristas hacia Julio Argentino Roca y los miembros de la elite política finisecular no hicieron, según el autor, sino eliminar la complejidad de un pasado que no podía reducirse al contrapunto entre una “oligarquía que se celebra a sí misma y un pueblo ausente que procura abrirse paso a través del conflicto”.

Incluso aquel conflicto social fue neutralizado y subsumido en la lógica ascendente que, según estas visiones, encontró en estos años su máxima cristalización. Decía Luis Alberto Romero: “a los pesimistas les preocupaba el desarrollo de la conflictividad laboral. Algunos creyeron que sólo era posible la represión, pero la mayoría confió en las reformas, por ejemplo un Código de Trabajo que legalizara la acción sindical”²⁰⁹.

Así, en la mayoría de las representaciones revividas en torno al Bicentenario, 1910 vino a cerrar el ciclo iniciado con la Revolución de Mayo, prolongando así un motivo clásico y largamente repetido en la historia de las

²⁰⁸Botana, N: “Un bicentenario sin arrogancias”, *La Nación*, 7 de enero de 2010.

²⁰⁹ Romero, L.A: “El espejo lejano del primer Centenario”, *Revista Ñ*, 25 de abril de 2010.

ideas argentinas: el de su inconclusión. La Argentina, finalmente, convertía en realidad “los ideales y sueños de 1810”²¹⁰, “el credo de Mayo”²¹¹, reservorio esencial para cualquier pretensión republicana, frente a las “fuerzas poderosas que pugnaron por apagarlo en las jornadas oscurantistas que ocultaron su sol durante largas y dolorosas décadas”.²¹² El presente bicentenario apareció en la mayoría de los casos como la contracara de aquel logro centenario, de cuya cuenta daba el retrato que Joaquín V. González esbozó en un texto que fue recuperado en más de una de las intervenciones que analizamos: *El juicio del siglo*.²¹³

En el mes de mayo de 2010 la llegada de la festividad patria trajo aparejadas nuevas repercusiones. Si bien la mayoría de los análisis que circularon en la prensa estuvieron dirigidos a pensar e interpretar el carácter verdaderamente masivo de la convocatoria que suscitó el festejo patrio, hubo quienes detuvieron la mirada en los componentes constitutivos del relato histórico que dejaron entrever la serie de dispositivos concretos –desfiles, imágenes, mapping, discursos– en torno de los cuales se estructuró la conmemoración. Así, durante los días que rodearon los festejos, las críticas esbozadas desde la historia y ámbitos extra académicos convergieron en tres grandes puntos aglutinadores: el denuedo hacia una forma de mirar y entender el pasado en términos dicotómicos, irreductibles e irreconciliables, el anacronismo, el olvido.

Natalio Botana sostuvo que el kirchnerismo construyó una historia “en clave de western, que trata de producir una creencia sin tamiz crítico”²¹⁴. A partir de un diagnóstico similar y en pos de rebatirlo, Hilda Sabato consideró que valía la pena volver “sobre el primer clásico de nuestra historia”²¹⁵, la dicotomía Moreno/Saavedra, para encontrar allí algunas de las claves que se derivan de un entendimiento histórico capaz de resistir los impulsos maniqueos. Según la historiadora, la presunta rivalidad “pocas veces ocupó el lugar excluyente que hoy

²¹⁰ “Cuando el país era una fiesta”, *La Nación*, 25 de mayo de 2010.

²¹¹ “Un desolado bicentenario”, *La Nación*, 6 de abril de 2010.

²¹² *Ibidem*.

²¹³ En un suplemento especial del diario *La Nación* con motivo del Bicentenario, Natalio Botana se ocupó de reponer el carácter irresuelto de cada uno de los grandes conflictos políticos que en tiempos del Centenario había considerado sellados el político e intelectual argentino Joaquín V. González. Véase “Bajo el signo de la discordia”, Suplemento Enfoques, *La Nación*, 23 de mayo de 2010.

²¹⁴ “Después del 25”, *La Nación*, 3 de junio de 2010.

²¹⁵ “La historia y la gente”, *La Nación*, 27 de mayo de 2010.

ha alcanzado en versiones de éxito mediático que alimentan la nueva historia oficial”. Un terreno similar lo proporcionaba el ya mencionado Centenario, cristalizado por los discursos oficiales como el momento de la exclusión por excelencia. A contramano de aquella imagen, pero sin dejar de reconocer el componente restrictivo del clima de entonces, Sábato argumentó que sería más potente políticamente hablando promover una interpretación de la agenda del Centenario como un conflicto por el pasado en el que obreros disputaron también el espacio público en nombre del 25 de mayo, en una suerte de restitución de capacidades de agencia que no se dejaba ver en un relato exclusivamente centrado en el accionar represivo del Estado.²¹⁶

El Laberinto del Bicentenario²¹⁷ fue blanco predilecto de críticas. Allí no había historia, sino “hartoria”, especie de arte “desfigurativo” consistente en repasar la historia mediante lenguajes artísticos. Así lo definió Pablo Mendelevich, un periodista estable de las columnas de opinión del diario *La Nación*.²¹⁸ Según argumentaba, el problema no estuvo allí en un exceso de ideología, sino más bien en la miscelánea de imágenes y objetos elegidos para ilustrar las irreductibles antinomias de la sociedad e historia argentina: “En nombre del arte, todo se puede. Por ejemplo, colocar en una vitrina un libro de Borges junto con un par de alpargatas, bajo la leyenda: “calzado simbólico de la cultura popular” y “emblema de la cultura de elite””. Pero en el género inaugurado por el Bicentenario, la falta de rigor histórico se salvaba, ironizaba Mendelevich, porque se “trata de arte”, y la ausencia de valor artístico por “la calidad de nuestra historia”.

Otros usos suscitaron un rechazo por quienes vieron en ellos operaciones anacrónicas. Ejemplos de este tipo de “malversación” sería la ponderación pública de muchas figuras de la historia “como si ellas hubieran tenido conocimiento, en el momento en que actuaron, de las consecuencias de sus decisiones”.²¹⁹ La llamada Conquista del Desierto, la expansión exportadora de fines del XIX, el golpe de 1930, el accionar desestabilizador de productores

²¹⁶ Entrevista a Hilda Sábato en Radio Universidad UBA, 7 de noviembre de 2008.

²¹⁷ El Laberinto del Bicentenario fue un parque temático con exposiciones artísticas, gráficas y audiovisuales instalado en la sede del Ministerio de Educación.

²¹⁸ “El arte de reescribir la historia”, *La Nación*, 28 de Agosto de 2010.

²¹⁹ “La historia al servicio del poder”, *La Nación*, 25 de abril de 2010.

agropecuarios, fueron algunos de los principales hitos recuperados para remarcar lo inapropiado de su utilización anacrónica.²²⁰

Finalmente, distintas voces le reprocharon al Bicentenario el olvido de determinadas figuras o hechos que no fueron tenidos en cuenta en el relato oficial. Así, por ejemplo, un artículo en *La Nación* rescataba las raíces africanas de la Argentina, al parecer desatendidas en un desfile por la 9 de julio en el que el barco de inmigrantes acaparó toda la atención del público: “las buenas intenciones de los organizadores, sin duda convencidos de que la trata de negros fue muy anterior a 1810, no permitieron incluir en el desfile a los antepasados esclavos de Gabino Ezeiza o del “Africano” Thompson”²²¹. En similar sintonía, Norma Giarracca discutió la falta de una seria problematización sobre la “unidad imaginada” que estaría en los orígenes de nuestra comunidad política, recordando que 1810 “no significó lo mismo para los pueblos originarios que para los criollos y españoles que decidieron hacerse cargo del gobierno”.²²² A pesar de su función, siempre eficiente, sólo imaginariamente el artefacto cultural “nación” podía estar cumpliendo años en mayo del 2010.

Otro olvidado, en opinión de los lectores inmediatos del Bicentenario, fue Justo José de Urquiza: “Urquiza se busca” tituló entonces *La Nación*. El líder de la confederación aparecía allí como un personaje histórico portador de “grandeza”, cualidad atribuible a sólo unos pocos elegidos que dejaron sus huellas en la historia argentina. Y “¿qué es la grandeza? grandeza es la virtud de acordar con el oponente en beneficio del valor superior de la nación”.²²³ El apoyo de Urquiza a la organización nacional “a pesar que historiadores extraviados nos quieran hacer creer que esa Argentina fue un error”, sería el acto de grandeza argentina por antonomasia, dentro de un abanico que incluía a la unidad argentino–uruguay frente al imperio brasileño, los acuerdos entre Roque Sáenz Peña e Yrigoyen o la reconciliación entre Juan Domingo Perón y Ricardo Balbín. Luego de varios párrafos que invitaban a los lectores a recordar la historia de la “autocracia rosista”, se destacaba la lucidez y perspectiva de un Urquiza predispuesto a ceder a manos de Mitre, “lúcido interlocutor”, sus pretensiones de

²²⁰ El caso paradigmático de un uso criticado por su anacronismo fue el de la recuperación de la Vuelta de Obligado. Más adelante nos ocupamos específicamente de ello.

²²¹ “Las raíces africanas de la Argentina”, *La Nación*, 16 de agosto de 2010.

²²² “El Estado como comunidad imaginada”, *Página 12*, 18 de mayo de 2010.

²²³ “Urquiza se busca”, *La Nación*, 26 de Octubre de 2010.

poder, con tal de garantizar el orden en las provincias del Plata. Sin embargo, la “farsa” del Bicentenario eximió a la ciudadanía argentina de los detalles de aquel determinante punto de inflexión de la historia nacional.

Una marca de las intervenciones que llegaron de la mano de historiadores profesionales fue una suerte de refugio en la autonomía científica del campo. Así, por ejemplo, describía Marcela Ternavasio el trabajo que el colectivo “Los historiadores y el Bicentenario” estaba llevando a cabo durante los meses que rodearon al festejo de los doscientos años:

En nuestras intervenciones buscamos oponernos a la idea de que la historia es maestra de vida (...) La historia no nos enseña nada. Pero el hecho de decir que la historia no nos enseña nada permite restituir el pasado en el lugar que tiene en su articulación con el presente. Esta idea de la historia como maestra de vida es un punto común que todos los historiadores coincidimos en rechazar.²²⁴

Más allá de que sea, al menos, discutible afirmar que la idea de la historia como maestra de vida es un punto común que todos los historiadores coinciden en rechazar, la cita anterior resulta representativa de un ánimo bastante generalizado dentro del ámbito académico que siguió de cerca la coyuntura conmemorativa.

Obligado en cuestión

En noviembre del 2010 el gobierno de CFK instauró el día de la Soberanía Nacional en conmemoración de la Vuelta de Obligado. Al igual que con el festejo bicentenario, los ecos no se hicieron esperar y la nueva conmemoración suscitó la intervención de algunos historiadores en el espacio público. Una de sus manifestaciones fue la publicación de artículos en la prensa escrita, es decir, destinados a un público posiblemente apenas familiarizado con el tema, o que tomó contacto con él precisamente luego de que adquirió visibilidad pública y política. El mismo acontecimiento histórico dio pie a por lo menos dos lecturas diferentes y en ocasiones, incluso, contrapuestas. Como vimos en el capítulo I, del

²²⁴ Entrevista a Hilda Sabato y Marcela Ternavasio en *Nuestra Cultura*, publicación del Ministerio de Cultura de la Nación, año 2, número 4, 2010.

relato oficial se desprendió que la Vuelta de Obligado significó la defensa de la soberanía nacional, que Juan Manuel de Rosas fue un prócer decidido a proteger nuestro territorio de las agresiones imperialistas y de sus aliados internos –los unitarios y emigrados del régimen rosista– y que en aquella época las luchas por la soberanía tuvieron un carácter exclusivamente militar, a diferencia de las presentes, que se dirimían en el terreno de las ideas. Mientras tanto, circulaban interpretaciones que rechazaron casi de plano aquella representación: no había en el rosismo ningún interés por “lo nacional”, mucho menos una concepción antiimperialista; el kirchnerismo, lisa y llanamente, abusaba de la historia al hacer de la Vuelta de Obligado un hito de la soberanía. José Carlos Chiaramonte fue el principal vocero de esta idea y a las suyas debemos sumarles las intervenciones de Luis Alberto Romero y David Rock. En consonancia bastante directa con la versión transmitida por los discursos oficiales de CFK y sus allegados estuvieron las contribuciones de “Pacho” O’Donnell en distintos medios gráficos.²²⁵

Una batalla que no fue nacional y Otra vuelta de Obligado titularon respectivamente José Carlos Chiaramonte y “Pacho” O’Donnell sus intervenciones –que tomaron la forma de una explícita discusión– en la revista *Ñ* a finales de 2012 y principios de 2013. Interesa particularmente revisar las argumentaciones del primero de ellos, dado que es quien realiza un esfuerzo por refutar la visión que tiene el kirchnerismo del acontecimiento rememorado, hasta tal punto de convertir la conmemoración en una especie de absurdo. El nombre del artículo apunta directamente al nudo del argumento de Chiaramonte: el kirchnerismo celebraba la soberanía nacional usando un evento histórico que no tiene ningún significado nacional. El acto de usar adquiere en Chiaramonte la connotación de una manipulación, con la carga peyorativa que le corresponde a una acción de ese tipo, efectuada de modo consciente con el objetivo de deformar los resultados producidos en algún área de conocimiento. De allí que aclarar la cuestión de las relaciones entre historia y política se convertiría, según el autor, en un asunto de capital importancia, tanto para el desarrollo de la disciplina como para la “cultura de un país” (Chiaramonte, 2013:22):

²²⁵ “Obligados a dar la vuelta”, *La Nación*, 3 de noviembre de 2010; “Otra vuelta de Obligado”, *Ñ. Revista de cultura*, 25 de enero de 2013.

La intención de poner algunos resultados de la historiografía al servicio de otras actividades humanas no es ilegítima mientras ese servicio sea respetuoso del quehacer historiográfico, es decir, sin condicionamientos de sus procedimientos y resultados por intereses de aquellas otras actividades. Porque, justamente, la única manera de que la historia sea de utilidad a la política es ofrecer frutos que no hayan sido condicionados y deformados por intereses políticos, con resultados que padecerán tanto la historia como la política.

El comienzo del artículo resulta contundente: “El aniversario del combate de la Vuelta de Obligado dio lugar a juicios históricos que no reflejan la realidad de lo ocurrido”.²²⁶ Se acusaba al poder político de adolecer del efecto del “viejo peligro que acecha a los historiadores”: el anacronismo. Un enfrentamiento entre dos socios comerciales característico del siglo XIX, vaciado anacrónicamente en el molde del antiimperialismo del siglo XX y resignificado a su vez en los comienzos del XXI. Frente este cuadro de situación, el artículo dice “limitarse a recordar” quiénes y qué eran los protagonistas rioplatenses de ese episodio, cuáles los sentidos –distintos a los actuales– que tenían en la época algunas nociones centrales como las de nación o federalismo. La primera de las correcciones resulta quizás la más evidente: Obligado no fue una batalla nacional sencillamente porque no existía, para 1845, ningún Estado que pudiera adjudicarse para sí dicho carácter. Quien provocó la reacción franco-británica fue el Estado independiente y soberano de Buenos Aires, asociado y representante en el manejo de las relaciones exteriores del resto de los Estados provinciales, con quienes integraba una confederación que nunca quiso pasar a ser *otra cosa*. La férrea oposición de Buenos Aires a cualquier iniciativa de organización constitucional que condujera a la creación de un Estado nacional quedó sólo parcial y discursivamente matizada en la coyuntura de la invasión franco-británica, que obligó a Rosas a usar un vocabulario nacional como medio de obtener adhesiones. La fraseología nacional, decía Chiaramonte, “como tantas veces volverá a ocurrir (...) fue utilizada con éxito en defensa de intereses particulares”. En este caso, los de uno de los Estados de la Confederación.

²²⁶Ñ *Revista de Cultura*, 30 de noviembre de 2012.

El segundo de los ejes sobre el que giraba la crítica apuntaba a reconocer lo inapropiado de una interpretación antiimperialista sobre el acontecimiento. Para ello, el historiador insistió en remarcar la postura pro británica del gobierno de Rosas; una política que había suscitado, incluso, el agresivo bloqueo de Francia, celosa de no lograr una relación análoga a la de Inglaterra. Si en 1845 las potencias se unieron en acciones navales contra Buenos Aires, fue por razones vinculadas a su pretensión de acabar con el control bonaerense sobre la navegación de los afluentes del Plata (de manera de satisfacer su aspiración de alcanzar libremente el acceso naval al Paraguay). El bloqueo, infructuoso, culminó en un tratado con la Confederación que admitía el derecho exclusivo de Buenos Aires al control de los ríos –es decir, preservaba su privilegio por sobre el resto de las provincias– y permitía la reanudación de las “lucrativas relaciones” con Gran Bretaña. Un enfrentamiento momentáneo con dos potencias europeas, presentado como una causa “americana” y “nacional”, logró concitar el apoyo de quienes veían sólo una cara del conflicto –la menos representativa, según la visión de Chiaramonte– dado que ningún interés nacional era invocado por Rosas cuando se trataba de preservar la condición privilegiada del territorio que gobernaba.

La respuesta de O’ Donnell, como indicaba su título, estuvo destinada a mostrar *Otra Vuelta de Obligado*, distinta a la imagen presentada por Chiaramonte y en consonancia directa con la versión transmitida por los discursos presidenciales oficiales que rodearon la conmemoración. No aceptar la dimensión nacional de la batalla equivalía, para el autor, a adjudicarle a los invasores europeos una “finalidad redentorista” –la de colaborar con las provincias del litoral fluvial– dejando fuera de consideración la “voracidad de los imperios de turno”. Al contrario, que no quedaran dudas: “nuestras provincias litorales fueron defendidas por la valiente decisión de enfrentar a los agresivos imperios”.²²⁷ A continuación, O’Donnell se embarcaba en el contrafáctico ejercicio de pensar cuál hubiera sido el destino de las provincias en caso de haber vencido la invasión europea: un nuevo desmembramiento del territorio, en forma de un protectorado británico, que hubiese “debilitado aún más a nuestra patria”. Esa conjetura era, precisamente, la que desmentiría la hipótesis de una batalla no

²²⁷ Ñ. *Revista de Cultura*, 25 de enero de 2013.

nacional. La clarividencia de Rosas, finalmente, se había agotado con el aplastamiento del proyecto rosista en Caseros; triunfo de la “oligarquía librecambista porteña y sus asociados de las oligarquías liberales provinciales, pagados y equipados por potencias extranjeras alarmadas por el mal ejemplo del desarrollo industrial argentino”. Por si los argumentos seguían resultándole inconvincentes a Chiaramonte o demás lectores, O’Donnell finalizaba su defensa del significado patriótico de la batalla apelando a otra voz autorizada: “que lo de Obligado fue una epopeya de carácter nacional no dejaba dudas a José de San Martín, quien desde su destierro la calificó de segunda guerra de la Independencia”.

El diario *La Nación* ya había sido testigo de una polémica análoga en el año 2010. Entonces, las intervenciones de Luis Alberto Romero y David Rock quisieron refutar la visión oficial del acontecimiento representada en otro artículo de O’Donnell para aquel periódico, titulado *Obligados a dar la vuelta*.²²⁸ Según Romero, los “escritores neorrevisionistas” –confiesa allí que le cuesta llamarlos historiadores– refuerzan y adicionalmente “convierten en un buen negocio” una sensibilidad nacionalista que es “patológica”. Pues se opone a otra “sana, virtuosa e indispensable”. En su opinión, conmemorar la Vuelta de Obligado implicaba, además, transformar una derrota en victoria; en “una victoria moral, como nos gusta a los argentinos”, que no hace sino consolidar un sentido común permeado por

una suerte de “enano nacionalista” que combina la soberbia con la paranoia y que es responsable de lo peor de nuestra cultura política. Nos dice que la Argentina está naturalmente destinada a los más altos destinos; si no los logra, se debe a la permanente conspiración de enemigos externos a nuestra Nación, exteriores e interiores.²²⁹

Así, Romero se distanciaba del llamado neorrevisionismo y prefirió celebrar “el éxito pacífico de la diplomacia y no el fracaso de la guerra; la negociación y no la epopeya”. Los intereses triunfantes en Caseros no podrían ser caracterizados de antinacionales, como sugería O’Donnell: “a los que vemos en la Constitución

²²⁸ *La Nación*, 3 de noviembre de 2010.

²²⁹ *La Nación*, 18 de noviembre de 2010.

el fundamento de nuestro orden institucional, nos resulta imposible acompañarlos en esa posición”.

El historiador británico David Rock se sumó en esa oportunidad al debate, acompañando la intervención de Romero y cuestionando la narrativa oficial. Desde su perspectiva, la batalla de la Vuelta de Obligado fue una “masacre de nativos” típica de su tiempo y, antes que un arquetipo del nacionalismo popular, Rosas un dictador de un Estado–ciudad que deseó siempre una relación cercana y provechosa con los países imperialistas. Si “intelectuales liberales preclaros, como Alberdi y Sarmiento, soñaban con una república consolidada que emulara la pujanza democrática y republicana de Estados Unidos”²³⁰, en aquella época sus proyectos todavía se hallaban muy lejos del imaginario de la masas.

Horacio González se incorporó a este debate con un artículo para *Página/12*: a la batalla de Obligado había que verla “desde el sable de San Martín”.²³¹ Con este punto de partida, el entonces director de la Biblioteca Nacional planteaba la alternativa de conmemorar una “proeza” sin aprobar el régimen político bajo el cual ocurriera. Es decir, la batalla no debía ser considerada desde la propia opinión de Rosas, “y su mundo cultural de terrateniente exuberante”, sino por la posibilidad que brindaba de conjugar temas nacionales, de sensibilidad cultural, que debieran desempeñar la función de aportar al “alma libertaria de los poderes populares instituyentes que están en curso”. Una concepción autocrática, antes que antiimperialista o libertaria, fue la que impulsó a Rosas a librar batalla. Pero esto, según el autor, en nada desmerecería el acontecimiento; no hay hecho que no sea paradójico. Su opción difería entonces de las planteadas anteriormente: ni una refutación del carácter nacional de la batalla en virtud de las características del régimen rosista todo, ni una reivindicación basada en la adjudicación de intenciones que no se corresponden necesariamente con el suceso que se conmemoraba; una celebración, en todo caso, de la paradoja. Su intervención apuntaba además una advertencia referida a las posibilidades mismas de la traslación histórica:

Estas gestas son hechos que pueden transferirse al presente en la medida en que los grandes arquetipos se nutran también de la noción de que en

²³⁰ *La Nación*, 6 de diciembre de 2010.

²³¹ *Página/12*, 23 de noviembre de 2010.

la historia nada es traducible de inmediato. Esta traducción será obra de un cuidado analítico, del respeto documental, de la imaginación pública para que las leyendas nacionales sean relatos democráticos y que las sagas del pasado no aprisionen litúrgicamente la rica heterogeneidad del presente.

Tenemos hasta aquí al menos dos lecturas diferentes, en ocasiones incluso contrapuestas, cuyo referente fue el mismo acontecimiento histórico. La política y la historia. La primera nos dijo que la Vuelta de Obligado representa la defensa de la soberanía nacional, que Juan Manuel de Rosas fue un prócer decidido a proteger nuestro territorio de las agresiones imperialistas y de sus aliados internos, y que “este mandato histórico fue debidamente recogido por Néstor y Cristina Kirchner en el amanecer del siglo XXI”²³²; que en aquella época las luchas por la soberanía tuvieron un carácter exclusivamente militar, a diferencia de las presentes, que se dirimen en el terreno de las ideas. La segunda, en cambio, rechazó casi de plano esta interpretación: no había en el rosismo ningún interés por “lo nacional”, mucho menos una concepción antiimperialista; el kirchnerismo abusó de la historia al hacer de la Vuelta de Obligado un hito de la soberanía.

Llegados a este punto vale la pena detenernos en algunos señalamientos. No llega a ser necesario enarbolar el ficticio rol de “guardianes de la realidad histórica” para advertir que no todas las operaciones sobre la historia poseen el mismo valor. Una cosa es apreciar el pasado desde un punto de vista –siempre presente– y otra, por ejemplo, atribuirle a personajes históricos universos inexistentes; allí la crítica no cabría por excesiva simpleza, sino lisa y llanamente por falsificación (Adamovsky, 2011). Pero no creemos que éste haya sido el caso. Ya en el capítulo I esbozamos algunas ideas acerca de las particularidades que consideramos que supuso esta recuperación del rosismo vía Vuelta de Obligado. No obstante, el filtro de la prensa escrita nos devolvió una respuesta historiadora que censuró el vínculo de la política con la historia por las sospechas que aquel engendraba de una falta de rigor historiográfico. Más allá del contenido de esas desmitificaciones –sin dudas su asidero empírico y documental será más nutrido que el de un relato cuyos fin último es radicalmente otro respecto al que puede

²³² Julián Domínguez, presidente de la Cámara de Diputados de la Nación en *Página/12*, 21 de noviembre de 2014.

tener la historia profesional, incluso la divulgación histórica– interesaba reparar en los sentidos que estas denuncias desplegaron, teniendo en cuenta además su posible asimilación por parte de un público lector poco familiarizado. *Limitándose a recordar* la historia se (auto) jerarquizaba por sobre la política, pretendiendo encauzar, mediante retóricas concluyentes y en nombre del pasado, las manipulaciones que no respetaban la dignidad de los hechos.

Giovanni Levi (2011) ha llamado la atención sobre una constante que se presentó en el escenario intelectual italiano cada vez que el uso político de la historia suscitó alguna controversia en el espacio público: el “tono autoritario” del que se sirvieron algunos historiadores para saldar sus limitaciones a la hora de producir contestaciones significativas frente a lo que consideraban manipulaciones, interpretaciones simplificadoras o impropias por parte de otros agentes usuarios de la historia. Hartog (2011) lo relacionó con cierta “duda epistemológica” que emerge de vez en cuando en el seno de la disciplina histórica, sobre todo cuando se pone de manifiesto que el debate histórico, así como las diferentes formas de modificación del pasado, no se limitan a un círculo de especialistas; cuando cuestiones que se toman como objeto de debates internos a la profesión se convierten en diferentes temas de opinión. Entonces cobran vigor retóricas concluyentes que dejan entrever, para un público general, la idea de una recuperación objetiva de los hechos históricos, contraparte necesaria de uno de los aspectos más sólidamente arraigados en el sentido común histórico: la certeza que indica que el historiador nos cuenta la verdad. Algo de todo esto quedó de manifiesto en el debate que analizamos.

El Dorrego

Fue en ocasión de la celebración de la Vuelta de Obligado en noviembre de 2011 cuando el gobierno de CFK anunció la creación del Instituto Nacional de Revisionismo Histórico Argentino e Iberoamericano Manuel Dorrego (en adelante INMD). Tal como sostuvo el historiador Federico Lorenz en aquel momento, el Dorrego aún no comenzaba a galopar “y ya había levantado una impresionante polvareda”.²³³ En efecto, la mayoría de los artículos a los que aquí

²³³ “Malvinas, el revisionismo y el rubor de Laura”, *Página/12*, 9 de diciembre de 2011.

nos remitiremos fueron concebidos en respuesta a los considerandos detallados en el decreto de creación del INMD, antes que a escritos, producciones o acciones realizadas en nombre del instituto o alguno de sus miembros. Lo que aquel anuncio activó fue ante todo una explícita reflexión sobre la relación entre la historia y la política; un cruce generalmente admitido como efectivamente existente –en algunos casos luego del reconocimiento de cierta inevitabilidad constitutiva del vínculo– en otros activamente promovido, pero nunca transparente. El decreto habilitó una serie de términos y problemas de un revisionismo pretendidamente popular, federalista e iberoamericano, sin mayores aclaraciones acerca de cuáles serían las motivaciones que habilitaban una recuperación tan genérica y a la vez difusa de aquella vertiente en pleno siglo XXI. Rastrear los motivos esgrimidos por quiénes celebraron la iniciativa quizás ayude a clarificar el asunto.

Víctor Ramos y Hugo Chumbita –miembros del INMD–, Jorge Coscia, Ricardo Forster o Roberto Follari, entre otros intelectuales allegados al kirchnerismo, fueron algunas de las plumas que se explayaron en defensa de una anhelada democratización del discurso histórico. En algunos de estos escritos la creación del instituto apareció como el desenlace casi natural del devenir de una idea que, al parecer, había encontrado en el presente kirchnerista su realización más o menos perfecta: “Nunca la historia revisionista estuvo tan articulada con el presente. Es como si la idea hubiera venido buscando a su tiempo” introdujo el hijo de Jorge Abelardo Ramos un artículo encabezado a su vez con una cita de Martín Fierro sobre la linealidad del tiempo, *tardanza de lo que está por venir*.²³⁴ El Secretario de Cultura de la Nación acompañó esta imagen, cuya materialización la brindaba el reciente cuadro ofrecido por el entonces presidente venezolano Hugo Chávez, leyendo junto a CFK una vieja edición de la Historia de la Nación Latinoamericana del revisionista Jorge Abelardo Ramos.²³⁵ Así entendida, para verdaderamente *ser*, a la idea revisionista sólo le faltaba que la acuñara algún gobierno, circunstancia que la historia del siglo XX le había negado una y otra vez. En este tipo de construcciones, la creación del INMD venía a sellar un encuentro que, más allá del instituto, ya estaba teniendo lugar. Para otros, en cambio, la iniciativa oficial se situaba de plano como un acto de resistencia frente

²³⁴ “Entre pólvora y chimangos”, *Página/12*, 6 de diciembre de 2011.

²³⁵ “El poder de las imágenes”, *Página/12*, 6 de diciembre de 2011.

a fuerzas que corrían con ventaja: los saberes históricos institucionalizados en cátedras e institutos universitarios.

En sintonía con el contenido del decreto, muchas de estas intervenciones abocaron sus esfuerzos a construir un contendiente que aunaba todo aquello que el Dorrego no sería, aunque su referente empírico directo distaba de ser preciso: “historia oficial”, “historia social”, “historia académica”, “historia liberal”; todas ellas herederas intelectuales de los vencedores de las guerras civiles protagonizadas por los argentinos durante el siglo XIX: “el mitrismo ya es una rama seca, fue mutando en los últimos años hacia la llamada historia social”²³⁶. Noé Jitrik quiso interrumpir la inercia antimitrista de estos denunciantes recordando el dinamismo que marcó el campo en el que debieron moverse los iniciadores del revisionismo histórico –Saldías discípulo de Mitre, Iburguren miembro de la Academia de Historia, Facundo Quiroga biografiado por el liberal Ramón J. Cárcano o Perón admitiendo el santoral liberal para la toponimia de los ferrocarriles recién nacionalizados²³⁷– pero las etiquetas mostraron –una vez más– ser más eficaces que el leitmotiv de la complejidad histórica.

Si bien el decreto de creación ya le daba forma a motivos así –que venían funcionando, por otra parte, cada vez más asiduamente en los discursos con referencias históricas de CFK– éstos adquirieron una nueva cristalización cuando a las críticas realizadas desde la prensa se le sumó un comunicado a través del cual una larga lista de historiadores manifestó su preocupación, por considerar la decisión del Poder Ejecutivo Nacional como un acto atentatorio contra la vigencia de la pluralidad de interpretaciones históricas y por advertir el desconocimiento del Estado sobre la reciente y renovada producción científica e historiográfica argentina. Para sus defensores, mientras tanto, la pertinencia del INMD quedaba demostrada en la presunta pervivencia de resabios “positivistas” que posturas como aquellas evidenciaban.

Abundaron, entonces, recordaciones acerca del inevitable carácter valorativo de la historia, aduciendo cierta ingenuidad en los planteos opositores. La imposibilidad de la objetividad plena, de la historia avalorativa y aideológica, fue reivindicada con usos de Hayden White y su comunión *history/story* o

²³⁶ “Entre pólvora y chimangos”, *Página/12*, 6 de diciembre de 2011.

²³⁷ “Instituto: ¡oh!”, *Página/12*, 6 de diciembre de 2011.

apelaciones a las teorías de Thomas Kuhn acerca de la mediación teórica presente en la aprehensión de cualquier “hecho”; caminos todos que conducían a plantear una oposición entre quienes son “ignorantes de su propia ideología, y los que tienen la honestidad de hacerla explícita” porque “los serios son los que pueden decir desde dónde hablan”²³⁸, en una rápida inversión del argumento académico. “La historia que mostraba las cosas ‘como propiamente han sido’ fue el más potente narcótico del siglo” dijo Ricardo Forster que dijo Walter Benjamin, mientras recordaba que ninguna narración puede arrogarse el derecho a ofrecerse como única y verdadera, desterrando a las otras al silencio y la deslegitimación.²³⁹ El autor se preguntaba “a qué le temen” los historiadores profesionales cuando criticaban al instituto de reciente formación, y la ironía contribuía a reforzar el presunto carácter popular conferido de la medida: “¿creen, acaso, que la sombra del Facundo se escurrirá de su dimensión literaria para ofrecerse como la voz de la revancha plebeya y salvaje de los ninguneados de la historia hegemónica?”.

A propósito de la polémica quedó instalada en el espacio de la prensa escrita la pregunta acerca de cómo se determina un hecho histórico y ello habilitó todo tipo de consideraciones. Si bien muchas de las voces críticas lo hicieron en nombre de una objetividad anhelada –blanco de la defensa revisionista– éste no fue el único razonamiento que se mostró disponible, siquiera el más extendido. A los defensores públicos de “la verdad histórica” se les sumaron quienes declararon la inexistencia de algo semejante y a partir de allí criticaron el intento del Dorrego en sugerir lo contrario, quienes de plano deploraron la iniciativa por revisionista, quienes se ocuparon de desagaviar al “verdadero revisionismo” o quienes aceptaron la creación, siempre y cuando no se la pretenda equiparar ni ponderar con criterios científicos.

Las intervenciones de Rubén Dri y Federico Lorenz en *Página/12* coincidieron en un punto de partida, aunque difirieron en sus arribos. La guerra del Paraguay, en el primero, y la guerra de Malvinas, en el segundo, sirvieron como ejemplos históricos a partir de los cuales explorar los contornos de una relación –historia/interpretación– que estaba suscitando un interés

²³⁸ “Académicos contra el pluralismo”, *Página/12*, 14 de diciembre de 2011.

²³⁹ “Las memorias del tiempo”, *Página/12*, 9 de diciembre de 2011.

inusitadamente extendido en la opinión pública. Las elecciones no fueron azarosas; se trata de acontecimientos privilegiados en el imaginario que alimentó al revisionismo del INMD, así como estaciones frecuentemente rescatadas dentro del *continuum* histórico narrado desde la enunciación presidencial. Para Dri, resultaba evidente que cualquier hecho histórico es determinado por el sujeto observador, puesto que en la historia no existen hechos puros, sino que todos son a su modo “significativos”. Si indagamos en el por qué del *hecho-cosa* Guerra del Paraguay –en términos de la conocida fórmula durkheimiana– encontramos que puede ser valorado de manera contrapuesta según se lo haga desde el proyecto de la “patria chica mitrista” o la “patria grande”, porque “el relato histórico siempre se hace desde un proyecto político”²⁴⁰; de allí, pues, su beneplácito a la impronta latinoamericanista asumida y prometida por el Dorrego.

El prisma Malvinas, en cambio, le devolvió a Federico Lorenz una mirada algo más matizada acerca de la relatividad de los fenómenos históricos, para sugerir que la interpretación revisionista del hecho era, cuanto menos, desaconsejable. En el artículo citado sostuvo que bajo el paraguas “lo importante es la causa”, el revisionismo –al que los aditamentos “popular” e “iberoamericano” no opacaban su nacionalismo, incluso uno territorialista– pecaba de conservador, esencialista y deshistorizador. Desde esta perspectiva, la construcción revisionista de la memoria “malvinera” servía de advertencia ante los posibles efectos de miradas poco preocupadas por resolver de algún modo aquello que el horizonte de este revisionismo sacrificaba.²⁴¹ Sacrificio que el citado Jitrik había asociado, irónicamente, a una cualidad “innovadora” del proyecto; inversión de método: la declaración de los resultados que, ya sabían sus miembros, obtendrían tras sus investigaciones.

Entramos así al terreno algo más fragmentado de los detractores del INMD. Luis Alberto Romero encarnó una de las posiciones más concluyentes: “el Estado argentino se propone reemplazar la ciencia histórica por la epopeya y el mito”²⁴²; estaciones, éstas, de la “prehistoria del saber histórico”, felizmente superadas cuando la historia se aproximó al pasado basándose en el “razonamiento y la comprobación”. No faltaron las metáforas del atraso –el culto

²⁴⁰ “Los dilemas de la historia” en *Página/12*, 10 de diciembre de 2011.

²⁴¹ “Malvinas, el revisionismo y el rubor de Laura”, *Página/12*, 9 de diciembre de 2011.

²⁴² *La Nación*, 30 de noviembre 2011.

a los héroes exhibe un “primitivismo intelectual”²⁴³ – ni los motivos empiristas denunciando “contaminaciones” de presente sobre el pasado, o datos “falseados” con fines malintencionados. Quienes abogaron por un “punto medio” de la discusión lo hicieron confinando de antemano las futuras producciones a un campo falto de nombre, pero que de seguro no era el de la historiografía, en un gesto de estricta tolerancia. Toda vez que se reconozca la inconmensurabilidad de los productos, sólo cabía esperar que el público lector modifique sus hábitos editoriales. Escribía el historiador Juan Manuel Palacio:

El de los miembros del Instituto Dorrego y el nuestro no son mundos que se toquen (...) Sería algo parecido a los relatos que un poeta y un astrónomo pueden construir sobre las estrellas fugaces: si bien el objeto es el mismo, ¿es necesario que ambos se traben en una guerra de posiciones sobre cuál discurso es el más apropiado, valioso o ajustado a la realidad? ¿Tendrá sentido que el segundo se empece en demostrarle al primero que éstas no aparecen cuando uno pide un deseo, sino cuando un meteoro atraviesa la atmósfera terrestre?²⁴⁴

Sin embargo, el recurrente rescate del momento profesionalizador de la disciplina, concebido en su sentido “deslublizador”²⁴⁵ no devino en bloque en formulaciones ingenuamente positivistas, imagen alimentada por los promotores del INMD. Los tópicos en torno a “la verdad histórica” funcionaron menos como promesas académicas, que asociados a las críticas que la tendencia revisionista despertaba por parte de quienes percibían en ella un impulso por decretarla: “la historia es siempre polémica, y cuando ha dejado de serlo es por la imposición dogmática o autoritaria de algún régimen que pretende hacer de una parcialidad una verdad revelada”.²⁴⁶

Siquiera los “verdaderos revisionistas”, arguyeron muchos, tuvieron dicha pretensión; abriendo, de este modo, otro de los grandes nudos alrededor de los cuales giró la crítica: una comparación entre el revisionismo histórico y el ahora llamado neorrevisionismo, que no ocultó sus preferencias valorativas. Resulta

²⁴³ “El relato reemplaza a la historia” *La Nación*, 1 Diciembre 2010.

²⁴⁴ “La historiografía no está en jaque”, *La Nación*, 17 de diciembre de 2011.

²⁴⁵ Con este término se refiere Hayden White (1992:75) a los procesos de disciplinamiento del discurso histórico llevados a cabo con el propósito de recuperar objetos de estudio lejos de las “distorsiones” de la ideología en general.

²⁴⁶ “Pasar del péndulo al puente”, *La Nación*, 2 de febrero de 2012.

llamativo advertir la cantidad y variedad de páginas que *La Nación* destinó a lo largo de estos meses a rescatar del halo del INMD a nombres devenidos en “clásicos” que debían ser recordados por sus “obras de gran valía en cuanto a la investigación historiográfica sobre el período de la Confederación y sus principales actores”, su “profundo rigor” historiográfico o sus escritos “fundamentales y definitivos”²⁴⁷: Adolfo Saldías, Ernesto Quesada, José María Rosa, los hermanos Irazusta, Carlos Ibarguren.

El revisionismo fue valorado en consonancia con una definición de historia que se reiteraba en estos artículos, la de la historia como “síntesis nacional”. Así entendida, la del revisionismo del siglo XX fue una batalla por “equilibrar” el conocimiento de los hechos y sus actores, en pos de restituir contextos completos: “con el paso del tiempo, la síntesis histórica es una sumatoria de corrientes de pensamiento, ya sean liberal, revisionista, o cualquier otra”²⁴⁸ (se incluyen ahí los nombres de Halperín Donghi, Félix Luna, José Luis Romero, entre otros). En esta línea se rescató, por ejemplo, la repatriación de los restos de Rosas ocurrida en 1989 como un gesto de “justicia histórica”, ya que no tuvo la necesidad de demoler la memoria de sus “también ilustres oponentes”. Rosendo Fraga, periódica pluma de *La Nación*, tituló *La historia como síntesis nacional* a otro artículo destinado a recuperar episodios de la vida política y cultural Argentina en los que las querellas historiográficas no pudieron con la unidad intrínseca de la historia²⁴⁹. Se trataba, casualmente, de proyectos conmemorativos donde la figura de Manuel Dorrego había sido valorada desde la “historia inicial”, término que el autor consideró más apropiado que “historia oficial”. El “revisionismo de fantasía” no podía considerarse heredero de aquel revisionismo, entre otras cosas, porque carecía de este impulso sintético de la interpretación al que debería apuntar cualquier historiografía. En opinión de Romero, finalmente, “pensadores de fuste” fueron aquellos primeros revisionistas que inauguraron una tradición crítica y contestataria, “irreverente con el poder y reacia a subordinar sus ácidas verdades a las necesidades de los gobiernos”.²⁵⁰

²⁴⁷ “Un revisionismo de fantasía”, *La Nación*, 20 de diciembre de 2011.

²⁴⁸ *Ibidem*.

²⁴⁹ “La historia como síntesis nacional”, *La Nación*, 10 de diciembre de 2011.

²⁵⁰ “El Estado impone su propia épica”, *La Nación*, 30 de noviembre de 2011.

Despejado todo aquello, el problema giró en torno a dos cuestiones fundamentales y relacionadas: por un lado, si el proceder del Estado en materia historiográfica era o no legítimo y, por otro, las especificidades que podrían derivarse de la comunión entre el revisionismo y el poder político en la Argentina kirchnerista. En relación a la primera cuestión, las voces de la academia que intervinieron en la arena pública coincidieron en general en un punto: no es legítimo que se utilice el poder del Estado para favorecer o hacer participar con ventajas en el debate histórico y cultural a la corriente ideológica con la que el gobierno busca identificarse. Así como –a propósito entonces de la creación de la Secretaría del Pensamiento Nacional y Popular dependiente del Ministerio de Cultura– Adrián Gorelik había sostenido en *La Nación* que no era necesario discutir al “pensamiento nacional” para valorar el sentido de la inauguración de dicha secretaría²⁵¹; la gravedad de la creación estatal del Instituto Dorrego se enunciaba, en principio, como independiente de su orientación historiográfica. Mejor dicho, la adscripción venía a completar la gravedad de un cuadro que ya la tenía asegurada. La crítica historiográfica se sumó a una crítica que era, inicialmente, política: un Estado que se dice democrático no debería institucionalizar una vertiente historiográfica. Antes que promover el estudio de algunos temas en detrimento de otros, dictaminando los recursos con que llevar adelante las investigaciones y empujando el funcionamiento de instituciones en las que se desarrollan dichos estudios, el rol del Estado en materia historiográfica debía limitarse a garantizar la coexistencia libre y democrática de quienes desempeñan su labor científica en los centros de estudios de los que ya dispone la Argentina y que ya albergan visiones en pugna.

Para Noé Jitrik, confeso celebrador de los aciertos de los gobiernos kirchneristas, el accionar en este terreno dejaba ver una concepción pobre del rol de la cultura en una sociedad: “creer que un pragmatismo político y social que ha dado pruebas de sus logros debe descansar en un sistema de pensamiento que hay que formular porque, de lo contrario, se correría el riesgo de que se pensara que todo está regido por la improvisación”.²⁵² Para otros, como Gorelik, la frontera residía donde entraban a jugar las atribuciones para llevar una versión

²⁵¹ *La Nación*, 12 de junio de 2014.

²⁵² “Instituto: ¡oh!”, *Página/12*, 6 de diciembre de 2011.

revisiónista de la historia a la escuela. Y es que, por las imágenes que creaba, la historia practicada por los neorevisionistas fue presentada como la más propensa a reforzar la legitimidad del sector políticamente dominante. Las críticas esgrimidas por buena parte de la comunidad de historiadores son lo suficientemente conocidas como para detenernos demasiado en ellas. Todas confluyeron, en general, en el ostensible aplanamiento de la historia que se derivaba de un conjunto de propuestas en las que subyace un común principio de inteligibilidad: el de la comunión pasado-presente; una reconstrucción histórica que se informa por la fórmula “ayer es igual que hoy” (Tobeña, 2015).

Objeciones como éstas ya se habían hecho oír en el espacio público argentino cuando, en el contexto signado por las búsquedas de alternativas a la crítica coyuntura cristalizada en el 2001, el llamado “neorevisionismo de mercado” daba sus primeros pasos en la conquista del gran público. Pocos años separan a aquellas controversias de la que aquí analizamos. Sin embargo, el panorama no era exactamente el mismo. Y, entre otras cosas, no lo era porque lo que a partir del 2008 se evidenció fue la paulatina, aunque intermitente, anuencia del kirchnerismo hacia una línea historiográfica que a comienzos del siglo XXI no sugería conexiones tan claras con el poder político. Con la declarada adhesión al revisionismo de CFK, el ánimo histórico revisionista cobró vigencia estatal, además de comercial. Podría pensarse, incluso, que aquella se ganó a expensas de ésta. La disputa por el pasado entablada entre historiadores profesionales y autores de *bestsellers* de historia se complejizó, pues, con el añadido de un clivaje que fue estrictamente político y con la entrada en escena de un protagonista central en las luchas por otorgarle sentido al pasado nacional: el Estado.

Es que si sobre algún ítem la crítica fue unánime, y en cierta medida, podríamos pensar, independiente de otros posicionamientos en relación al gobierno de CFK, fue a propósito del rol del Estado en este asunto. No forma parte de sus funciones, se reclamaba, promover una visión única de la historia, ni reivindicar corriente historiográfica alguna. Esta idea ya había sido sugerida en las coyunturas analizadas al comienzo de este capítulo, sólo que ahora cobraba un vigor aún mayor. En sus formulaciones máximas admitió ideas como esta:

[La historiografía militante] no es más inofensiva que una medicina o una ingeniería militantes. La deformación del pasado ha estado en la base de

muchas tragedias humanas, sobre todo las que se desencadenaron por las miserias del nacionalismo, tan familiares a la visión revisionista.²⁵³

Es decir, a la discusión sobre si era o no deseable que el Estado apañe la institucionalización de una línea historiográfica le antecedió el reconocimiento de los posibles efectos, materiales en sus alcances, que una acción como aquella podría acarrear, acrecentados, en este caso, por contar con los recursos que propiciaba la esfera estatal. “Quien domina el pasado domina el presente y el futuro, decía Orwell en 1984. La idea no era de él: se inspiraba en lo que Stalin hacía, al reescribir o borrar de las enciclopedias la figura de quienes caían en su desgracia”²⁵⁴. El recurso, en parte previsible y efectista, a los procesos constructores de memoria característicos de regímenes totalitarios no impide que detengamos la atención en un punto: fuera de discusión quedó la potencia que, de hecho, el pasado poseía en tanto herramienta para la intervención política, su valor de uso. Probablemente, menos tinta se hubiese derramado de considerarlo a éste un debate falso o estéril, o a la creación del “Dorrego” una acción inocua.

¿Académica o militante?: un debate historiográfico

¿Qué dejaron ver estos debates en materia historiográfica? La expresión contenida en la pregunta vale toda vez que se la aprehenda en su acepción más general, aunque menos generalizada: en tanto el conjunto de modalidades a través de las cuales una sociedad intenta dar cuenta y representar su pasado, o concibe el papel social de la historia en un momento determinado. Miradas de este modo, las polémicas analizadas constituyen un prisma interesante para alumbrar cuestiones de más largo alcance o reponer los límites de un momento particular en lo que a la relación entre historia y política en la Argentina respecta. Tanto el Bicentenario de la Revolución de Mayo, la institucionalización del día de la Soberanía Nacional en conmemoración de la Vuelta de Obligado, como la creación del INMD activaron en muy poco tiempo discusiones de repercusión pública que tuvieron por objeto a la historia argentina y que se desarrollaron por fuera de los límites estrechos de la historiografía profesional.

²⁵³ “El relato reemplaza a la historia”, *opcit.*

²⁵⁴ “El pasado como arma política”, *La Nación*, 28 de enero de 2012.

Los argumentos que historiadores, intelectuales y periodistas propusieron sobre cada uno de los temas que suscitaron alguna reacción circularon entonces en un escenario social amplio, probablemente con sólo una convicción compartida, aunque no siempre ésta se haya explicitado: que la difusión de imágenes del pasado tiene algún efecto sobre la realidad presente, algún poder sobre los asuntos de la actualidad. Si en todas partes la historia es protagonista de los relatos colectivos de identidad, en la Argentina esta marca adquiere quizás un vigor particularmente conflictivo, aun cuando se trate de momentos lo suficientemente lejanos en el tiempo como para quedar eximidos de las controversias implicadas y derivadas de la llamada “historia reciente”, como es el caso de la mayoría de los eventos a los que nos referimos a lo largo de este capítulo. Hilda Sabato se sorprendía en una entrevista realizada a propósito del Bicentenario: “no en todas partes la historia divide a la gente como ocurre acá: ¿quién se va a pelear en Inglaterra en nombre de Enrique VIII? ¡Ni siquiera de Churchill!” (Rosemberg y Farías, 2011: 81). El debate reveló, de hecho, la ininterrumpida potencia del siglo XIX como autoridad simbólica y reserva de significaciones configuradoras de identidad.

Basta con mover apenas la superficie de cualquiera de las intervenciones que analizamos para que aparezcan los propósitos de derivar de ellas instrucciones para el presente. La fascinación por una época cargada de virtuosismo republicano como sería la Argentina del Centenario, especie de paraíso perdido en el tiempo, fue la muestra más explícita –Fradkin no duda en calificar a sus representantes²⁵⁵ como expresiones de una “derecha historiográfica” (Rosemberg y Farías, 2011:49)– pero no la única. A través de las páginas de los principales diarios argentinos pudieron verse también valoraciones referidas a un modo particular de entender el proceder, sentido y objeto de la historia, acompañadas muchas veces de una serie de referencias y amparos conceptuales a los que los distintos autores les endilgaron la función de complementar teóricamente aquellas elaboraciones que quisieron disputar los sentidos oficiales otorgados al pasado. El conjunto fue variado: Borges, Ortega y Gasset, Freud, Ricoeur, Nora, Hobsbawm, Anderson, Durkheim, entre otros. Todos puestos a desenredar los motivos que permitieron el entrelazamiento del

²⁵⁵ La restitución de la importancia relativa del primer centenario contó, además de Luis Alberto Romero, con las “miradas especializadas” de Roberto Cortés Conde y Natalio Botana.

pasado con el presente de la Argentina kirchnerista, aunque el arco de estas argumentaciones admitió modulaciones de todo tipo: rechazos a cualquier utilización del pasado en una clave pretendidamente presentista; inversamente, denuncias de la transformación de la historia en un presente eterno, condenas al anacronismo y preocupaciones por el olvido o claras atribuciones de direccionalidad a algún devenir histórico.

Lo anterior puede resultarnos a esta altura del trabajo evidente, más o menos obvio. Sin embargo, los propios casos que confirman dicha politicidad fueron también vehículo de algunas representaciones que, a modo de “trampas”²⁵⁶, funcionaron reenviando el problema a un plano que por momentos pareció desconocer la ineludible inscripción de los usos del pasado en las prácticas políticas (Svampa, 2016:31). Trampas constitutivas, si se quiere, del propio discurso histórico, sólo que ahora operando en el terreno algo más concreto de las disputas del presente. No hablamos sólo de la politicidad que se hallaba en los saberes académicos que más se empeñaron en negarla. También de la retórica por medio de la cual, ya sea los representantes del poder político, ya sea quienes acompañaron sus medidas desde espacios extra académicos, presentaron el fin último de sus políticas de la historia: reponer *la verdad de los hechos*. En un caso, la que emergería cuando se apartase el velo de la política; en otro, la que dejaría ver una habilitación de las voces largamente acalladas por “la historia oficial”. Acaso la eficacia de la invocación del pasado con fines que no son los del “saber” sea proporcional a ese uso activo de figuras que para casi nadie, excepto los historiadores escribiendo historia, “a menos que estén encerradas entre comillas, escritas o mimadas”, como supo decir Carlo Ginzburg (2010: 19), resultan impronunciables: verdad, realidad.

²⁵⁶ M. Lucila Svampa (2016: 35) propone que quienes tiñen a los usos del pasado de connotaciones peyorativas pierden su equilibrio al toparse con cuatro trampas de índole teórica y epistemológica: la del sentido, basada en la acusación de una manipulación del pasado, que da por sentada una contraparte “no corrompida”; la de la comprensión, que presupone una exterioridad constitutiva de quien interpreta el pasado; la del olvido, que lo coloca en una relación de mutua exclusión respecto a la “memoria”; la de la elisión de lo político, que inculpa al estado como el único actor imputable frente a una práctica no deseable, presuponiendo que el poder reside solo en instituciones estatales.

Consideraciones finales

Este trabajo se propuso construir un mapa de las políticas de la historia efectuadas por los gobiernos de Cristina Fernández de Kirchner y para ello privilegió ciertos núcleos de interés que consideramos relevantes y representativos del modo en que, a lo largo de aquellos años, el pasado se mostró disponible para la construcción de representaciones, argumentos y genealogías interesadas en conectar el presente del kirchnerismo con estaciones diversas de la historia argentina. En este recorrido intentamos poner en primer plano qué vínculos creímos encontrar entre estas operaciones sobre el pasado y las necesidades de legitimación de un poder político que se vio atravesado por conflictos cuyas causas fueron variadas, al igual que su intensidad.

Para todo aquello nuestra investigación reposó en un conjunto de discursos pronunciados por la presidenta argentina en distintas circunstancias de sus dos mandatos consecutivos; algunos de ellos tuvieron por objeto alguna conmemoración o celebración histórica –ya sea tradicional o creada por su propia gestión– pero la mayoría fueron dichos en ocasión de apariciones que persiguieron fines estrictamente políticos, en el sentido de derivados de una agenda gubernamental. A la vez, detuvimos por un momento la mirada en los episodios que suscitaron mayores discusiones en el espacio público y académico –una academia que salió al espacio público, en este último caso– para restituir los motivos, políticos e historiográficos, que vehiculizaron las principales críticas.

Tanto la definición de un objeto de estudio que es por definición abierto, como la serie de decisiones adoptadas en el tratamiento de cada uno de los capítulos, dialogaron con ciertas hipótesis o claves de lectura de validez general y también particular, estrechamente conectadas, a su vez, con algunas definiciones conceptuales y metodológicas. Sin pretender volver a desglosarlas, quisiéramos recuperar a continuación algunos de los ejes contenidos en aquellos fragmentos, para luego proponer un cierre que, antes que una conclusión, podría tomarse como un nuevo punto de partida.

Los usos del pasado decimonónico y de los años peronistas –dos de las estaciones más frecuentes dentro de un conjunto de referencias históricas al que seguramente habría que añadirle la última dictadura militar, la Guerra de

Malvinas y el ciclo neoliberal– fueron los prismas que nos permitieron analizar de qué modo el poder político seleccionó ciertos momentos de la historia argentina para integrarlos en un relato cuyo punto de llegada se ubicaba indefectiblemente en el presente y cuyo objetivo fue construir –*inventar*, con Hobsbawm– una tradición con raíces históricas. Definimos a estas intervenciones como políticas de la historia, en tanto creímos ver en ellas formas específicas y direccionadas a través de las cuales el pasado fue movilizado con el fin de incidir en las dinámicas de poder de la sociedad argentina de entonces.

Llegados a este punto entonces nos preguntamos: ¿qué conectó a estas operaciones, más allá de aquel objetivo práctico?, ¿es posible reconocer una política de la historia que permita trascender la imagen de una serie de fragmentos del pasado resucitados de manera estrictamente funcional, más o menos contingente o *ad hoc*? Los interrogantes no presuponen la existencia de alguna especie de coherencia interna que tienda a postular una deseable identidad entre persona, idea, lugar, momento, público –una presunción a la que Skinner (2000) le atribuyó oportunamente un carácter mítico–. Y esto, al menos, por dos motivos: por un lado, es esperable que en la dispersión y convivencia enunciados de cualquier tipo se presenten relaciones en las que el contraste o la contradicción sean datos comunes; por otro, postular aquí la deseabilidad de esa consistencia equivaldría, en algún punto, a atribuírsela al propio pasado, cosa que venimos objetando con cierta insistencia.

¿En dónde radica, entonces, el interés? Nos preguntamos, en todo caso, si es factible reconocer alguna clave que permita dotar de una inteligibilidad común a aquellas operaciones sobre el pasado argentino. Y la respuesta podría rastrearse tanto fuera como dentro de este relato histórico; es decir, provenir del plano estrictamente político o bien de las características específicas de las narraciones que estos discursos habilitaron. Sugeriremos a continuación algunas alternativas que apuntan en ambas direcciones, y no lo hacen de manera excluyente.

Si obedeciéramos a las definiciones que la propia presidenta esbozó cada vez que desde su lugar de enunciación invocó al pasado argentino, deberíamos decir que lo propio de su política de la historia fue haber disputado las representaciones “oficiales” acerca de esos pasados. Sin embargo, asumir aquella construcción resultaría en más de un sentido problemático. Efectivamente llamó

la atención cómo el tópico “historiografía/historia oficial”, en algunas ocasiones reemplazado por el aditamento “mitrista”, reapareció en el vocabulario público y político de la época, demarcando un conjunto difuso, pero cargado siempre de cualidades negativas. Pero sucede que aquel contendiente historiográfico o intelectual ya no existe, o al menos no con las características que supieron despertar y aglutinar las virulentas denuncias nacionalistas y revisionistas de mediados del siglo XX (Acha, 2008). En este sentido, la función que en este relato cumplió la categoría de “mitrismo” puede ser entendida más como un epíteto, construido con el fin de construir un “otro” que legitime un discurso propio, que como una fuerza historiográfica o cultural efectivamente existente más allá de ese discurso.

Pese a esto, la idea operó y, podemos pensar, lo hizo eficazmente, penetrando en el sentido común de una militancia que seguramente no dejó de producir sus propias resignificaciones. Es decir, encontró receptores que la asimilaron políticamente. Pero si por momentos el debate se quiso reflotar en los términos en los que se planteaba hace cuarenta o cincuenta años, tanto sus contenidos como sus funciones distaron de ser análogos a los de aquellas primeras diatribas antimitristas. Detengámonos por un momento en este punto. Repasemos para ello sumariamente algunos de los principales sentidos y contenidos otorgados a los pasados cuyo uso político analizamos en los dos primeros capítulos de este trabajo.

Las frecuentes apelaciones al siglo XIX trajeron consigo un conjunto diverso y disperso de personajes, acontecimientos y motivos que apuntaron sobre todo a tematizar los orígenes y contornos de una nación argentina definida en términos más o menos esenciales. El 25 de mayo fue la gesta nacional por excelencia, susceptible de ser explicada a partir de los sentimientos patrióticos y espíritus sacrificiales de hombres que advirtieron tempranamente la necesidad de acabar con la dominación colonial del imperio español. Esto es, su imagen fue, sin muchos matices, la de una revolución alumbrada por una toma de conciencia de la nacionalidad argentina. El 9 de julio, su desenlace más o menos natural, al tiempo que la primera estación de un proceso independentista que sólo podía terminar de comprenderse con los añadidos que los siglos XX y XXI le aguardaban en el futuro. Así, esta lectura del acontecimiento de mayo se apoyó

en algunos elementos de las interpretaciones más tradicionales acerca de la revolución, antes que en las relecturas que de ella hicieron quienes CFK consideró en más de una oportunidad sus referencias historiográficas en el campo del revisionismo nacional y popular.²⁵⁷

El XIX fue el siglo de la violencia, ejercida no sólo, o no tanto, por potencias extranjeras, como por los aliados internos con los que aquellas contaban en el interior de la Argentina: los denostados “hombres del puerto”, identificados a veces sin más con el unitarismo. Mientras que los momentos positivos de este pasado estuvieron casi siempre personificados en nombres propios, los que despertaron alguna denuncia o enjuiciamiento por parte de la presidenta encarnaron sobretodo en fuerzas abstractas, pero siempre omnipresentes, que conspiraron históricamente en contra de unos intereses “nacionales” con intenciones más o menos inmaculadas (Perochena, 2016). Estos polos representaron, respectivamente, a cada uno de los dos “proyectos de país” que desde el surgimiento mismo de la nación se disputaron, de manera binaria, la dirección política, económica y cultural de la Argentina. Acaso esta indefinición haya sido la condición de posibilidad para la postulación de un enemigo histórico que es “uno solo” a pesar de que sus caras o estrategias fueron mutando a lo largo del tiempo, así como –y a la par que– lo hicieron también los enemigos políticos del kirchnerismo.

La Argentina kirchnerista se presentó como equivalencia y continuidad de los momentos tradicionalmente concebidos como fundacionales de la nacionalidad y sus principales representantes políticos como los legítimos herederos de aquellas personalidades que, según CFK, merecían ser rescatadas de la historia. Un rescate que quiso ir a contrapelo de la “historia oficial” y que, en varios casos, se acompañó con decretos que determinaron ascensos o distinciones militares *post mortem*. No hubo sin embargo grandes innovaciones en la visión invocada de este pasado. Por un lado, una resignificación de los héroes indiscutidos que permitió trazar una genealogía fuertemente ideologizada hasta el presente; por otro, ciertos lugares comunes revisionistas que, a partir de

²⁵⁷ Esta interpretación colocaba el acento en la proclamada fidelidad de los revolucionarios al rey cautivo Fernando VII para subrayar lo desacertado de una lectura de la Revolución de Mayo en clave anti-hispánica o separatista y derivar de allí consideraciones relativas a su intrínseca proyección iberoamericana (Galasso, 2006).

expresiones como “la otra historia, la historia que no nos contaron”, la historia, finalmente, *verdadera*, permitieron legitimar el carácter polarizador de una política refundacional en el presente.

Esta selección se compuso de figuras estables y de otras que cobraron protagonismo en circunstancias específicas, precisamente por encarnar alguna cualidad y/o mandato útil para la interpretación de algún conflicto o clivaje del presente. Manuel Belgrano fue de las primeras. En torno de su persona se tejió un relato estructurado a partir de las virtudes que hicieron de él un hombre profundamente abnegado, capaz incluso de sacrificar sus más individuales proyecciones profesionales en pos de la salvación y el bienestar de la patria. Su recuerdo se organizó entonces en torno de este primer sacrificio: Belgrano fue un abogado que, por deber, se hizo militar. Y esta primera entrega se replicó en otras acciones que permitieron cristalizarlo como un personaje “desobediente”, cualidad que CFK convirtió a su vez en definitoria de su propio movimiento político: la desobediencia frente a los llamados poderes constituidos.

Un capítulo especial le correspondió a Sarmiento. A pesar de las críticas que remarcaron su olvido dentro del panteón kirchnerista, lo cierto es que el sanjuanino tuvo también su lugar. Éste se habilitó gracias a dos cualidades que hacían de él un verdadero ejemplo a seguir por un gobierno progresista para el cual democracia y antagonismo no debían ser tenidos como elementos contradictorios: la defensa de la educación pública y su impronta “militante”, aun cuando ésta se hubiera dirigido en contra de las personas o causas que despertaban en CFK una comparable o mayor admiración. De este modo, y al igual que sucedió, por ejemplo, con la propuesta genealógica que entroncaba a Belgrano con el reformista Deodoro Roca, CFK integraba en su abanico de referencias históricas a personalidades comúnmente asociadas a una tradición liberal, de larga data en la historia y el pensamiento argentino. En esta línea podría leerse también la centralidad concedida al protagonismo inmigrante. Los reiterados “acá todos somos hijos de inmigrantes” no hicieron sino reforzar la potencia de la figura de los “bajados del barco”. Históricamente asociada a los relatos genealógicos de la clase media, la imagen continuó siendo productiva en tanto mito constitutivo de la argentinidad, aun cuando el discurso de CFK haya

querido construirse en confrontación más o menos velada con algunos de sus representantes.

La reivindicación de Juan Manuel de Rosas se activó fundamentalmente a la par que lo hizo la consigna de la soberanía nacional –para la cual estuvo disponible la Vuelta de Obligado– y la defensa de un proyecto federal de país, aunque esta última función recayó principalmente en el conjunto casi siempre indiviso de los caudillos del interior. De ellos se rescató un fuerte arraigo popular, sus vocaciones tempranamente latinoamericanistas y sus capacidades para el liderazgo y la movilización política. Fueron, casi por definición, los escondidos de la memoria histórica argentina y sobre ellos se desplegó el germen del poder que un siglo después encarnaría en el terrorismo de Estado: la utilización de instrumentos de tortura en sus asesinatos, así como su “prolijo ocultamiento”, permitieron su enunciación en tanto “desaparecidos de la patria”, sugiriendo así una línea que emparentaba sus injustos destinos con el de los desaparecidos de la última dictadura militar. Las apelaciones al Chacho Peñaloza sobresalieron por sobre el resto, al igual que lo hizo la descripción que sobre él propuso CFK en ocasión de uno de sus homenajes: “el argentino rubio de ojos azules que luchó para y con los morochos de la patria”.

Sería bueno detenernos un momento en aquella definición, sobretudo porque consideramos que habilita un nexo significativo con lo que viene después. La pertinencia de la caracterización estética de Peñaloza –infrecuente, por lo demás, en las representaciones del caudillo riojano, tengan o no éstas tintes revisionistas– se justificó porque servía “para desmitificar un poco esto del color de la piel”. No creemos que haya sido un comentario ocasional o aislado. Antes bien, una figura que sedimentó porque probó ser efectiva o funcional a ciertas necesidades argumentativas del momento, y, entonces, reapareció.

En efecto, reflexiones con implicancias similares volvieron a presentarse cuando se trató de explicar y actualizar el peronismo. Parte constitutiva de las interpretaciones que históricamente hicieron del fenómeno peronista un “hecho maldito del país burgués” fueron sus implicancias cromáticas: las masas peronistas eran “los cabecitas negras”. Dijimos que el uso que CFK hizo de aquel pasado no reposó de manera sustantiva en esta representación. Pero esto no implicó que sus marcas hayan estado ausentes en sus discursos. Al contrario, lo

que observamos fue una resignificación del alcance de aquella figura, mediada, tal como explícitamente se sugirió, por una operación desmitificadora del color de la piel. El mito que había que deshacer era, pues, que para ser peronista, nacional y popular había que ser, primero, “negro”.

Si el núcleo más dinámico de las bases militantes de los gobiernos de CFK estuvo conformado por franjas medias predispuestas a una actualización sociológica de los míticos “cabecitas”, ¿de qué manera podía operar este discurso para que, en el presente, sus bases sociales “se sientan” peronistas, nacionales y populares sin provenir de los hogares, barrios o suburbios de donde surgieron tanto las montoneras del Chacho como los peronistas de los orígenes? Mencionar rasgos faciales de un líder plebeyo del siglo XIX extraños a su origen de clase, una posibilidad. Hablar de “las patas de los jóvenes” en la fuente, de “nuestros morochos” que estudian en la universidad pública o del “sujeto que demanda Pro.cre.ar” como aquel que dejaría finalmente atrás la “vieja época del bidet con las macetas y los malvones”, otras. Una suerte de inversión de la metáfora fanoniana: *piel blanca, máscaras negras*.²⁵⁸

En el segundo capítulo de este trabajo propusimos que la recuperación del pasado nacional que va de 1943 a 1974 debió acomodarse para estar en consonancia con un auditorio kirchnerista que en buena medida estuvo conformado por ese sector de la clase media argentina al que vinimos llamando “progresista”. Y si los rodeos eran necesarios fue precisamente porque los años peronistas, sustrato temporal de una identidad que los trascendió y los trasciende largamente, no formaban necesariamente parte de la cultura política de aquellos sectores. Un sector en el que, por lo demás, la propia presidenta no dudó en ubicarse: “yo formo parte de esa orgullosa clase media argentina que pudo llegar a la universidad pública y gratuita”. La autoadscripción podía hacerse extensiva y venía a cortar, en el presente, un problema con raíces históricas: “durante muchísimo tiempo en los claustros universitarios se vio al movimiento nacional como un enemigo”.²⁵⁹

Un nacionalismo popular que se autoproclamó modulado por el adjetivo democrático fue el vehículo para una representación de los años peronistas que

²⁵⁸ *Piel negra, máscaras blancas* es el título del clásico libro de Frantz Fanon, publicado en 1952.

²⁵⁹ CFK, 2 de mayo de 2011.

combinó de manera singular narraciones conocidas –ya sea por abreviar en la intensa movilización simbólica forjada al calor de los propios años cuarenta, por ser tributarias de consignas concebidas en las filas de la Juventud Peronista o por replicar tópicos de la llamada izquierda nacional– con elementos que buscaron expresamente “democratizar” la memoria de un pasado al que la palabra democracia parecía quedarle por momentos grande. El relato resultante resolvió, entonces, una reformulación progresista del peronismo en un presente que incorporaba a su agenda de gobierno medidas relacionadas con los Derechos Humanos, el desarrollo científico o las libertades civiles e individuales, entre otras cuestiones ausentes en el peronismo prekirchnerista, tal como lo señaló la propia presidenta cada vez que se refirió a ellas.

La inscripción de las transformaciones iniciadas en la década del cuarenta dentro de una narración que reenviaba sus orígenes hacia atrás fue el puntapié inicial para establecer lazos de continuidad y complementariedad entre el peronismo y estaciones o protagonistas de la historia argentina tradicionalmente concebidos a partir de su distancia respecto al fenómeno peronista: el radicalismo, el Partido Socialista, las tempranas demandas de un movimiento obrero anarquista o el avance silencioso pero estructural de un proceso sustitutivo de importaciones en los albores de la Primera Guerra Mundial. Esta inscripción, dijimos, desradicalizó el acontecimiento de su origen; en otros términos, lo “normalizó”. Pero en esta operación contribuyeron también otras representaciones: una interpretación del 17 de octubre que insistió en su impronta pacífica; la consiguiente conversión del Día de la Lealtad en una efeméride de carácter nacional y, por ende, no partidaria; la insistente reivindicación del carácter conciliatorio de clases del propio Perón; la intercambiable alternancia entre una representación combativa y otra “angelada” de la figura de Evita o la recuperación de la famosa máxima “para un argentino no hay nada mejor que otro argentino”. Los nexos funcionaron también con aquello que vino después: los paralelismos con el alfonsinismo, pues, hicieron el resto.

Por vía de este discurso, el presente de la Argentina gobernada por CFK aparecía como el escenario más propicio para auspiciar el “inédito” encuentro del peronismo con la variante progresista de la clase media, sin descuidar los vínculos

con aquellos otros sectores cuyos “ADN peronistas” son más conocidos: la clase trabajadora, pero además (o antes que ésta) un empresariado nacional que fungió también como destinatario privilegiado. Así, este recorrido por todas las apariciones públicas que desplegaron referencias sobre el pasado peronista nos permitió restituir mayor complejidad, al tiempo que matizar, una imagen extendida que tendió a identificar la retórica peronista inscripta en el kirchnerismo de CFK exclusivamente con el momento peculiar que representó el camporismo. La operación fue algo más compleja: en todo caso, había que contener a una nueva “generación camporista” en un proyecto político que explicitó un policlasismo compatible con el último Perón, el mismo que en la década del setenta había sido impugnado precisamente por las llamadas “tendencias revolucionarias” del movimiento.

Así como existió una tendencia rápida a decir que durante el kirchnerismo la clase media “salió con las cacerolas” y los sectores populares estuvieron con el gobierno²⁶⁰, existió también una propensión, relacionada con la anterior, a equiparar sin más la movilización de símbolos que apelaron al pasado con los recortes binarios propuestos, en las décadas del sesenta y setenta, por un revisionismo cuyos horizontes estaban inspirados en visiones políticas antiimperialistas, incluso socialistas. Creemos que ambas imágenes requieren algún ajuste, aunque aquí nos ocuparemos sólo de la segunda, por comprometer directamente a nuestro objeto de estudio.

Es cierto que escisiones binarias y dicotómicas con anclajes en el pasado e infundidas en aquel nacionalismo popular desempeñaron funciones específicas y, por cierto, eficaces, en el repertorio de tópicos que quisieron volver inteligibles algunos conflictos del presente. Sin dudas la coyuntura crítica que rodeó al conflicto con las entidades concentradas del agro a raíz del nuevo esquema de retenciones propuesto por el gobierno nacional en 2008 fue un momento paradigmático. CFK acudió entonces a la clásica antinomia “pueblo versus oligarquía” para acusar a quienes no apoyaban la medida del gobierno de ser funcionales a los intereses de esta última. El esquema tuvo además una recepción favorable entre una militancia que lo hizo suyo, al punto de que fuera posible

²⁶⁰ Véase “Ezequiel Adamovsky: “el kirchnerismo no tiene el arraigo emotivo del peronismo en los sectores populares”, entrevista al historiador Ezequiel Adamovsky en *La Nación*, 27 de enero de 2013.

encontrar en 2008 una pintada en las calles de Rosario –ciudad donde se llevó a cabo el acto organizado por el campo– que versaba: “4x4 o 5x1”.²⁶¹ Pero este tipo de recuperaciones no clausuraron otras, cuyas funciones, como vinimos insiendiendo hasta aquí, fueron diferentes. Sobre todo cuando se trató del pasado peronista. Porque, en todo caso y en términos comparativos, fue el pasado más remoto del siglo XIX el que estuvo disponible para albergar esquemas interpretativos más irreductibles o susceptibles de ser traducidos a binarismos que exacerban lo postulado por la lógica según la cual, desde los orígenes mismos de la patria, quienes no pertenecen al “campo nacional y popular” fueron y son ajenos al Pueblo.

Ahora bien, aun si no fue una tónica que se sobrepuso a otras, su impacto en el plano de la recepción torna necesario que reparemos por un momento en ella. Las expresiones “pueblo” y “antipueblo”, correlativas a las categorías de “lo nacional” y lo “antinacional”, sirvieron para pensar situaciones del presente que se quisieron simbólicamente emparentables a eventos de los que no cabe sino advertir su distancia estructural respecto del presente kirchnerista: sean éstos las batallas independentistas de principios del siglo XIX o las aspiraciones revolucionarias de la militancia peronista de la década del sesenta y setenta. Retomando el ejemplo anterior: en el contexto del año 2008, “5x1” no podía confundirse, como sí podría haberlo hecho en los años setenta, con un programa de acción (Carassai, 2014).

Quienes dedican esfuerzos a entender los órdenes simbólicos e imaginarios de la vida colectiva como matrices fundamentales y estructurantes de los comportamientos y prácticas sociales insisten, con razón, en que el análisis de aquellas manifestaciones, que en gran medida son discursivas, no podría consistir en estudiar lo que los actores “dicen” por oposición a lo que ellos mismos “hacen” (Verón y Sigal, 2004). Sin desconocer esto, a la hora de analizar los efectos que pudo producir esta reactivación de viejas simbologías, reparamos en que ciertos aspectos de las intervenciones sobre el pasado que analizamos

²⁶¹De manera eficaz, la consigna combinaba presente y pasado: o la tracción distintiva de los vehículos chacareros o el legado peronista en su versión más radicalizada. El discurso del “cinco por uno” fue el último discurso de Perón antes de su exilio provocado por el golpe de la autodenominada Revolución Libertadora. La consigna “5x1” sintetiza la frase original del expresidente argentino: “¡Y cuando uno de los nuestros caiga, caerán cinco de ellos!”. La imagen de la pintada callejera fue tomada por Carassai (2014).

contribuyeron a forjar una articulación particular, que Omar Acha ilustró con la figura de un “desacople” (2012: 51): por un lado, un modelo económico y social neodesarrollista, en búsqueda de alguna alternativa a la crisis del modelo mercado internista de sustitución de importaciones; por otro, una dimensión política y cultural que desplegó una intensa capacidad de enunciación política y movilización de símbolos y discursos cuya impronta quiso ser antiliberal, para vehicular nociones nacionalistas y populares pronunciadas, con insinuaciones revolucionarias. Esto es, una apelación a ciertos tópicos que en el siglo XX fueron resignificados por sectores de la intelectualidad peronista o la izquierda nacional, que coexistió con realidades muy heterogéneas respecto de las que daban sentido a los usos originales.

Es probable que haya sido lo patente de aquel desacople uno de los factores que coadyuvaron para que, en algunas circunstancias específicas más que en otras, se activara en el espacio público un debate en torno a los usos políticos del pasado. Fueron fundamentalmente tres las ocasiones que despertaron las mayores respuestas: las diversas actividades que conmemoraron el Bicentenario de la Revolución de Mayo, la instauración del Día de la Soberanía Nacional en conmemoración de la Vuelta de Obligado y el anuncio del decreto presidencial que en el año 2012 dictaminaba la creación del Instituto Nacional de Revisionismo Histórico Argentino e Iberoamericano Manuel Dorrego. En ellas se combinaron mayores dosis de visibilidad y organización oficial respecto de las intervenciones menos pautadas, con discursos históricos e historiográficos que apuntaron especialmente a confrontar con la entelequia “mitrista”. Y la combinación produjo la reacción: de historiadores y de algunos intelectuales que abandonaron los límites estrechos de sus ámbitos profesionales, pero también de periodistas que dedicaron sus columnas o artículos de opinión a desarrollar vastas posiciones respecto a cuál era el lugar que debían ocupar el pasado y la historia en la política argentina. Quienes vieron en aquellas medidas potentes iniciativas estatales se sumaron también a este intercambio, que tuvo a la prensa escrita nacional como escenario protagónico.

Pudieron leerse allí denuncias a los usos del pasado apoyadas en argumentos que postulaban la existencia de verdades históricas cuyo acceso se veía impedido por las intenciones siempre viles de los políticos. Pero, mucho

antes de llegar a extremos un tanto caricaturescos como ese, se sustentaron posiciones que buscaron disputar los sentidos otorgados a los pasados que el poder político hacía resurgir con motivos específicos. Visto con cierta distancia, podría decirse que las críticas más condenatorias parecían obviar las lógicas por las que se conducen tanto la historia como la política y que las intervenciones de muchos historiadores buscaron preservar a la profesión –y, junto con ella, a su pretendido objeto de estudio– del alcance todopoderoso de un gobierno en busca de legitimación. Es probable que si algo pudo extraerse en limpio de todos estos intercambios es que pusieron de relieve una carencia de la producción historiográfica argentina que hace tiempo se viene advirtiendo. Ésta alude a la relación entre un avance de la llamada “profesionalización” –en algún sentido análogo a un movimiento de despolitización– y una pérdida de sentido de la labor historiadora en el seno de la sociedad (Tarcus, 2013).

Historiadores se sintieron impulsados a clamar porque el Estado puso en práctica la vieja máxima de la Historia *magistra vitae*. Vieja o no, lo cierto es que la fórmula demostró durante estos años el vigor de su función, probado en parte por la capacidad de resistir dichos embates. Conjugar historia y política no implica obligatoriamente invocarla, pero sería erróneo desconocer que su potencia aleccionadora fue uno de los elementos que el kirchnerismo supo o quiso aprovechar en su favor. Desde la Batalla de Caseros, la Guerra del Paraguay, hasta el presunto rechazo que Perón mostró por la cuestión democrática, esta historia estaba repleta de errores que no podían volver a repetirse y de recursos contrafácticos que hipotetizaban cuál hubiera sido el desenlace si el curso de los acontecimientos hubiese sido otro. Paul Valéry decía en 1932 que quizás en esa pequeña conjunción “si” residía el secreto del vínculo más íntimo de nuestra vida con la historia, pues comunica al conocimiento del pasado la ansiedad y la tensa espera que nos definen en el presente.

A esta altura resulta evidente que el camino recorrido nos habló más del presente que del pasado. Y es que el uso de la historia expresa mucho más a quienes lo practican desde el presente que a los hechos del pasado que ese presente invoca. En efecto, ese era el objetivo que perseguimos cuando propusimos adentrarnos en él. Lo cual no significa que deban descartarse de plano algunas preguntas que a medida que avanzamos fueron tomando cierta

caladura epistemológica. Por caso, si el éxito o la derrota de muchas de las interpretaciones que aquí pusimos en discusión no dependieron, o al menos no centralmente, de su veracidad, ¿qué rol tuvo ésta en la suerte que les tocó?; ¿hasta qué punto el problema de la verdad en la historia es/debiera ser irrelevante para una historia política preocupada en comprender procesos simbólicos de identificación que buscan sus contenidos en el pasado nacional? No pretendemos aquí responder a interrogantes como éstos. Tampoco creemos que sea posible hallarles respuestas unívocas. Sólo retomar, con un nuevo rodeo, el punto desde el cual partimos. Allí Benjamin nos decía que la imagen verdadera del pasado es una imagen que amenaza con desaparecer en todo presente que no se reconozca aludido en ella. El momento kirchnerista 2007-2015 obedeció, casi hasta el paroxismo, a la máxima benjamineana.

Epílogo

En diciembre de 2015 dio inicio un nuevo gobierno en la Argentina. El “cambio cultural” propuesto por el presidente Mauricio Macri fue también una batalla en contra de la historia. Y lo fue desde el primer instante de su gestión: “con lealtad y honestidad” reemplazó en su fórmula protocolar de asunción al tradicional “con lealtad y patriotismo”. Le siguió la remoción de las imágenes de personajes históricos de los billetes de circulación pública, y su reemplazo por las de la flora y fauna local. El funcionario Federico Sturzenegger, presidente del Banco Central cuando se produjo la novedad, la justificó argumentando la necesidad de encontrar “un punto de encuentro” para que “todos los argentinos puedan sentirse representados en la moneda nacional”.²⁶² La celebración del Bicentenario de la Declaración de la Independencia, el 9 de julio de 2016, completó el panorama: “austeridad” fue la palabra que comenzó tempranamente a circular adelantando el carácter que tendría la conmemoración.²⁶³ Fuentes oficiales anticipaban en *La Nación* que “la celebración será algo enfocado en el futuro, en pensar los próximos cien años”.²⁶⁴ En efecto, el evento que se conmemoraba –la Declaración de la Independencia de 1816– apareció en el discurso del presidente apenas como una referencia secundaria, porque el festejo buscaba proyectarse “hacia el país que podemos ser, más que al que fuimos”, tal como explicó el secretario general de la presidencia.²⁶⁵

El PRO –la fuerza hegemónica al interior de la coalición gobernante– se enorgullece de no tener historia, de no *usar el pasado*. No lo guía ningún anhelo de custodia de verdades esenciales, sino una convicción que es ante todo política. El filósofo, escritor y asesor presidencial Alejandro Rozitchner lo dijo recientemente con elocuencia en un programa televisivo:

El pasado está lleno de gente muerta (...) tendemos a sobrevalorar la orientación que aporta el pasado (...) Nuestro marco de referencia es mucho más vital, más afirmativo, más real, porque en general el pasado te arrastra

²⁶² “Evita y Rosas dividen, el guanaco nos une”, *Página/12*, 16 de enero de 2016.

²⁶³ “Austeridad y futuro, ejes del festejo del Bicentenario”, *La Nación*, 11 de abril de 2016.

²⁶⁴ “Macri prepara un festejo “austero”, sin show y deskirchnerizado para el Bicentenario de la Independencia”, *La Nación*, 27 de mayo de 2016.

²⁶⁵ “Un festejo sin pasado”, *Página/12*, 6 de julio de 2016.

hacia realidades que no existen; a símbolos, a identificaciones vacías y nos movemos en un escenario de fantasmas. De ninguna manera el gobierno habla del pasado. Una de las cosas más disruptivas que tiene es no anclarse en ningún pasado. No tenemos pasado y eso a cierto sector de la sociedad le parece un defecto (...) Tinder y Happn son más relevantes para orientarse y comprender la Argentina actual que la Generación del '80.²⁶⁶

El presente político de la Argentina parece sugerir un cambio contundente en relación al modo en que en él se articulan las dimensiones del pasado y el futuro. La ausencia de políticas de la historia limita incluso la eficacia de un posible contradiscurso histórico. ¿Contra qué se levantaría éste?, ¿contra el presentismo? *La tradición de todas las generaciones muertas oprime como una pesadilla el cerebro de los vivos.*²⁶⁷ El proyecto político que gobierna la Argentina desde el año 2015 ha procurado desligarse del peso de una presencia temporal que se le torna molesta. Quizás se crea, de ese modo, eximido de cualquier compromiso con legados y experiencias que desde la historia perturben a un presente que se quiere sin pasado. Legados y experiencias extraños, por lo demás, a la concepción gerencial que orienta sus acciones de gobierno.

²⁶⁶Alejandro Rozitchner entrevistado en el programa “Animales Suelos” por el periodista Alejandro Fantino, 27 de julio de 2018.

²⁶⁷ Karl Marx, *El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*.

Bibliografía

- Aboy, Rosa (2005). *Viviendas para el pueblo: espacio urbano y sociabilidad en barrio Los Perales, 1946-1955*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Acha, Omar (2012). *Un revisionismo histórico de izquierda y otros ensayos de política intelectual*. Buenos Aires: Editorial Herramienta.
- (2016). “El Bicentenario argentino 2016 y “la segunda y definitiva independencia”” en <http://contrahegemoniaweb.com.ar>.
- Acha, Omar y Quiroga, Nicolás (2012). *El hecho maldito. Conversaciones para otra historia del peronismo*. Rosario: Prohistoria.
- Adamovsky, Ezequiel (2011). “Historia, divulgación y valoración del pasado: acerca de ciertos prejuicios académicos que condenan a la historiografía al aislamiento”. *Revista Nuevo Topo*. Número 8. pp-91-106.
- ----- (2012). “Esperando otro 17 de octubre: la identidad de clase media y la experiencia de la crisis de 2001 en Argentina”. *Sociohistórica*. pp. 183-201.
- Adamovsky, Ezequiel y Buch, Esteban (2016). *La marchita, el escudo y el bombo. Una historia cultural de los emblemas del peronismo, de Perón a Cristina Kirchner*. Buenos Aires: Planeta.
- Agüero, Ana Clarisa y García, Diego (2013). “Culturas locales, culturas regionales, culturas nacionales. Cuestiones conceptuales y de método para una historiografía por venir” en *Prismas. Revista de Historia Intelectual*, número 17, pp.181-185.
- Angenot, Marc (2010). *El discurso social. Los límites históricos de lo pensable y lo decible*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Baczko, Bronislaw (2005). *Los imaginarios sociales. Memorias y esperanzas colectivas*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Benjamin, Walter (2009). *Tesis sobre la Historia y otros fragmentos*. Rosario: Prohistoria Ediciones.
- Ben Plotkin, Mariano (2013). *Mañana es San Perón. Propaganda, rituales políticos y educación en el régimen peronista (1946-1955)*. Editorial de la Universidad Nacional Tres de Febrero: Buenos Aires.

- Bonnet, Alberto (2015). *La insurrección como restauración. El kirchnerismo*. Buenos Aires: Prometeo.
- Caetano, Gerardo (2011). “A propósito de las complejas relaciones entre Historia y memoria: el horizonte democrático y los requerimientos de una “nueva orquestación del tiempo” en *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani* [online], número 33, pp. 165-174.
- Carassai, Sebastián (2014). *Los años setenta de la gente común: la naturalización de la violencia*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Cattaruzza, Alejandro (2007). *Los usos del pasado. La historia y la política argentinas en discusión, 1910-1945*. Buenos Aires: Sudamericana.
- (2010). “Las representaciones del pasado: historia y memoria” en *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani* [online], número 33, pp.155-164.
- Cattaruzza, Alejandro y Eujanian, Alejandro (2003). *Políticas de la historia. Argentina 1860-1960*. Buenos Aires: Alianza.
- Chesneaux, Jean (2005). *¿Hacemos tabla rasa del pasado? A propósito de la historia y de los historiadores*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Chiaramonte, José Carlos (2012). *Usos políticos de la Historia. Lenguaje de clases y revisionismos histórico*. Buenos Aires: Sudamericana.
- De Certeau, Michel (2010). *La escritura de la historia*. D.F: Universidad Iberoamericana.
- Devoto, Fernando (2010). *Historiadores, ensayistas y gran público. La historiografía argentina (1990-2010)*. Buenos Aires: Biblos.
- (2014). “Conmemoraciones poliédricas: acerca del primer Centenario en la Argentina en Pagano” en Nora y Rodríguez, Martha, comps. *Conmemoraciones, patrimonio y usos del pasado*. Buenos Aires: Miño y Dávila Editores.
- Devoto, Fernando y Pagano, Nora (2004). *La historiografía académica y la historiografía militante en Argentina y Uruguay*. Buenos Aires: Editorial Biblos.

- Eujanian, Alejandro (2011). “La memoria, los historiadores y el pasado”. *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani*. N°33. Buenos Aires.
----- (2015). *El pasado en el péndulo de la política. Rosas, la provincia y la nación en el debate político de Buenos Aires, 1852-1861*. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes.
- Fradkin, Raúl y Gelman, Jorge (2015). *Juan Manuel de Rosas. La construcción de un liderazgo político*. Buenos Aires: Edhasa.
- Galasso, Norberto (2006). *La larga lucha de los argentinos. Y cómo la cuentan las diversas corrientes historiográficas*. Buenos Aires: Colihue.
- Guinzburg, Carlo (2010). *El hilo y las huellas. Lo verdadero, lo falso, lo ficticio*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Goebel, Michael (2013). *La Argentina partida. Nacionalismos y políticas de la historia*. Buenos Aires: Prometeo.
- González, Horacio (2008). *El peronismo fuera de las fuentes*. Buenos Aires: Universidad Nacional General Sarmiento y Biblioteca Nacional.
- Halperin Donghi, Tulio (2004). “El resurgimiento de la historia política: problemas y perspectivas” en Bragoni, Beatriz. *Microanálisis*. Buenos Aires: Prometeo.
----- (2014). *El enigma Belgrano. Un héroe para nuestro tiempo*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Hartog, François (2007). *Regímenes de historicidad*. D.F: Universidad Iberoamericana.
- Huyssen, Andreas (2002). *En busca del futuro perdido. Cultura y memoria en tiempos de globalización*. D.F: Fondo de Cultura Económica.
- Hobsbawm, Eric (2002). “Introducción: la invención de la tradición” en Hobsbawm, Eric y Terencer, Ranger (eds). *La invención de la tradición*. Barcelona: Editorial Crítica.
- Inda, Graciela Alejandra (2013). “Separando la paja del trigo: los peronismos del discurso presidencial kirchnerista y la construcción de una posición hegemónica en el campo político-ideológico (2007-2012)”. *Contracorriente. Una revista de historia social y literatura de América Latina*. Vol.10. N°3. pp. 199-234.

- Jelin, Elizabeth (2002). *Los trabajos de la memoria*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno.
- Kohan, Martín (2005). *Narrar a San Martín*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo.
- Koselleck, Reinhart (1993). *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*. Madrid: Paidós.
- Levi, Giovanni (2001). “Le passé lointain. Sur l’usage politique de l’histoire”. Hartog, François y Revel, Jacques. *Les usages politiques du passé*, París: Éditions de L’École des Hautes Études en Sciences Sociales.
- Montero, Ana Soledad (2012): *¡Y al final un día volvimos! Los usos de la memoria en el discurso kirchnerista (2003-2007)*. Buenos Aires: Editorial Prometeo.
- Navarro, Marysa (2011). *Evita*. Buenos Aires: Edhasa.
- Nun, José (2014). *El sentido común y la política. Escritos teóricos y prácticos*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Ortemberg, Pablo (2016). “Monumentos, memorialización y espacio público: reflexiones a propósito de la escultura de Juana Azurduy”. *TAREA*, 3 (3), pp. 96-123.
- Pagano, Nora y Rodríguez, Martha (2014). “Prólogo” en Pagano, Nora y Rodríguez, Martha, comps, *Conmemoraciones, patrimonio y usos del pasado*, Buenos Aires: Miño y Dávila Editores.
- Perochena, Camila (2016). *La historia en la disputa política: los usos del pasado en el primer gobierno de Cristina Fernández de Kirchner (2007-2011)*. Tesis para optar por el título de Magister en Ciencia Política presentada en la Universidad Torcuato Di Tella.
- Piva, Adrián (2015). *Economía y política en la Argentina kirchnerista*. Buenos Aires: Batalla de ideas.
- Philp, Marta (2009). *Memoria y política en la historia argentina reciente: una lectura desde Córdoba*. Córdoba: Editorial de la Universidad Nacional de Córdoba.
- Rodríguez, Martha (2010). “Los relatos exitosos sobre el pasado y su controversia. Ensayistas, historiadores y gran público, 2001-2006” en Devoto, Fernando (director): *Historiadores, ensayistas y gran público. La historiografía argentina, 1990-2010*, Buenos Aires: Editorial Biblos.

- Rilla, José (2013). *La actualidad del pasado. Usos de la historia en la política de partidos del Uruguay (1942-1972)*. Montevideo: De Bolsillo.
- Rocca Rivarola, María Dolores (2015). “De Néstor y Cristina. De Perón y Evita. Reflexiones sobre lo acontecido con la militancia kirchnerista y la identidad peronista desde 2003 hasta hoy”. *Revista SAAP*, Vol.9, n°1, pp.143-172.
- Rodríguez, Martín (2014). *Orden y progresismo. Los años kirchneristas*. Buenos Aires: Emecé.
- Rosemberg, Julia y Farías, Matías (2011). *Conversaciones. Bicentenario: historia y política en los años kirchneristas*. Buenos Aires: Editorial Casa Nova.
- Rüsen, Jörn (1994). “¿Qué es la cultura histórica?: Reflexiones sobre una nueva manera de abordar la historia”. *Culturahistórica traducción de F. Sánchez Costa e Ib Schumacher. Original en Füssmann, K., Grütter, H.T, Rüsen, j. (eds) Historische Faszination. Geschichtskultur heute*.
- Sader, Emir (2009). *El nuevo topo: los caminos de la izquierda latinoamericana*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Sigal, Silvia (2006). *La Plaza de Mayo. Una crónica*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Sidicaro, Ricardo (2011). “El partido peronista y los gobiernos kirchneristas”. *Revista Nueva Sociedad*, n°234.
- Skinner, Quentin (2000). “Significado y comprensión en la historia de las ideas”. *Prismas. Revista de Historia Intelectual*, número 4, pp.149-191. Título original: “Meaning and understandig in the history of ideas” en James Tully (comp). *Meaning & Context. Quentin Skinner and his Critics*, Princeton, Nueva Jersey, Princeton University Press, 1988, pp. 29-67. Traducción: Horacio Pons.
- Stortini, Julio (2013). “La creación del Instituto Nacional de Revisionismo Histórico Argentino e Iberoamericano Manuel Dorrego y los debates sobre la disciplina histórica” *XIV Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia*. Departamento de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras. Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza.

- Tarcus, Horacio (2013). “La devaluación logicista de la historia. Última réplica a Elías Palti”. *Prismas. Revista de Historia Intelectual*. Vol. 17. N° 2.
- Terán, Oscar (2008). *Historia de las ideas en la Argentina: diez lecciones iniciales, 1810-1980*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Ternavasio, Marcela (1998). “Entre la deliberación y la autorización. El régimen rosista frente al dilema de la inestabilidad política”. Goldman, Noemí y Salvatore, Ricardo, comps. *Caudillismos rioplatenses. Una mirada a un viejo problema*. Buenos Aires: Eudeba.
- (2015). *Historia de la Argentina, 1806-1852*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Tobeña, Verónica (2015). “La historia argentina al banquillo. Sobre los usos políticos del pasado y los regímenes de historicidad”. *Estudios Sociológicos*. Vol.33. pp.89-119.
- Traverso, Enzo (2011). *El pasado, instrucciones de uso*. Buenos Aires: Prometeo.
- Trímboli, Javier (2015). “La vuelta de la historia: consideraciones sobre una renovada presencia pública de la historia”. *Pasado Abierto*. N°1. Mar del Plata.
- Quattrocchi-Woisson, Diana (1995). *Los males de la memoria. Historia y política en la Argentina*. Buenos Aires: Emecé Editores.
- Valéry, Paul (1934). “El hecho histórico” en *Obras, Variété*. Vol.I. pp.153-165.
- Verón, Eliseo y Sigal, Silvia (2004). *Perón o muerte. Los fundamentos discursivos del fenómeno peronista*. Buenos Aires: Eudeba.
- White, Hayden (1992). *El contenido de la forma. Narrativa, discurso y representación histórica*. Buenos Aires: Paidós.
- Yabkowsky, Nuria (2016). “Los sentidos del Estado en la identidad kirchnerista”. *Postdata. Revista de Reflexión y Análisis Político*. N°2. pp. 489-528.